

visión del PERU

revista de cultura

Julio, 1970 - No. 6



UNMSM-CEDOC

INDICE

André Gunder Frank — <i>Causas del subdesarrollo. La inversión extranjera en el subdesarrollo latinoamericano desde la conquista española hasta la integración neoimperialista</i>	1
Eduardo Anaya Franco — <i>Los grupos de poder económico en el Perú</i>	12
James O'Connor — <i>La universidad norteamericana y la economía política</i>	18
Marlene Dobkin — <i>La cultura de la pobreza y el amor mágico: un síndrome urbano en la selva peruana</i>	21
Robert Jaulin — <i>El etnocidio</i>	33
Carlos Eduardo Zavaleta — <i>Juana la campa te vengará (cuento)</i>	40
Juan Morillo Ganoza — <i>Pedro y Pilanco (cuento)</i>	44

NOTAS Y COMENTARIOS

J.P. Sartre ¿Profesores o maestros? Polémica entre Sartre y Raymond Aron	51
Investigación y burocracia bajo la nueva ley universitaria	53
Nota sobre las contradicciones internas entre el sistema socialista y su determinación en el hundimiento del imperialismo	54

FOTOGRAFÍAS

Adelanto de una visión gráfica de grupos étnicos de Sepagua, en la selva oriental correspondiente a Madre de Dios. Las fotos nos han sido proporcionadas por la Orden de los Dominicos, de su archivo de misiones. 25-32

Carátula: niña aborigen de Sepagua. Foto: Archivo de Misiones de la Orden de los Dominicos

Edición y diagramación: c.m.b.

visión del PERU No. 6

REVISTA DE CULTURA PUBLICADA POR
CARLOS MILLA BATRES - WASHINGTON DELGADO

Avenida Petit Thouars 1749 - Lima, Perú

Precio por ejemplar: 50 soles

André Gunder Frank

CAUSAS DEL SUBDESARROLLO

La inversión extranjera con el subdesarrollo latinoamericano desde la conquista española hasta la integración neoimperialista

El comercio de este reino es una paradoja de comercio y una contradicción de riquezas desconocidas hasta su descubrimiento, donde unos prosperan por lo que a otros arruina por lo que a otros enriquece.

*José Armendáris,
Virrey del Perú, 1736*

Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a infestar la América de miseria a nombre de la Libertad.

Simón Bolívar

I. EL PROBLEMA

La ayuda y la inversión extranjeras parecen hoy plantear el problema de una benévola decisión voluntaria, por parte de los países desarrollados, de dar a los subdesarrollados un poco más o no. De parte de los países atrasados, el problema parece ser el de decidir bajo qué términos ha de aceptarse la inversión y ayuda extranjeras. Para la opinión común, el problema parece relativamente nuevo y materia de una decisión voluntaria. Sin embargo, las inversiones extranjeras son tan viejas como el comercio exterior; y el verdadero problema que plantean, lejos de estar sujeto a un acto de libre voluntad, ha sido siempre y sigue siendo resuelto por las realidades objetivas y las necesidades del desarrollo histórico: junto con la explotación y la acumulación de capital, las conquistas y el comercio exterior, la inversión extranjera ha sido durante siglos —y sigue siéndolo actualmente— parte integrante del desarrollo capitalista mundial; y toda ella ha sido resultado, no de la buena voluntad, sino de las necesidades y contradicciones de capitalismo, y de su desenvolvimiento histórico, como lo están indicando los dos epígrafes de este ensayo.

Para apreciar y comprender el problema de la inversión extranjera y su relación con el desarrollo y subdesarrollo económicos en Asia, Africa y Latinoamérica, es, pues, necesario examinar cómo ha estado relacionado el capital extranjero con otros aspectos del desarrollo capitalista mundial en cada una de sus etapas históricas. Este ensayo analiza el papel de la inversión y el capital extranjeros en el desarrollo metropolitano colonial, imperialista y neoimperialista y en el simultáneo desarrollo del subdesarrollo latinoamericano. Mejor iluminado por la historia, el problema del capital extranjero será resuelto por una más adecuada intervención de los hombres en esa misma historia.

II. DEL COLONIALISMO AL IMPERIALISMO

Explotación y Acumulación Original en la Colonia

La misma conquista y colonización de Latinoamérica fueron actos de lo que hoy, llamaríamos financiación o

ayuda extranjera. Los viajes de descubrimiento y la inversión española en Latinoamérica, gran parte de ella fue hecha con capital mercantil holandés e italiano, fueron parte de la expansión capitalista mercantil y un esfuerzo para extraer recursos humanos y naturales del satélite colonial —en su mayoría trabajo y metales preciosos— y encausarlos hacia el consumo y el desarrollo de la metrópoli. La afortunada combinación de plata, indios y organización social precolombina en las áreas altamente civilizadas de México y el Perú, permitió una multiplicación inmediata de las limitadas inversiones en transporte de hombres y mercancías. Como en Europa se carecía del capital y el trabajo necesarios para producir la acumulación de capital básico y el desarrollo que sabemos ocurrió, el capital inicial tenía que venir del trabajo y la financiación extranjera de los indios de Latinoamérica y los negros de Africa que costaron, primero, el exterminio de 8/9 de la población (en México), luego la destrucción de varias civilizaciones y por último el subdesarrollo.

Los portugueses en el Brasil y luego los holandeses, ingleses y franceses en el Caribe, no encontraron la feliz combinación de plata, trabajo y civilización, y tuvieron que crear una economía colonial con recursos extranjeros. Indirectamente, fue la bonanza previa de España la que hizo posible, si no necesaria, esta financiación, por la concentración del ingreso y el alza de los precios del azúcar y otros artículos en Europa. Los países metropolitanos organizaron economías agrícolas en estas tierras tropicales, poniendo a trabajar a los negros de Africa en la producción de azúcar latinoamericano para las masas europeas.

Si España y Portugal no se beneficiaron de este estado de cosas, en la medida que era de esperarse, se debió en gran parte a su propia satelización a través del capital holandés y británico —colonización sin las molestias del coloniaje—, como la llamó en 1755 el Primer Ministro de Portugal, marqués de Pombal.

Un resultado importante de esta combinación de capital extranjero y comercio doblemente triangular de es-

clavos, azúcar, ron, cereales, maderas y artículos manufacturados es analizado por el Primer Ministro de Trinidad y Tobago, Eric Williams, en su obra *Capitalismo y Esclavitud*: "lo que la construcción de barcos para el transporte de esclavos hizo por Liverpool en el siglo diez y siete, lo hicieron por Manchester en el siglo diez y ocho las manufacturas de algodón para la compra de esclavos. El primer estímulo para el crecimiento de Algodonópolis vino de los mercados de Africa y las Indias Occidentales. El crecimiento de Manchester estuvo íntimamente ligado al de Liverpool, su salida al mar y al mercado mundial. El capital acumulado en Liverpool por el comercio de esclavos irrigó el interior para fertilizar las energías de Manchester; las mercaderías de Manchester para Africa eran llevadas a la costa en los barcos de Liverpool. El mercado exterior del Lancashire fueron principalmente las plantaciones de las Indias Occidentales y Africa... Fue esta tremenda dependencia del comercio la que hizo a Manchester" (Williams; 68).

En verdad, sin contar con las corrientes menores de capital, difíciles de precisar durante los tres siglos anteriores, el comercio y el capital extranjeros generaron hacia la metrópoli una corriente de ingresos —desde Latinoamérica, Africa y Asia—, de 1.000 millones de libras esterlinas aproximadamente (de las cuales alrededor de la mitad procedía de la primera), superior al valor total de las industrias movidas a vapor en toda Europa en 1800, y en una mitad a las inversiones de Gran Bretaña en su industria metalúrgica hasta 1790. Entre 1760 y 1780 solamente, el ingreso británico procedente de las Indias Occidentales y Orientales excedió en más del doble los fondos de inversión disponibles para su creciente industria (Mandel II, 72-73).

Está claro, pues, que desde el principio el verdadero flujo de capital extranjero ha sido de Latinoamérica hacia las metrópolis. Esto significa que la América Latina ha tenido recursos o capital de inversión de su propiedad, pero que gran parte de él ha sido llevado al exterior e invertido allí, y no en Latinoamérica. Esta transferencia de capital al exterior, y no su supuesta inexistencia en la América Latina, ha sido evidentemente la causa principal de las necesidades latinoamericanas de más capital para inversión, tal como el aportado por extranjeros.

Pero el desarrollo de esta relación colonial entre las metrópolis y la América Latina tuvo también consecuencias estructurales internas en el seno de esta última, que en lo esencial persisten en la actualidad: "La minería, la agricultura tropical, la pesca, la caza y la explotación de bosques (todas en función directa de la exportación) fueron las industrias que se desarrollaron en las economías coloniales y, por tanto, las que atrajeron los recursos financieros y laborales disponibles... Los grupos con intereses en actividades exportadoras eran comerciantes y propietarios de altos ingresos y altos funcionarios de la corona y de la iglesia. Estos sectores de población... constituyeron el mercado colonial interno y la fuente de la acumulación de capital... En la medida en que la concentración de riqueza crecía en manos de un pequeño grupo de propietarios, comerciantes y políticos influyentes, aumentaba la propensión a obtener artículos manufacturados de consumo en el exterior... De este modo, el sector de explotación, por su naturaleza misma, no permitía la transformación del sistema como un todo siendo el principal obstáculo para la diversificación de la estructura interna de producción, y por consiguiente, para la población, el desarrollo de los grupos sociales en relación con la evolución de los mercados internos y la búsqueda de nuevos renglones de exportación libres de la autoridad metropolitana" (Ferrer, 3-32).

La segunda causa de la inadecuada inversión doméstica fue, pues, la estructura interna de subdesarrollo económico, político y social, provocada y mantenida por los intereses extranjeros: del capital restante, potencialmente invertible, la estructura de subdesarrollo encauzó la mayor parte a la minería, la agricultura, el transporte y

empresas comerciales de exportación a la metrópoli, casi la totalidad del sobrante a importaciones de lujo de las metrópolis, y solo muy poco a las manufacturas y el consumo relacionados con el mercado interno. Debido al comercio y el capital extranjeros, los intereses económicos y políticos de la burguesía minera, agrícola y comercial —o las tres patas de la mesa económica, como llamó Claudio Veliz a sus descendientes del siglo diez y nueve— no contaron con desarrollo económico interno (para análisis más detallados, véase Frank, 1966c).

Hasta el imperialismo, la sola excepción a este esquema había sido el debilitamiento de los lazos del comercio y el capital extranjeros, durante las guerras o depresiones metropolitanas, como la del siglo diez y siete, y la inicial ausencia de tales lazos entre la metrópoli y regiones aisladas de exportación no orientada hacia ultramar, que permitió una temporal o incipiente acumulación autónoma de capital y el desarrollo industrial para el mercado interno, tales como los de Sao Paulo en el Brasil, Tucumán y otros en la Argentina, Asunción en el Paraguay, Querétaro y Puebla en México en el siglo diez y ocho, y otros (Frank, 1966c).

En la era colonial del desarrollo capitalista, pues, el capital extranjero fue ante todo un estimulante auxiliar del pillaje de recursos, la explotación del trabajo y el comercio colonial, que iniciaban el desarrollo de la metrópoli europea y simultáneamente el subdesarrollo de los satélites latinoamericanos.

Industrialización, Libre Comercio y Subdesarrollo

La primacía económica y política de la Gran Bretaña y la independencia política de la América Latina, a raíz de las guerras napoleónicas, dejaron a tres grandes grupos de intereses la decisión del futuro de Latinoamérica, en su lucha tripartita: Los intereses agrícolas, mineros y comerciales de Latinoamérica, que aspiraban a mantener el subdesarrollo conservando la vieja estructura de exportación —y solo deseaban sustituir a sus rivales ibéricos en sus privilegiadas posiciones. Los industriales y otros grupos de intereses de las regiones arriba mencionadas, y otras del interior, que intentaban defender sus nacientes y aún débiles economías de desarrollo contra el comercio libre y el financiamiento externo, que amenazaban aniquilarlos; y la victoriosa Inglaterra, en expansión industrial, cuyo Primer Ministro Lord Canning anunció en 1822: "Hispanoamérica es libre; y si no manejamos mal nuestros asuntos, ella es inglesa". Las líneas de batalla estaban tendidas, con la burguesía industrial-mercantil de la metrópoli, contra los débiles industriales nacionalistas de la América Latina. El resultado estaba prácticamente predeterminado por el anterior proceso histórico del desarrollo capitalista, que de esta manera había dispuesto las cartas.

En 1824, dos años después de las pautas señaladas por Cannig, Inglaterra comenzó —sobre todo por intermedio de Barring Brothers— a conceder empréstitos masivos a varios gobiernos latinoamericanos que habían iniciado la vida con deudas contraídas en las guerras de Independencia e incluso con las heredadas de sus predecesores colonialistas. Los préstamos, por supuesto, fueron concedidos para abrir el camino al comercio con Inglaterra; y en algunos casos se les acompañó de inversiones en minería y otras actividades. Pero la hora no había llegado aún.

Analizando este episodio, Rosa Luxemburgo se pregunta con Tugan Baranovskii, a quien cita: "¿Pero de dónde obtuvieron los países sudamericanos los medios para duplicar en 1825 las compras de 1821"? Los ingleses mismos les suministraron estos medios. Los empréstitos emitidos en la bolsa de Londres servían de pago por las mercancías Importadas". Y comenta, citando a Sismondi, "Mientras duró este singular comercio, en el que los ingleses solo exigían a los latinoamericanos ser tan amables para comprar mercancías inglesas con capital inglés, y consumirlas en su nombre, la prosperidad de la indus-

tria inglesa parecía deslumbrante. No había ingresos, sino que el capital inglés se empleaba para impulsar el consumo: los ingleses mismos compraban y pagaban por sus propias mercancías, las que enviaban a Latinoamérica, privándose meramente del placer de consumirlas" (Luxemburg, 422-424). En estas condiciones, el comercio exterior no era suficientemente provechoso para la metrópoli, y los empréstitos británicos a Latinoamérica se agotaron alrededor de 1830 y no reaparecieron durante un cuarto de siglo. Pues el solo comercio exterior no ha sido nunca el principal interés de las metrópolis, y menos aún con países —como muchos de los latinoamericanos de entonces— cuya capacidad de exportación de materias primas había sido seriamente disminuida por el deterioro de las minas y el estímulo a los cultivos de subsistencia ocasionados por la guerra, y en los cuales los intereses nacionalistas e industriales habían comenzado a imponer tarifas proteccionistas completas y modernas como las de la misma Inglaterra de entonces. (Y para la sola inversión en el exterior, tal como la de hoy, el capitalismo metropolitano no se había desarrollado aún lo suficiente). Esta situación había de remediarse en Latinoamérica antes de que el comercio y el capital foráneos pudiesen jugar un papel más importante en el desarrollo capitalista. En las dos décadas subsiguientes, el comercio y el capital contribuyeron a los cambios que necesitaban en Latinoamérica, pero solo en combinación con la diplomacia metropolitana y los bloqueos navales, tanto como con las guerras internacionales y civiles.

En el período que va de mediados de la década de los años veinte, hasta mediados de los años cuarenta o cincuenta, los intereses nacionalistas del interior eran todavía capaces de obligar a sus gobiernos a implantar tarifas proteccionistas en muchos países. Industria, marina de bandera nacional, y otras actividades generadoras de desarrollo evidenciaban señales de vida. Al mismo tiempo, los propios latinoamericanos rehabilitaban las minas abandonadas y abrían nuevas, y comenzaron a incrementar sus sectores de exportación agrícola y de otras materias primas. Para favorecer e impulsar el desarrollo económico interno, tanto como para responder a la creciente demanda externa de materias primas, los liberales lucharon por diversas reformas, principalmente la agraria, tanto como por la inmigración, que incrementaría la fuerza doméstica de trabajo y expandiría el mercado interno.

Las burguesías de Latinoamérica, orientadas comercialmente hacia la metrópoli, y sus aliados nacionales de la minería y la agricultura, se opusieron a este desarrollo capitalista autónomo, ya que las tarifas proteccionistas interferían sus intereses comerciales; y lucharon contra los industriales nacionalistas y los derrotaron en las guerras civiles de los años treinta y cuarenta entre federalistas y centralistas. Las potencias metropolitanas ayudaron a sus socios menores de Latinoamérica con armas, bloqueos navales, e intervención militar directa e instigación de nuevas guerras dondequiera que fue necesario, como la de la Triple Alianza contra el Paraguay, que perdió los 6/7 de su población masculina en defensa de su ferrocarril financiado nacionalmente y de su esfuerzo de desarrollo autónomo genuinamente independiente.

El comercio y la espada estaban preparando la América Latina para el libre comercio con la metrópoli, y para que así fuese había que eliminar la competencia del desarrollo industrial latinoamericano; y, con la victoria de los grupos de intereses económicos orientados hacia el exterior sobre los grupos nacionalistas, la economía y los estados latinoamericanos tenían que subordinarse más a la metrópoli. Solo entonces se llegaría al libre comercio y regresaría el capital extranjero a sus dominios. Un nacionalista argentino de la época señalaba: "después de 1810... la balanza comercial del país ha sido permanentemente desfavorable, en tanto que los comerciantes del país han sufrido pérdidas irreparables. Tanto el comercio de exportación como el de importación y la venta al detalle han pasado a manos extranjeras. La conclusión no puede ser otra, pues, sino que la apertura del

país a los extranjeros ha demostrado ser perjudicial a la balanza. Los extranjeros desplazaron a los nacionales no solo del comercio, sino también de la industria y la agricultura" y otro añadía: "No es posible que Buenos Aires haya sacrificado sangre y riqueza con el solo propósito de convertirse en consumidor de los productos y manufacturas de los países extranjeros, pues tal situación es degradante y no corresponde a las grandes potencialidades que la naturaleza ha otorgado al país... Es erróneo suponer que la protección desaloja a los comerciantes extranjeros de sus posiciones de preeminencia económica, el país tendrá ocasión de felicitarse por haber dado el primer paso hacia la reconquista de su independencia económica... La nación no puede seguir sin restringir el comercio exterior, ya que solo la restricción hace posible la expansión industrial; no debe soportar por más tiempo el paso de los monopolios extranjeros, que estrangulan toda tentativa de industrialización" (Citado en Burgin, 234). Pero lo soportó.

Según el correcto análisis de Burgin, en su estudio sobre el federalismo argentino, "el desarrollo económico de la Argentina post-revolucionaria se caracterizó por un desplazamiento del centro de gravedad económica del interior hacia la costa, provocado por la rápida expansión de la última y el simultáneo retroceso del primero. El carácter desigual del desarrollo económico condujo a lo que fue en cierta medida una desigualdad que se perpetuaba a sí misma. El país resultó dividido en provincias pobres y ricas. Las del interior tenían que despojarse de grandes proporciones del ingreso nacional en favor de Buenos Aires y otras provincias al favorecer e impulsar el desarrollo económico interno, tanto como Este" (Burgin, 81). En el Brasil, Chile, México, en toda Latinoamérica, los industriales, patriotas, y economistas de visión denunciaron este mismo inevitable proceso del desarrollo capitalista. Pero en vano: el desarrollo capitalista mundial, y la espada, habían puesto el libre comercio a la orden del día. Y con él llegó el capital extranjero.

El libre comercio, como lo advirtió Friedrich List, se convirtió en el principal producto de exportación de la Gran Bretaña. No fue por casualidad que el liberalismo manchesteriano nació en Algodonópolis. Pero fue abrazado con entusiasmo, como lo ha señalado Claudio Veliz, por las tres patas de la mesa económica y política de la América Latina, que habían sobrevivido a los tiempos coloniales, derrotado a sus rivales domésticos representantes del desarrollo nacionalista y capturado el Estado en sus países y, ahora, se colocaban de aliados y sirvientes de los intereses extranjeros —a través del libre comercio exterior— para asegurar el cerrado monopolio nacional para ellos y sus socios extranjeros.

El libre comercio entre los fuertes monopolios y los débiles países latinoamericanos produjo, inmediatamente, una balanza de pagos deficitaria para los últimos. Para financiar el déficit, por supuesto, la metrópoli ofreció, y los gobiernos satélites aceptaron, capital extranjero; y en los años cincuenta del siglo diez y nueve los empréstitos extranjeros comenzaron de nuevo a hacer sentir su presencia en la América Latina. No eliminaban los déficits, por supuesto; sólo financiaban y necesariamente incrementaban los déficits y el subdesarrollo de Latinoamérica. No era raro dedicar el 50% de las ganancias de la exportación al servicio de esta deuda y al fomento del continuado desarrollo económico de la metrópoli. Entre tanto, el déficit de la balanza y su financiación redundaron en sucesivas devaluaciones del patrón de oro o del papel moneda, y en inflación. Esto redundó en un aumento del flujo de capital de Latinoamérica a la metrópoli, ya que la primera tenía así que pagar más por las manufacturas de la segunda, y ésta menos por las materias primas de la primera. En Latinoamérica, las devaluaciones y la inflación beneficiaron a los comerciantes y propietarios nativos y extranjeros, en tanto que expoliaban a aquellos cuyo trabajo producía riqueza, robándoles no solo su ingreso real sino también sus pequeñas tierras y otras propiedades.

El desarrollo del capitalismo industrial y el libre comercio implicaron, más que la apertura de la América Latina al comercio, la adaptación de toda su estructura económica, política y social a las nuevas necesidades de la metrópoli. El capital extranjero compensatorio fue necesariamente uno de los instrumentos metropolitanos para la generación de este desarrollo del subdesarrollo latinoamericano.

EXPANSION IMPERIALISTA Y SUBDESARROLLO LATINOAMERICANO

El período anterior preparó la irrupción del imperialismo y sus nuevas formas de manejo del capital, tanto en la metrópoli como en Latinoamérica, donde el libre comercio y las reformas liberales habían concentrado la tierra en pocas manos, creando así una mayor fuerza ociosa de trabajo agrícola y fomentando gobiernos dependientes de la metrópoli, que abrían ahora las puertas no solo al comercio sino a las nuevas formas de inversión del capital imperialista, que rápidamente tomaba ventaja de estos desarrollos.

La demanda metropolitana de materias primas y su lucrativa producción y exportación para Latinoamérica, atrajeron el capital privado y público de esta última hacia la expansión de la infraestructura necesaria para esta producción. En el Brasil, la Argentina, el Paraguay, Chile, Guatemala y México (en cuanto sepa el autor, pero probablemente también en otros países), el capital doméstico o nacional construyó el primer ferrocarril... En Chile, dio acceso a las minas de nitrato y cobre, que iban a convertirse en las principales abastecedoras de fertilizantes y metal raro del mundo; en el Brasil, a los cafetales cuyo grano abasteció casi todo el consumo global, y así en todas partes. Solo después que demostraron ser negocios brillantes —como una y otra vez ha acontecido en la historia de Latinoamérica— y después de que Inglaterra tenía que encontrar salida para su acero, entró el capital extranjero a estos sectores a hacerse cargo de la propiedad y administración de estas empresas inicialmente latinoamericanas, mediante la compra —a menudo con capital latinoamericano— de las concesiones de los nativos.

En Chile, John T. North, trabajador británico carente de toda fortuna, llegó a ser el legendario "Rey del Nitrato" por la compra que hizo de los bonos de las minas y el ferrocarril —depreciados por la Guerra del Pacífico— por el 10% de su valor nominal, que pagó con 6 millones de pesos que le prestó el Banco Chileno de Valparaíso. Su verdadera inversión vino más tarde, cuando ya había hecho millones: cien mil libras en la guerra civil que, con la asistencia de la Marina Real de S. M., derrocó al Presidente Balmaceda, cuyo programa de gobierno incluía la nacionalización de las minas de nitrato y el empleo de sus beneficios en el desarrollo industrial y agrícola de Chile, en vez del de la Gran Bretaña (Frank 1966).

Cálculos sobre "rendimientos del imperialismo", tales como el de J. Fred Rippy en su obra *Inversiones Británicas en Latinoamérica 1822-1949*, cuentan valores aparentes como "inversiones", y los provechos registrados como "ganancias" probablemente deducen los pagos y expensas de orden político a título de necesarios "costos" de producción, en la exposición de la tesis de que el Imperialismo realmente "no paga", que Strachey y otros tratan de demostrar.

No obstante, prosiguieron los empréstitos a la América Latina. Pero las condiciones impuestas a los bonos comprados en Londres, París, Berlín y Nueva York eran tales, que las sumas de su pago representaban varias veces el valor del capital. Pero muchos de estos bonos no se pagaron, o su pago fue demorado y parcial. ¿Por qué, entonces, era ofrecido y aceptado este capital, y quién lo pagaba? Fred J. Rippy da parte de la respuesta: "Después de deducidos todos los honorarios, comisiones, descuentos y costos de impresión y retenidos los intereses de los primeros dieciocho meses, de la deuda contraí-

da. Por una suma neta de 12 millones de libras esterlinas, se habían obligado por más de 21 millones... Cuatro grupos son los más probables beneficiarios de tales inversiones: 1) los banqueros y especuladores vendedores de bonos; 2) los industriales, directivos y otros técnicos de los países inversionistas... probablemente el beneficio fue el de los banqueros, corredores y exportadores ingleses y los burócratas concesionarios de Latinoamérica" (Rippy, 11, 22, 173, 32).

Los gobiernos de Latinoamérica, además, traspasaron a manos extranjeras empresas y capitales nacionales. Si los gobiernos existentes no se mostraban inclinados a hacerlo, o estaban políticamente incapacitados, pronto un golpe militar, que solo requería tres o cuatro años de existencia para dispensar a los monopolios extranjeros concesiones por 99 años, suficientes para que pudiesen operar también durante los gobiernos democráticos— tradición que las dictaduras militares de nuestro tiempo han modernizado bajo la dirección del "Tío Sam". Por todas partes, "el Estado fue reducido a su verdadero papel de maquinaria política para la explotación de la economía campesina en favor de propósitos capitalistas —función real de todos los estados orientales (y latinoamericanos) en la etapa del imperialismo capitalista" (Luxemburgo, 445).

En una palabra, este capital extranjero fue, y es aún en gran medida, un instrumento que permite a las burguesías metropolitana y satélite enriquecerse y prosperar por la combinación de los ahorros, y hoy los impuestos, del pueblo de la metrópoli con el trabajo del pueblo de los satélites. Esto explica la profusa, propaganda burguesa alrededor de este capital.

La periodicidad del capital fue —y es— otra pieza en el rompecabezas del desarrollo capitalista como un todo. Rippy señala que "el flujo de capital fue muy irregular. La mayor parte del capital británico se trasladó a la América Latina en la década de 1880 y en la que siguió a 1902". Esto es, se suspendió en la década de depresión que siguió a la crisis mundial de 1893. Como en la época del libre cambio, y luego en el siglo veinte, el flujo de capital de la Metrópoli hacia Latinoamérica lógicamente aumentaba en los momentos de prosperidad, para decrecer durante las depresiones, muy al contrario de la teoría según la cual el capital internacional tendría una función equilibrante al escapar de la metrópoli cuando los beneficios son bajos. El capital imperialista fue y es desequilibrante y contribuye, por tanto, a agudizar el desequilibrio interno del sistema capitalista. Por cierto que la teoría también sostiene que la automática función equilibrante de los mercados hace que el capital fluya de las balanzas comerciales favorables a los países deficitarios, y de los ricos a los pobres. El hecho es que operan en sentido contrario y sirven para incrementar el déficit y la pobreza de los satélites de Latinoamérica, en tanto que aumentan el excedente y la riqueza de la metrópoli de Europa y Norteamérica.

El significado y "rentabilidad" del capital imperialista no radica en las ganancias netas de la inversión, sino en su papel en el desarrollo y subdesarrollo capitalistas. Encauzó un enorme flujo de capital neto de los países pobres y subdesarrollados de Latinoamérica hacia los ricos y avanzados de la metrópoli, incluso en tiempo del imperialismo "exportador de capital" de que habla Lenin. Cairncross (180), calcula las exportaciones de capital de Inglaterra en 2,400 millones de libras esterlinas, y el ingreso proveniente de su inversión en 4,100 millones entre 1870 y 1913. Latinoamérica suministró a la metrópoli materias primas para la industria y alimentos baratos para sus obreros en condiciones aún más favorables —que les ayudaron a rebajar los salarios y sostener las utilidades y les abrieron mercados extranjeros para sus bienes de capital y de consumo— contribuyendo así a mantener sus precios de monopolios y elevadas utilidades, en tanto que se ejercía mayor presión sobre los salarios reales.

En la América Latina, este mismo comercio y capital imperialista hizo más que incrementar el valor de producción, comercio y beneficios por la acumulación de cerca de US. 10,000 millones de inversiones en esa zona. La metrópoli imperialista utilizó su comercio y su capital para penetrar en la economía de Latinoamérica y utilizar su potencial productivo mucho más completa, eficiente y exhaustivamente en favor del desarrollo de la misma metrópoli, que de lo que fueron capaces las metrópolis colonialistas. Como anotaba Rosa Luxemburgo sobre un proceso similar, "despojadas de todos sus eslabones oscurecedores, estas relaciones consisten en el hecho simple de que el capital europeo ha absorbido totalmente la economía agrícola egipcia. Enormes extensiones de tierra, trabajo y productos sin número, afluyendo como tributos al Estado, han sido convertidos por último en capital europeo, y acumulados" (Luxemburgo, 438).

En realidad, en la América Latina el imperialismo fue más lejos. No solo se sirvió del Estado para invadir la agricultura, sino que tomó posesión de casi todas las instituciones económicas y políticas para incorporar la economía entera al sistema imperialista. Los latifundios crecieron a un ritmo y en proporciones desconocidos en la historia, especialmente en la Argentina, el Brasil, Uruguay, Cuba, México y Centroamérica. Con la ayuda de los gobiernos latinoamericanos, los extranjeros se adueñaron —casi por nada— de inmensas extensiones de tierra. Y donde no se apropiaron de la tierra, fueron dueños de sus productos, porque la metrópoli también tomó el control y monopolizó el intercambio de los productos agrícolas y de la mayoría de los demás. Tomó posesión de las minas de Latinoamérica y aumentó su rendimiento agotando a veces recursos económicos, como los nitratos de Chile, en pocos años. Para exportar esas materias primas de Latinoamérica e importar sus equipos y mercancías, la metrópoli estimuló la construcción de puertos, ferrocarriles y otros servicios con recursos públicos. Las redes ferroviaria y eléctrica, lejos de ser verdaderas redes, irradiaban y conectaban el interior de cada país, y a veces de varios países, con el puerto de entrada y salida, que a su turno estaba conectado con la metrópoli. Hoy, ochenta años después, mucho de este esquema exportación-importación permanece aún, en parte porque el ferrocarril todavía está orientado en esa forma, pero principalmente porque el desarrollo urbano, económico y político orientado hacia la metrópoli, —que el imperialismo del siglo diecinueve generó en la América Latina— dio origen a intereses creados que, con el apoyo de la metrópoli, mantuvieron y expandieron este desarrollo del subdesarrollo latinoamericano, durante el siglo veinte.

Implantada en la era colonial y ahondada en la del libre cambio, la estructura de subdesarrollo se consolidó en la América Latina con el comercio y el capital imperialista del siglo diecinueve. Se convirtió en una economía monoexportadora primaria con sus latifundios y su proletariado rural expropiado y aún con un lumpenproletariado explotado por una burguesía satelizada actuando a través del estado corrompido de un anti-país: "México bárbaro" (Turner); las "Repúblicas del banana" de Centroamérica, que no son sino "países compañía"; "La inexorable evolución del latifundio; sobreproducción, dependencia económica y crecimiento de la pobreza en Cuba" (Guerra y Sánchez); "Argentina británica"; y Chile patológico", del que el historiador Francisco Encina escribió en 1912, bajo el título *Nuestra Inferioridad Económica: Causas y Consecuencias*: "Nuestro desarrollo económico de los últimos años presenta síntesis que evidencian una situación realmente patológica. Hasta mediados del siglo diecinueve, el comercio exterior de Chile estaba casi exclusivamente en manos de los chilenos. En menos de cincuenta años, el comercio exterior ha asfixiado nuestra incipiente iniciativa comercial; y en nuestro propio suelo nos eliminó del comercio internacional y nos desalojó, en gran parte, del comercio al detalle... La marina mercante... ha caído en tristes dificultades y sigue cediendo campo a

la navegación extranjera aun en el comercio de cabotaje. La mayoría de las compañías de seguros que operan entre nosotros tienen su casa matriz en el exterior. Los bancos nacionales han cedido y siguen cediendo terreno a las sucursales de los bancos extranjeros. Una porción cada vez mayor de bonos de las instituciones de ahorro está pasando a manos de extranjeros que viven en el exterior".

Con el desarrollo del imperialismo del siglo diecinueve, el capital extranjero vino a jugar un papel casi equivalente al del comercio exterior, en la tarea de uncir la América Latina al desarrollo capitalista y de transformar su economía, sociedad y formas de gobierno hasta que la estructura de su subdesarrollo estuvo firmemente consolidada.

III. EL NEO-IMPERIALISMO Y MAS ALLA

Con la primera Guerra Mundial, el sistema capitalista mundial inició una nueva etapa de su desarrollo. No consistió tanto en el desplazamiento del centro metropolitano de Europa a los Estados Unidos, como en la transformación conjunta de lo que había sido un capitalismo industrial— y luego financiero en un capitalismo de monopolio. Iniciándose típicamente en los Estados Unidos, pero apareciendo poco después en Europa y también en el Japón, la simple firma industrial o casa financiera de antaño fue remplazada por la corporación monopolista gigante, de base nacional pero dispuesta en realidad para el dominio del mundo, que es una multi-industria, colosal productora en serie de artículos estandarizados de nueva tecnología, que lleva adelante sus propias operaciones financieras, es su propio agente mundial de compras y ventas, y a menudo gobierno de facto en muchos países satélites y cada vez más en muchos metropolitanos también. Para responder a las nuevas necesidades del estado y la corporación monopolística de la metrópoli, el desarrollo neo-imperialista del siglo veinte ha creado nuevos instrumentos de inversión y penetración del capital, y los ha convertido, en mayor medida que el mismo comercio exterior, en la principal relación internacional con que se afianza en la metrópoli el desarrollo capitalista en su etapa de monopolio, a costa del desarrollo de un subdesarrollo aún más profundo en la América Latina.

Crisis en la Metrópoli y Desarrollo Latinoamericano

La primera Guerra Mundial dio a las economías satélites de la América Latina una tregua respecto del capital y el comercio exterior, tanto como de otros lazos con la metrópoli. Como había ocurrido en otras oportunidades, los latinoamericanos impulsaron su propio desarrollo industrial, principalmente por el mercado interno de bienes de consumo. No bien terminó la guerra, cuando la industria metropolitana, ahora principalmente norteamericana, penetró precisamente en aquellas regiones y sectores como los manufactureros de bienes de consumo en Buenos Aires y Sao Paulo, que los latinoamericanos acaban de industrializar con brillantes perspectivas. Después, apoyados en su poder financiero, tecnológico y político, las gigantescas corporaciones americanas y británicas desplazaron y aún reemplazaron —esto es, desnacionalizaron— la industria latinoamericana. Las crisis de la balanza comercial que naturalmente siguieron, fueron remediadas con empréstitos externos, que cubrían los déficits, pero también servían para obtener del gobierno concesiones para intensificar la penetración de la metrópoli en las economías de Latinoamérica.

La crisis de 1929, en contra de la teoría del comercio internacional, pero de acuerdo con los precedentes históricos, redujo fuertemente el capital extranjero, así como el comercio, y por consiguiente la transferencia de recursos de inversión desde las satélites hacia la metrópoli. Este debilitamiento de los lazos económicos y la reducción de la intromisión metropolitana en la América Latina, se inició con la depresión de 1930, se man-

tuvo con la recesión de 1937, y siguió con la Segunda Guerra Mundial y la consiguiente reconstrucción hasta principios de la década de 1950. Creó condiciones económicas y permitió cambios políticos en la América Latina que redundaron en el principio de su más fuerte política nacionalista y su más grande industrialización independiente desde las décadas de 1830 y 1840, y posiblemente de cualquier tiempo. En el Brasil la revolución de 1930 dio a los intereses industriales una cuota de poder político, llevó a la presidencia al cada vez más nacionalista Getulio Vargas y permitió la industrialización de Sao Paulo. En México, la Primera Guerra Mundial había estimulado el renacimiento y continuación de la Revolución Mexicana anti-imperialista de 1910; la depresión ocasionó y favoreció la consolidación de la revolución bajo la presidencia del nacionalista general Cárdenas, que expropió todo el petróleo en manos de extranjeros, distribuyó las tierras y sentó las bases para la industrialización de la década del 40. En toda la América Latina, la crisis en la metrópoli fue la época de los entonces progresistas movimientos nacionalistas de Haya de la Torre en el Perú, Aguirre Cerda en Chile, Rómulo Gallegos y Rómulo Betancourt en Venezuela, y Perón en la Argentina. Ahora, la industrialización no se limitó a la producción de bienes de consumo para el mercado de altos ingresos, sino que incluyó la provisión —con capital nacional público y privado, y no extranjero— de bienes de capital para la industria pesada, tales como acero, productos químicos, fuerza eléctrica y maquinaria.

Expansión de la Metrópoli y Subdesarrollo de Latinoamérica

Con el fin de la guerra de Corea, terminó también esta luna de miel de Latinoamérica. La expansión metropolitana neo-imperialista —ahora a través del capital y el comercio de la corporación monopolista internacional— entró de nuevo en pleno empuje, reincorporó totalmente la América Latina al proceso del desarrollo capitalista mundial, y renovó su proceso de subdesarrollo. Las tradicionales relaciones comerciales metropolitano-satélite de intercambio de mercancías manufacturadas por materias primas, en condiciones cada vez más desfavorables para la América Latina, las crisis y déficits de las balanzas de pagos de los satélites, y los incesantes empréstitos compensatorios de emergencia, por parte de la metrópoli, recobraron su vieja importancia. Pero ahora estaban reunidos y agravados, y el subdesarrollo estructural de la América Latina ahondado, por el anhelo neo-imperialista de los gigantes monopolios de apoderarse de las industrias manufactureras y de servicios de Latinoamérica e incorporarlas al imperio privado del monopolio. Estretanto, las grandes masas latinoamericanas empobrecían cada día más.

Los principios esenciales de las inversiones del monopolio metropolitano fueron ya analizados con agudeza y perspicacia, hacia fines de los años 20, por J. F. Normano en su obra *La lucha por Sur América*: "Comparemos la estructura del comercio y las inversiones extranjeras en Sur América. Las exportaciones de los Estados Unidos comprenden principalmente unos pocos artículos de la moderna producción en masa. Automotores, radios, fonógrafos, máquinas, son unos pocos productos de las industrias en grande escala organizadas recientemente... ¿Quién produce estos artículos? Principalmente los mismos "Treinta Grandes"... Las importaciones de los Estados Unidos desde Sur América comprenden esencialmente productos de la tierra, minerales, materias primas como petróleo, estaño, café. ¿Quién los produce en Sur América? En su mayor parte, las organizaciones afiliadas de los mismos "Treinta Grandes" de los Estados Unidos. Sus inversiones radican virtualmente en factorías para el negocio de exportación. Gran parte del comercio exterior de los Estados Unidos con Sur América está dominado por las mismas firmas que invierten regularmente en las industrias locales. Estas empresas monstruosas parecen ser las pri-

meras no solo en inversiones sino también en comercio exterior... Todo el intercambio económico con Sur América parece ser, en lo esencial, un resultado de la incesante expansión de los gigantes de la industria... Las empresas de los "Treinta Grandes" operan en todo el mundo, pero tienen sus domicilios oficiales en los Estados Unidos. Son ellas quienes manejan las inversiones, y a través de éstas la exportación de materiales de producción tales como máquinas o instalaciones de varias clases. Son ellas quienes supervisan la producción misma, y por ella la distribución de los artículos manufacturados... Tal expansión mundial es típica de la moderna etapa del capitalismo, porque las fronteras nacionales son demasiado estrechas para empresas mundiales" (Norman, 64-66,61). Hacia 1950, 300 corporaciones norteamericanas aportaban más del 90% de las inversiones directas de los Estados Unidos en Latinoamérica, y desde entonces "el grado de concentración se ha consolidado aún más" (Naciones Unidas, 1964-a: 233).

En la década del 50, la corporación de monopolio internacional fue más allá de la simple instalación de la industria extranjera en el recinto de la barrera tarifaria protectora de la América Latina, que garantiza altos precios y beneficios. En primer término, el taller de montaje y la organización comercial extranjeros organizan una especie de sistema subsidiario, en el que los medianos y pequeños industriales latinoamericanos producen partes para la ensambladora local por cuenta del monopolio de la metrópoli, que prescribe su proceso industrial, determina su producción, es el único comprador de la misma, reduce su propio desembolso de capital apoyándose en la inversión y crédito de sus contratistas y subcontratistas latinoamericanos, y traslada los costos y pérdidas de las sobreproducciones cíclicas sobre estos fabricantes, en tanto que reserva para sí mismo la parte del león en los beneficios de este arreglo, para la reinversión y expansión en la América Latina o para remitirla a la metrópoli y a otros lugares de sus operaciones mundiales.

En los últimos años, los monopolios metropolitanos han avanzado un paso más en este proceso de integración metropolitano-satélite, asociándose con grupos industriales y/o financieros y aún con instituciones oficiales en las llamadas empresas mixtas. En Latinoamérica, este proceso es a menudo defendido como protector de los intereses nacionales y aún estimulado como inductor del progreso económico por quienes proponen —generalmente los socios de la "gran burguesía" latinoamericana, que con él se benefician, o sus representantes— la participación de México o el Brasil en la financiación y control de estas empresas o la "chilenización" (en lugar de nacionalización) del cobre mediante un 25, 49 o 51% de participación del gobierno en las minas norteamericanas de metal. En los Estados Unidos, este proceso acaba de ser consagrado en una "Carta al Pueblo Americano" del Comité Coordinador Republicano, encabezado por un ex-embajador en México, en la que se recomienda esta especie de "asociación" como la mejor Alianza para el Progreso, de "oportunidades verdaderamente iguales", así como las dictaduras militares que "pueden garantizar la estabilidad necesaria para conjurar el peligro comunista en períodos de transición política y económica".

En esta nueva asociación con el capital y los gobiernos de Latinoamérica, los monopolios metropolitanos toman con gusto inicialmente una pequeña participación, que requiere menos capital propio. En realidad, la sociedad extranjera llega frecuentemente con poco o ningún capital, pero consigue su aporte en la localidad, respaldada en su reputación internacional y capacidad de crédito. (El Secretario Adjunto de Comercio para el Comercio Exterior de los Estados Unidos, Andrew F. Brimmer, dijo a la prensa que un quinto —que sin duda incluye las más grandes— de las compañías norteamericanas que operan en el exterior, consiguen todo su capital operativo allí mismo). La principal contribución de las corporaciones metropolitanas a la empresa mix-

ta es, pues, un paquete tecnológico de patentes, diseños, procesos industriales técnicos superpagados y, no lo menos importante, marcas de fábrica y campaña de propaganda; la mayor parte del capital de financiación es latinoamericano, como son los impuestos, licencias de exclusividad y otras concesiones y, tal vez lo más importante, la protección aduanera. La corporación internacional de monopolio tecnológico, su reserva financiera y su directo o indirecto poder político, para derivar de la empresa común cada vez mayores beneficios que sus socios latinoamericanos, reinvertirlos y ganar un mayor control sobre la empresa, la economía y el país en que opera. Entretanto, los socios latinoamericanos son políticamente castrados y luego utilizados para inclinar a sus gobiernos a crear o mejorar el clima de inversión para el capital "extranjero".

Esta asociación de los monopolios de la metrópoli con los negocios y gobiernos de la América Latina —o, más exactamente, esta absorción de los últimos por los primeros— no se limita en ningún caso a la industria manufacturera. Incluye la banca y negocios tales como los de seguros, por supuesto, y se extiende al comercio al por mayor internacional y doméstico, y al comercio al por menor, que se monopolizan cada vez más; a la producción agrícola para el mercado nacional y mundial, atendiendo a la financiación de sus gastos y al control de su producción; a toda clase de servicios, cine, música grabada, noticias para la prensa, radio, televisión y, no lo menos importante, a la propaganda (como cualquiera puede comprobar para su placer o displacer, ya que el 95% de los productos que se anuncian por las pantallas de televisión de México y otros países de Latinoamérica son de marcas norteamericanas, empacados en programas del Oeste, del F.B.I. y de contraespionaje de no precisamente incierto contenido ideológico).

La integración vertical y horizontal de una corporación que opera y aún controla varios de estos sectores del mercado latinoamericano, —para no hablar del mundial—; permite por supuesto mayores utilidades en cada uno de los renglones tomado individualmente y en el total de las operaciones. Lo mismo puede decirse de las firmas estadounidenses que operan en la América Latina, ya que los bancos de Norteamérica les prestan los depósitos latinoamericanos a dichas corporaciones, que compran y venden entre sí y colocan sus avisos en agencias de publicidad norteamericanas, que utilizan su influencia sobre la masa media de Latinoamérica para presionar por la adopción de medidas económicas y administrativas y favorables a los intereses de la metrópoli y contrarias a los intereses populares. El monopolio capitalista integrado genera de este modo en Latinoamérica economías exteriores en varios sentidos: Exteriores a cualquier sector económico, exteriores a cualquier monopolio metropolitano, y exteriores a cualquier economía latinoamericana, que por consiguiente descapitaliza aún más en favor de la metrópoli.

Hoy, el desarrollo capitalista está dando un paso más. Habiendo ya evolucionado desde exportador de capital para inversión hasta monopolio que absorbe las economías nacionales de Latinoamérica en el imperio de una corporación, está preparándose ahora para absorber el continente latinoamericano en su conjunto en el monopolio de las corporaciones metropolitanas. Los Estados Unidos han comenzado recientemente a fomentar la Integración Económica Latinoamericana, y tratan de lograr la formación de un Mercado Común Interamericano, que incluiría a los Estados Unidos y el Canadá. Aún sin el último, la mayor parte del comercio inter-latinoamericano de manufacturas bajo el Tratado de Montevideo, es de corporaciones norteamericanas tales como la Kaiser y la General Electric, que pueden así fabricar en un país latinoamericano para exportar a otro. Más allá de estos acuerdos multilaterales de comercio exterior, la metrópoli americana está entrando también en acuerdos bilaterales, que son una especie de sub-imperialismo. Los Estados Unidos parecen haber escogido al Brasil en Sur América —desde el golpe militar de 1964— y

en menor grado a México y Centroamérica, como una quinta columna o cabeza de playa económica y política en Latinoamérica, desde la cual los monopolios americanos y su gobierno se toman los mercados y gobierno de los países menores, luego de que su tecnología, su capital y su influencia política han creado allí las necesarias condiciones expansionistas. Este desarrollo integracionista o sub-imperialista agrava, por supuesto, el desequilibrio económico y político, tanto en el interior de estos países como entre sí, tal como lo hace en su conjunto la expansión mundial de los monopolios (véase Marini).

El principal impulso a estas formas neo-imperialistas de desarrollo mundial desigual y de subdesarrollo latinoamericano desequilibrado, viene de la expansión y monopolización incesante de las corporaciones internacionales de base norteamericana y en nueva revolución tecnológica. Las consecuencias de este desarrollo capitalista en Latinoamérica van mucho más allá de una benévola inversión de capital y una provechosa introducción de avanzadas tecnológicas.

La revolución tecnológica de la automatización, la cibernética, y la unificación de todo el proceso industrial del monopolio, con la consiguiente y rápida abolección de la maquinaria, su decreciente eficiencia relativa, y el exceso de equipo industrial, conducen a la transferencia de equipo ocioso o recientemente obsoleto de la metrópoli a la América Latina, a menudo sin cambiar de dueño (pero que, para efectos impositivos, se descarga de la casa matriz y se carga a las subsidiarias a exorbitantes precios de contabilidad, lo que aumenta, artificialmente, los costos, disimula sus ganancias reales, y ayuda a extraer capital del país receptor).

En Latinoamérica, el monopolio internacional utiliza este equipo y tecnología para competir con los rivales locales y eliminarlos o absorberlos, pues carecen de fondos o proveedores para comprar de los mismos, o no pueden obtener licencias para importarlos. A esto, se le llama elevación del nivel tecnológico de la economía latinoamericana y eliminación de la ineficiencia.

La corporación internacional que controla esta tecnología aumenta así su poder monopolista sobre sus socios latinoamericanos en las empresas mixtas, sobre sus rivales en otras firmas y sobre la economía de Latinoamérica en general. En la última, como resultado, la razón capital trabajo se eleva, aumenta la sobreproducción y declina el nivel general de salarios. Por estas razones y porque esta inversión se multiplica grandemente desde el extranjero sin incrementar, correspondientemente, el poder doméstico de compra, es que se hacen más frecuentes y prolongadas las crisis periódicas de sobreinversión, en tanto que el desempleo estructural y cíclico aumenta en la América Latina. Cuando ocurren, las firmas latinoamericanas débiles son devoradas por sus compatriotas más fuertes, aumentando el grado de monopolios y éstas a su vez son absorbidas a precios reducidos por los monopolios de la metrópoli, aún más grandes y fuertes, para incrementar todavía más el grado de monopolio y de deslatinoamericanización. En tanto que durante 1964 el ingreso nacional per-cápita bajó un 6% en el Brasil, su más grande productora de acero fue absorbida por la Bethlehem Steel (Frank, 1965b). De esta manera, el empleo del equipo existente en Latinoamérica, la dirección de sus nuevas inversiones y la selección de sus importaciones está determinada aún más por las necesidades y conveniencias de la metrópoli; y corresponden cada vez menos a las necesidades del desarrollo de la América Latina y a las necesidades sociales de su pueblo (véase Frank, 1966c).

Este capital monopolista, a más de reeditar los beneficios con que la economía latinoamericana es acaparada por la metrópoli, genera por supuesto una remisión aún mayor de utilidades, por parte de estas firmas extranjeras, y un mayor flujo de capital de Latinoamérica hacia los Estados Unidos (1). En efecto, de acuerdo con el Departamento de Comercio de los Estados Unidos —el va-

lor de los activos de las corporaciones norteamericanas en el exterior aumentó en US\$ 29.000 millones (de US\$ 11.800 a US\$ 40.600) entre 1950 y 1963, y las operaciones de estos activos en el exterior produjeron para los Estados Unidos un flujo adicional neto registrado en US\$ 12.000 millones; en tanto que la inversión directa de los Estados Unidos fue de US\$ 17.382 millones, y el correspondiente reflujo —llamado generalmente capital en "retorno"— de US\$ 29.416 millones durante el mismo período (Baran y Sweezy, 107). Como quiera que los datos anteriores incluyen las relaciones entre los Estados Unidos y las relativamente fuertes economías de la Europa Occidental, resulta que las proporciones correspondientes entre los Estados Unidos y la América Latina fueron y son aún más desfavorables para la última. De acuerdo con el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, la inversión directa de capital de los Estados Unidos en los siete principales países de América Latina entre 1950 y 1961 fue de US\$ 2,962 millones y el flujo de "retorno" correspondiente hacia Estados Unidos fue de US\$ 6,875 millones (Frank, 1963, 1964). Como las corporaciones internacionales evaden impuestos y restricciones cambiarias, mediante la regular sobrefacturación de las ventas de la casa matriz y la subfacturación de sus compras a sus subsidiarias de Latinoamérica, parte de sus utilidades quedan ocultas bajo el renglón de costes; y la remisión real de utilidades de América Latina a la metrópoli es mayor de la que se registra por los gobiernos de ambas.

Pero las operaciones en el exterior sobrepasan las inversiones correspondientes. La remisión de beneficios de inversiones directas de las corporaciones extranjeras le cuesta a Latinoamérica (con la excepción de Cuba) alrededor del 14% de sus ingresos por concepto de exportación de mercancías y servicios. Pero otras transferencias de capital registradas y ocultas están representadas por otro 11% de sus ganancias de cambio exterior, más un 15% adicional por el servicio de su deuda externa, lo que eleva a 40% de sus divisas al escape anual de capital latinoamericano. Los pagos de América Latina por otros servicios exteriores, tales como transporte (10%), viajes al exterior (6%), y otros, absorben un 21% más de su rendimiento, para un gran total de 61% de las utilidades por comercio exterior de la América Latina más de US\$ 6,000 millones por año, o sea el 7% de su PNB, y casi la mitad de su inversión bruta (probablemente más que toda su inversión neta)— que se pagan a los extranjeros —casi enteramente de la metrópoli— por estos invisibles servicios prestados, que no incluyen un solo centavo de mercaderías físicas para Latinoamérica. No es de extrañar el crónico déficit de balanza de pagos a pesar del hecho de contar con recursos adecuados (Frank, 1965a).

Las facilidades comerciales de pago en Latinoamérica han declinado al mismo tiempo y en parte como resultado del capitalismo monopolista examinado arriba, ya que la política de precios de las corporaciones monopolistas internacionales y su determinación de la estructura económica de la América Latina afecta negativamente las condiciones comerciales de la última. Entre 1950 y 1962 los precios de las importaciones que hizo Latinoamérica se elevaron en un 10% pero los precios de sus exportaciones cayeron un 12%; de modo que, en tanto que sus importaciones se elevaban un 42%, sus exportaciones tenían que hacerlo un 53% (Naciones Unidas, CONF. 32). En consecuencia, la América Latina perdió el 25% del poder de compra que deriva de sus exportaciones, equivalente al 3% de su PNB por concepto de comercio, agregada a la de 7% del Producto Nacional Bruto a cuenta de servicios, o aún solamente el 5% (40% de utilidades sobre divisas) por cuenta de pagos financieros a extranjeros, equivale del 8% al 10% de su PNB, que duplica o triplica, probablemente, el monto del capital que la América Latina está dedicando a la inversión neta. Agregando además, el porcentaje de PNB y el múltiple de inversión neta que adicionalmente se pierde por concepto de trabajo y recursos ociosos actualmente en Latinoamérica, —comparados con lo que se hubieran ob-

tenido en la continuación de su industrialización de los años 30 y 40 y el período de la guerra de Corea— tenemos que las pérdidas de exceso invertible de Latinoamérica, causadas por el neo-imperialismo, se elevan aún más, quizás doblándolas otra vez, y si pudiéramos además calcular la desviación y abuso del trabajo y capital latinoamericanos, engendrados por la absorción neo-imperialista de la economía Latinoamérica y su dedicación al desarrollo monopolista mundial de la metrópoli —en lugar de serlo al desarrollo económico propio— tendríamos una más exacta medida de la torcida destinación de los recursos de Latinoamérica, de su desarrollo económico perdido, y del subdesarrollo estructural que el capital monopolista del neo-imperialismo ha generado en la América Latina de hoy (2).

Este desarrollo neo-imperialista de condiciones desmejoradas de comercio, déficits crónicos y crisis recurrentes en la balanza de pagos de Latinoamérica, así como la creciente necesidad de carreteras, energía y personal técnicamente entrenado para el servicio de los establecimientos de la metrópoli en ella, ha llevado a la metrópoli a crear toda una sopa de letras con las instituciones financieras que manejan estas situaciones y atienden estas necesidades. Algunas de ellas son organizaciones de las Naciones Unidas, como el Banco Mundial (BIRD) y el fondo monetario Internacional (FMD). Otras son independientes, como la (GATT); y varias, formal o efectivamente dependencias de los Estados Unidos, como el Eximbank, el Banco para el Desarrollo Internacional (BID), etc. Aunque hay entre ellas alguna especialización del trabajo, todas ejecutan esencialmente las mismas funciones en Latinoamérica: Apoyar la incorporación de la inversión financiera de este continente a la estructura del capitalismo monopolista de la metrópoli, sin pagar por ella más financiando los inevitables déficits resultantes, o las nuevas necesidades de infraestructura y personal técnico, atendidas por la Alianza para el Progreso en el desarrollo social del capital humano (última especulación económica de la metrópoli, que ahora lo recomienda como la más importante de todo desarrollo); y a menudo financiando también los costos de inversión en Latinoamérica de las corporaciones que, total o parcialmente, pertenecen a la metrópoli, que reciben directamente estos empréstitos, o indirectamente a través de los gobiernos. Algunos observadores autorizados han caracterizado algunas de estas instituciones: La Comisión Económica para Latinoamérica de las Naciones Unidas, dice: "Las operaciones de crédito del Eximbank (o del gobierno de los Estados Unidos) y del BIRD (o Banco Mundial de las Naciones Unidas) siguen restringidas a empréstitos para proyectos concretos. Se arguye que esto se debe al deseo de ambos bancos de combinar su conocimiento técnico con los de los prestatarios en la necesaria investigación y estudios previos... también para posibilitar un control más estricto sobre el empleo de los fondos... En tercer lugar, Eximbank y el BIRD han tratado, por largo tiempo, de evitar hacer préstamos que puedan competir con el capital privado extranjero. Esto redundó en un plan de créditos concentrado sobre todo en la infraestructura más bien que en la industria (Naciones Unidas CEPAL, 1964 a: 239-240). En su obra *Inversión Privada y Oficial de los Estados Unidos en el Exterior*, Raymond Mikesell (477, 482) llega a afirmar que "El Banco (Eximbank) es fundamentalmente un instrumento de la política de los Estados Unidos... Las consideraciones políticas pesan demasiado en el otorgamiento de los empréstitos e incluso en las investigaciones iniciales u oficiales de los prestatarios extranjeros". Después de citar a Mikesell, las Naciones Unidas observan que "es por tanto evidente que el Eximbank debe considerarse como un instrumento básico de la política exterior de los Estados Unidos" (Naciones Unidas, CEPAL, 1964a: 252). Por muy diplomáticamente que quisieran estos observadores calificados hablan muy claramente de cómo y por qué estas instituciones metropolitanas controlan y dirigen la economía y la política de Latinoamérica. Bajo la amenaza de suspender esta financiación, creando balanzas de pagos insostenibles y crisis políticas, estas agencias de crédito de la metrópoli literalmente chantajejan

los gobiernos de Latinoamérica, cada vez más dependientes para obligarlos a adoptar política monetaria y fiscal y planos de inversión prescritos para ellas por la metrópoli, en beneficio de la última.

Esta es la principal actividad en Latinoamérica del Fondo Monetario Internacional de las Naciones Unidas. Durante dos décadas, el FMI ha impuesto devaluaciones y políticas monetarias asfixiantes, estructuralmente inflacionistas, a decenas de gobiernos latinoamericanos. Mientras el FMI se sirve de justificaciones en términos de la teoría clásica del comercio internacional y de política monetaria, para oscurecer su política chantajista —a la que se llama exigir responsabilidad de los gobiernos de Latinoamérica— los principales efectos claros de esta política en Latinoamérica han sido las devaluaciones recurrentes de sus monedas que alteran contra Latinoamérica las reglas comerciales de juego y rebajan para los monopolios de la metrópoli el precio del acaparamiento de la economía latinoamericana a través de la inversión; la convertibilidad forzosa de las monedas latinoamericanas, que permite a los monopolios internacionales convertir fácilmente sus utilidades en Latinoamérica en dólares y oro; los obligados empréstitos de otras instituciones de la metrópoli, aparte de los compensatorios empréstitos a corto plazo del FMI y de los créditos que vienen atados con cuerdecitas económicas y políticas; simultáneamente, el desempleo y la inflación estructurales en la economía de la América Latina que, con las devaluaciones, favorecen a los propietarios nacionales y extranjeros a costa de los obreros y empleados, cuyos ingresos reales se ven reducidos; y, por último, pero no lo menos importante, el consecuente deterioro de sus términos de intercambio y el empeoramiento de sus déficits de la balanza de pagos, que hace repetir el ciclo y aumentar la dependencia del FMI y otros instrumentos de inversión y crédito de la metrópoli, acompañada de una más fuerte dosis de remedios de FMI y de política neo-imperialista básica para Latinoamérica, en una viciosa espiral interminable.

Esta espiral se refleja en el hecho de que la cuota que Latinoamérica debe dedicar al servicio de su deuda externa se eleva cada vez más —del 5% de sus ingresos de divisas en 1951-56, al 11% en 1956-60; al 16% en 1961-63. Gracias a la Alianza para el Progreso, el servicio de la deuda latinoamericana es hoy indudablemente aún más gravosa, e inevitablemente se elevará en el futuro; aunque, de acuerdo con un comunicado de la Associated Press de 5 de Abril de 1965, "el Eximbank está retirando anualmente de Latinoamérica 100 millones de dólares más de los que presta".

Dondequiera que las contradicciones económicas y políticas internas de los países de Latinoamérica, creadas por este desarrollo neo-imperialista, no pueden ser sostenidas por más tiempo dentro de los límites del estado democrático burgués (en el que cada país se encuentra ahora ocupado por su propio ejército y policía, que —con entrenamiento técnico, orientación política, asesores y equipos (3) militares de los Estados Unidos— reprimen las demostraciones de obreros, estudiantes y otros grupos contra la orientación económica y política del gobierno), o donde su solución lesione demasiado los intereses de la metrópoli, la misión de resolverlas se asigna a una dictadura militar. Esta, invariablemente procede a rebajar el ingreso de la mayoría y a ampliar aún más las concesiones a los intereses metropolitanos y los privilegios de sus socios comerciales y aliados políticos de Latinoamérica —y a contener la resistencia popular mediante el asesinato, el exilio o la prisión de sus líderes y el terror sobre el pueblo mismo. Que estas medidas económicas y políticas en Latinoamérica son parte integrante del desarrollo y la política neo-imperialista, queda atestiguado con las propuestas metropolitanas de ayuda militar a Latinoamérica (que se duplicó por el presidente Kennedy en el primer año de su administración) y por las declaraciones de los funcionarios del gobierno norteamericano (tales como las de los expertos en asuntos de Latinoamérica del Departamento de Estado del presidente Johnson) de que no todos los golpes militares son iguales: Unos son más iguales que otros.

El capitalismo monopolista neo-imperialista ha penetrado o incorporado rápida y efectivamente la economía, el gobierno, la sociedad y la cultura de la América Latina. Al igual que el colonialismo y el imperialismo que le antecedieron, esta penetración neo-imperialista en la América Latina ha encontrado, ahora en mayor grado, viejos grupos de intereses creados, aliados y sirvientes de los intereses de la metrópoli. Monopolizan cada día más la economía latinoamericana y reparten entre sí los despojos de la explotación del pueblo de Latinoamérica, y en menor grado los del pueblo de la metrópoli. Pero el neo-imperialismo ha ido más lejos. La satelización económica de la industria latinoamericana es inevitablemente también la satelización de su burguesía. La política industrial nacionalista de los años 30 y 40 ya no existe, porque un número creciente de industriales latinoamericanos son ya, o lo serán próximamente, socios, funcionarios, abastecedores y clientes de las empresas y grupos mixtos, que nublan y oscurecen los intereses nacionales de Latinoamérica y —lo que es más importante— atan cada vez más fuertemente la cola de sus intereses personales al perro neo-imperialista, que la mueve. La mal llamada burguesía nacional latinoamericana, lejos de hacerse más fuerte e independiente, a medida que la industria se desarrolla bajo la dirección de la metrópoli, se hace más débil y más satelizada o dependiente cada año.

Sin embargo, el desarrollo del capitalismo monopolista no hace más que atar económicamente a la metrópoli la burguesía de Latinoamérica mediante la satelización de sus establecimientos industriales, comerciales y financieros. El neo-imperialismo, como vimos arriba, sateliza la economía latinoamericana en su conjunto y la hunde cada vez más en el subdesarrollo estructural. Como la metrópoli se apodera de una porción creciente de los más lucrativos negocios de Latinoamérica y somete al resto a tremendas dificultades económicas a la burguesía que vive de estos negocios menos lucrativos no le queda otra alternativa que luchar —aún en vano— por su supervivencia, agravando en precios y salarios el grado de explotación de su pequeña burguesía, obreros y campesinos, con el fin de exprimir alguna sangre adicional; y a veces, tiene que recurrir a la coacción militar directa para lograrlo. Por esta razón, casi toda la burguesía latinoamericana se ve obligada a contraer alianzas políticas con la burguesía metropolitana —esto, es someterse: Tienen algo más que un interés básico común en defender el sistema de explotación capitalista; es que no puede ser nacional o defender intereses nacionalistas y oponerse a la usurpación extranjera en alianza con los obreros y campesinos de Latinoamérica —como lo indica la idea del Frente Popular— porque la misma usurpación neo-imperialista está forzando a la burguesía latinoamericana a explotar aún más a sus supuestos aliados obreros y campesinos, obligándola así a privarse de este apoyo político. En tanto que la burguesía de Latinoamérica persista en esa política de precios y salarios que explota a los trabajadores y en reprimir sus legítimas demandas para alivio de esta creciente explotación, no podrá recobrar su apoyo para enfrentarse a la burguesía de la metrópoli; así como la ineficiencia económica de esta explotación impide el ahorro doméstico para inversión y obliga a la burguesía a mirar hacia el exterior en busca de capital (4).

Por consiguiente, el neo-imperialismo y el desarrollo del monopolio capitalista están empujando a toda la clase burguesa de Latinoamérica a una alianza económica y política y a una dependencia aún más estrecha respecto de la metrópoli imperialista. La tarea política de invertir el desarrollo del subdesarrollo latinoamericano corresponde, por tanto, a los pueblos mismos, y la ruta del capitalismo ya destruida para ellos por el neo-imperialismo actual.

IV. SUMARIO Y CONCLUSIONES

Lo esencial de la inversión y ayuda extranjeras bajo el neo-imperialismo, el subdesarrollo latinoamericano y la

necesidad de sus implicaciones políticas arriba esbozadas, se sintetiza en las autorizadas declaraciones e inequívoca conducta de los más altos representantes de las burguesías norte y latinoamericana, como sigue: La Comisión de Política Económica Exterior de los Estados Unidos ha declarado que la inversión en el exterior "es un medio de abrir mercados para la industria y la agricultura norteamericanas; a la larga contribuye al crecimiento general del comercio exterior y la prosperidad por su influencia en la elevación de la productividad y el ingreso en el exterior; es un instrumento de primera línea para fomentar la producción de materias primas en otros países, así como para satisfacer las crecientes necesidades civiles y militares de la economía norteamericana; y es, a la vez, un medio cuya importancia para elevar el ingreso nacional de los Estados Unidos debe incrementarse, a través de las más amplias y lucrativas oportunidades de inversión para el capital de Norteamérica" (citado en Cámara Textil 48).

El economista mexicano Octaviano Campos Salas resume las consecuencias de la inversión extranjera para los países de Latinoamérica: "a) El capital privado extranjero se apodera permanentemente de los sectores de altos rendimientos, expulsando el capital doméstico o impidiéndole la entrada, apoyándose en los amplios recursos financieros de sus casas matrices y en el poder político que a veces ejerce. b) El apoderamiento permanente de importantes sectores de la actividad económica impide la formación de capital doméstico y crea problemas de inestabilidad de la balanza de pagos. c) La inversión privada extranjera y directa perturba la política monetaria y fiscal anti-cíclica, afluente en las expansiones y se contrae en las depresiones. d) Las exigencias de los inversionistas privados extranjeros para crear un "clima favorable" a la inversión, en los países receptores, son ilimitadas y excesivas. e) Resulta mucho más barato y consistente para las aspiraciones de independencia económica de los países subdesarrollados, contratar técnicos extranjeros y pagar derechos por el uso de patentes, que aceptar el control permanente de sus economías por parte de poderosos consorcios extranjeros. f) El capital privado extranjero no se ciñe al planeamiento de desarrollo". (Citado en *Ibid* 48).

Arturo Frondizi fue sustancialmente de la misma opinión: "No sobra recordar que el capital extranjero actúa generalmente como agente perturbador de la moralidad, la política y la economía de la Argentina... Una vez establecido, gracias a concesiones excesivamente liberales, el capital extranjero obtuvo créditos bancarios que le permitieron expandir sus operaciones y por tanto sus utilidades. Estas utilidades fueron inmediatamente exportadas, como si todo el capital invertido hubiese sido importado por el país. De este modo, la economía doméstica vino a fortalecer la capitalización extranjera y a debilitarse a sí misma... La tendencia natural del capital extranjero en nuestro país ha sido, en primer término, medrar en áreas de alta rentabilidad... Cuando el esfuerzo, la inteligencia y la perseverancia argentinos crearon una oportunidad de economía independiente, el capital extranjero la destruyó e intentó crearles dificultades... El capital extranjero tuvo y tiene una influencia decisiva en la vida social y política de nuestro país... La prensa es también generalmente un instrumento activo de este proceso de sumisión... El capital extranjero ha tenido especial influencia en la vida política de nuestra nación, aliándose con la oligarquía conservadora... Los que están atados al capital extranjero por lazos económicos (directivos, personal burocrático, abogados, periódicos que reciben propaganda, etc.) y los que sin tener relaciones económicas, terminan siendo dominados por el clima ideológico y político creado por el capital extranjero" (Frondizi, 55-76).

Todo el significado de estos análisis de la realidad de la inversión imperialista y neo-imperialista y sus consecuencias para la América Latina solo se hace enteramente claro si tomamos en cuenta algunas observaciones adicionales de Frondizi y seguimos su posición y conduc-

ta posteriores respecto a la inversión imperialista, así como las de Campos Salas. Frondizi siguió advirtiendo a sus compatriotas en su libro de campaña electoral atrás citado *Política y Petróleo*: "En asunto de política económica, las buenas intenciones —cosa subjetiva— no interesan; lo que cuenta son los resultados concretos de la política trazada— su aspecto positivo... El capital extranjero mantiene un especial estado de conciencia que predispone a la entrega o la sumisión. Este estado de conciencia invade todos los rincones del país, todos los sectores sociales actuantes económica y políticamente; se refleja en todos los aspectos de la vida nacional, como si fuese un fatalismo histórico frente al cual no hubiese otra alternativa que inclinarse. Se renuncia a las posibilidades nacionales. Lo más terrible en este proceso de captura psicológica, creado por el imperialismo, es que personas de buena fe, sean ellas conocedoras o ignorantes, a sabiendas o no, sirven al imperialismo por defender sus intereses y la necesidad de mantener su continuada presencia. Por esta vía, los individuos y el pueblo pierden la conciencia de su propia personalidad y de la misión que deberían cumplir como su obligación histórica" (Frondizi, 123, 76).

El aplastante peso de la realidad histórica objetiva sobre las subjetivas buenas intenciones, fue confirmado plenamente por el propio Arturo Frondizi cuando, presidente de la Argentina que había sido elegido sobre la plataforma expuesta, sucumbió a esta situación de captura económica, política y psicológica creada por el imperialismo, renunció a las posibilidades nacionales de la Argentina, y pasó a la historia como el hombre que entregó a los monopolios norteamericanos todo el petróleo de su país y la mayor parte de lo que restaba de su economía. Por su parte, el atrás citado economista mexicano, Octaviano Campos Salas, ministro de Industria del actual gobierno de México, ahora otorga al capital monopolista norteamericano las concesiones que una vez llamara "ilimitadas y excesivas" y preside —como lo observó entonces— sobre el progresivo y permanente apoderamiento por parte de la metrópoli de importantes sectores de la actividad económica, lo que impide la formación de capital doméstico.

Dejando a un lado la propaganda y los buenos deseos, la tendencia real del aumento y descenso anual del Producto Nacional Bruto per-cápita (y del Ingreso Nacional per-cápita) en América Latina es: 1950-55: 2.2% (1.9%) de aumento; 1962-63: menos 1.0% (menos 0.8%), esto es, una baja absoluta (Naciones Unidas, CEPAL, 1964: 6).

En tanto que desde antes de la Segunda Guerra Mundial la producción per-cápita de alimentos se elevó en un 12% en el mundo entero hasta 1963-64, y un 45% en la Unión Soviética y la Europa Oriental (cuyos fracasos agrícolas son conocidos universalmente), la producción latinoamericana de alimentos per cápita descendió un 7% y su distribución entre el pueblo es cada día más desigual. El nivel absoluto de la vida de la mayoría de los latinoamericanos está descendiendo.

(1) La tasa de utilidades de los monopolios de la metrópoli en Latinoamérica es desconocida, pero ciertamente superior al 5% que a menudo pretenden. Los siguientes hechos pueden darnos una idea: la ganancia media sobre el capital invertido en manufacturas en los Estados Unidos es superior al 10%. Las 200 más grandes corporaciones de Norteamérica poseen el 57% de los activos pero reciben el 68% de las utilidades; por consiguiente, ganan por encima de la tasa media de beneficio. Las corporaciones que operan en el exterior, que son las más grandes, ganan de dos a cuatro veces más con su capital en el exterior que con el mismo capital en casa; y obtienen un múltiplo aún más alto de ganancias por sus operaciones en la América Latina que el obtenido por sus operaciones en el exterior (incluidos Europa y el Canadá) tomadas en conjunto. (Para fuentes véase Baran y Sweezy, 87, 194-199); Michaels, 48-49; Mandel II, 86-87; Gerassi calcula las utilidades de las firmas particulares, a partir de los balances financieros que se dan a la luz).

(2) Novik y Farba han calculado las pérdidas de excedente económico de Chile en razón de lo siguiente: A la metrópoli, por cuenta de producción y exportación de cobre solamente, 5% del ingreso nacional; por desempleo 15%; capacidad industrial ociosa, 8%; producción agrícola inferior al potencial inmediato, 3% más o menos el 30% del ingreso nacional sacrificado a estos factores de subdesarrollo estructural. Pero, con mucho, la pérdida mayor de exceso económico corresponde a la mala distribución del ingreso: la renta percibida por encima del ingreso anual medio representa el 37% del ingreso nacional de Chile y, comparada con el nivel de los ingresos bajos, el 50%. Esta distribución del ingreso en Chile y la América Latina que se hace cada vez más desigual, es al mismo tiempo reflejo y causa del alto y creciente grado de monopolio económico y político, sostenido y generado por la presencia de la metrópoli en América Latina. Como todo monopolio, produce una vasta distorsión de la distribución de los recursos del todo económico, base de la concentración del ingreso de que gozan unos pocos. Esta torpe distribución de los recursos se extiende no sólo a la clase de mercancías que se producen automóviles en vez de camiones, ómnibus y tractores —sino también al medio como se producen: Tres docenas de fabricantes extranjeros producen ahora automóviles ensamblados en Latinoamérica para un mercado anual de cerca de 500.000 carros, o sea un promedio de 13.000 unidades anuales por fabricante. Doce firmas montaron ensambladoras en Venezuela, para un mercado nacional de automóviles de 30.000 unidades. En Europa, el mercado promedio por fabricante es de 250.000 y en los Estados Unidos, por supuesto, de una cifra aproximadamente diez veces mayor (Visión 100). El capitalismo monopolista que ocasiona esta clase de distribución de los recursos —12 firmas para producir 30.000 carros en total— y una pérdida de excedente que equivale al 50% del ingreso nacional, va ciertamente en interés de los supermonopolios de la metrópoli. Pero, contrariamente a lo que a veces se proclama el mantenimiento y desarrollo de este subdesarrollo de Latinoamérica por parte de los monopolios, es también evi-

dentemente la base inmediata de la supervivencia económica y política de los más grandes sectores de la burguesía latinoamericana, que es la primera en defenderlo.

(3) No puede pasarse por alto que el equipo norteamericano para la policía y las fuerzas antiguerrilleras de la América Latina, encargada directamente de reprimir los movimientos populares, es siempre el más moderno y eficiente del malo y obsoleto y aún consta de armas o aviones defectuosos, que los Estados Unidos dejan de emplear pero cuya venta a Latinoamérica pesa en la balanza de pagos, como tan orgullosamente lo señala el Secretario de Defensa McNamara.

(Para esta observación, estoy agradecido a mi esposa Martha Fuentes de Frank).

(4) Como se observó arriba, la burguesía del Brasil ha estado tratando de encontrar una salida adicional, primero a través de la política exterior "independiente" de los presidentes Quadros y Goulart (que buscaron nuevos mercados en África, Latinoamérica y los países socialistas) y, luego de ello se demostró imposible en un mundo ya imperializado a través de la política exterior subimperialista "interdependiente" iniciada por el actual gobierno militar como socio menor de los Estados Unidos. El sub-imperialismo brasileño requiere también bajos salarios en el Brasil, para que su burguesía pueda entrar al mercado latinoamericano sobre una base de bajos costos, ya que es además el único que tiene con equipo norteamericano obsoleto, aunque aún moderno. En los países subimperializados de Latinoamérica, la invasión brasileña también lleva a la baja de salarios, ya que es la única reacción defensiva posible de la burguesía local. De este modo el subimperialismo también ahonda las contradicciones existentes entre la burguesía y los sectores trabajadores de cada uno de estos países. (Para mayores análisis, véase Marini).

B I B L I O G R A F I A

- Baran, Paul A. and Sweezy, Paul M.: *Monopoly Capital*. New York, Monthly Review Press. 1966.
- Burgin, Miron: *The Economic Aspects of Argentina Federalism 1820-1852*. Cambridge, Harvard University Press. 1946.
- Crairncross, A. K., *Home and Foreign Investment. 1800-1919*. Cambridge, The University Press. 1953.
- Cámara Textil del Norte, "Las Inversiones Extranjeras y el Desarrollo Económico de México" en Problemas Agrícolas e Industriales de México, Mex., Vol. 7, N° 1-2. 1957.
- Encina, Francisco: *Nuestra Inferioridad Económica: Sus Causas y Consecuencias*. Santiago. 1912.
- Ferrer, Aldo: *La Economía Argentina*. México - Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica. 1963.
- Frank, Andre Gunder: "Aid or Exploitation?" *The Nation*. New York, Vol. 197. 1963. N° 16, November 16. in: *Peace News*. London, Jan. 17, 1964.
- , "On the Mechanisms of Imperialism: The Case of Brazil" *Monthly Review*. New York, Vol. 16, N° 5 September. 1964.
- , "Service Rendered" *Monthly Review*, New York, Vol. 17 N° 2 June. 1965a. See Also "Servicios Extranjeros o Desarrollo Nacional" *Comercio Exterior*. México, Tomo XVI, N° 2 Febrero 1966.
- , "Brasil: One Year from Gorillas to Guerrillas". *The Minority of One*. Passaic, VII, 7 (68) July. 1965b.
- , "El desarrollo del Subdesarrollo", "Desarrollo", N° 2. Marzo. Barranquilla, Colombia. 1966a.
- , "Hunger" *Monthly Review*. New York, in press. 1966b.
- , *Capitalism and Underdevelopment in Latin America — Their History in Chile and Brasil*. New York, Monthly Review Press. 1966.
- Fronzizi, Arturo: *A Luta Anti-imperialista*. Sao Paulo, Editora Brasiliense. Traducción de Política y Petróleo. Buenos Aires. 1958.
- Gerassi, John: *The Great Fear. The Reconquest of Latin America by Latin Americans*. New York, McMillan Co. 1963.
- Guerra y Sánchez, Ramiro: *Sugar and Society in the Caribbean — An Economic History of Cuban Agriculture*. New Haven and London, Yale University Press. Translation of Azúcar y Población en las Antillas, La Habana. 1964.
- Luxemburg Rosa: *The Accumulation of Capital*. New York, Monthly Review Press. 1964.
- Mandel, Ernest: *Traite d'Economie Marxiste*. París, René Juliard, 2 Vols. 1962.
- Marini, Ruy Mauro: "Brazilian Interdependence and Imperialist Integration" *Monthly Review*. New York, Vol. 17 N° 7, December. 1964.
- Michaels, David: *U. S. Private and Government Investment Abroad*. Eugene University of Oregon Books. 1966 (ed) 1962.
- Normano, J. F. *The Struggle for South America*. Boston 1931.
- Novik Mavocas, Nathan and Farba Lovin, Jorge: *La Potencialidad de crecimiento de la Economía Chilena. Un Ensayo de Medición del Excedente Económico Potencial*. Stgo., Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Chile, (Tesis). 1963.
- Rippy, J. Fred: *British Investments in Latin America 1822-1949*. Minneapolis, University of Minnesota Press. 1959.
- Turner, John Kenneth: *México Bárbaro*. México Ed. Ins. Nac. Juventud Mexicana. 1964. (Primera Edición en 1908).
- United Nations CONF. *Conferencia Mundial de Comercio y desarrollo, Examen de las Tendencias del Comercio Mundial*. New York (E. CONF., 46/12. 26 de Feb. de 1964.
- , CEPAL.: *Estudio Económico de A. L.* 1963, New York. (E/CN. 12/696 Rev. 1, Noviembre). 1964a.
- , CEPAL.: *El Financiamiento Externo de A. L. N.Y.E./CN 12/64/649 Rev. 1-12-64*. 1964b.
- Véliz, Claudio: *Mesa de Tres Patas. Desarrollo Económico*. B.A. Vol. 3, N° 1-2 abril-sep. 1963.
- Visión. 1965. Progreso 64/65: *Revista del Desarrollo Latinoamericano*. New York.
- Williams, Eric: *Capitalism and Slavery*. Chapel Hill University of North Carolina Press; reissued by Russel and Russell; N. Y. 1964.

LOS GRUPOS DE PODER ECONOMICO EN EL PERU

(ESTUDIO DE LOS PRINCIPALES GRUPOS BANCARIOS EN EL PERU)

Los grupos económicos que hemos detectado hasta el momento y que constituyen, sin lugar a dudas, el núcleo central de la economía en el país, tanto por su poderío, como por sus dimensiones son:

CUADRO 1

PRINCIPALES GRUPOS BANCARIOS (1968)

Nombre del grupo	Sociedades bajo su férula (1)	Número de sectores donde tienen intereses.
Banco de Crédito	110	12
Banco Internacional	43	11
Banco Popular	68	12
Banco Wiese	69	12
Banco Comercial	64	11
Banco Continental	86	12
Banco de Lima	36	9
Banco del Progreso	72	11

(1) Sociedades anónimas de propiedad del grupo, incluyendo aquellas de control mixto.

En el cuadro solamente se incluyen aquellas sociedades anónimas que están directamente vinculadas con los bancos o tienen relaciones personales.

Se han incluido aquellas sociedades anónimas que han sido afectadas por la Reforma Agraria, además han sido eliminadas a aquellas que han quebrado.

La primera característica que hemos encontrado en los grupos, es que éstos se forman en torno a los bancos: ello se debe a que estas instituciones controlan el capital interno disponible, "materia prima" indispensable para desarrollar las diversas ramas productivas existentes en el país. De los 10 grandes grupos seleccionados por nosotros, solamente 2 no giran en torno a la banca. Este fenómeno también aparece en Brasil, Chile, México. Esto nos ha llevado a pensar que en los países subdesarrollados, estas instituciones constituyen las empresas matrices de los grupos económicos. Esto no sucede en los países desarrollados, debido a que en éstos existe un mercado de valores amplio, y, por lo general, ocurre que muchas veces las grandes corporaciones poseen suficientes recursos que los llevan, en ciertas ocasiones, incluso, a controlar a la banca.

La segunda característica que hemos encontrado, siguiendo el método utilizado por Ricardo Lagos E., es que los grupos pueden ser controladores o influyentes. Como dijimos al comienzo de este informe, un grupo controla cuando tiene mayoría en el directorio de una Sociedad Anónima, e influye cuando sus directivos están en minoría. En nuestro país, los grupos se caracterizan por influir, antes que controlar. Esto por lo menos sucede en 6 de los 8 grandes grupos bancarios. Esta misma característica fue encontrada por el profesor Lagos, al estudiar los grupos chilenos, quien decía al respecto "esta influencia no afecta a la importancia del grupo, ya que la realidad puede ser de un control efectivo. A veces, un solo director pesa más que el resto del directorio en conjunto; todo depende del poder financiero que representa".

La tercera característica. Los grupos pueden ser de tres tipos: regionales, nacionales y multinacionales. Un grupo es regional cuando sus intereses, o sus operaciones, los realiza en determinada zona del país. Entendemos por grupos nacionales cuando éstos operan a nivel de toda la sociedad peruana. Definimos como grupo multinacional al conjunto de dos o más empresas que son controladas por intereses situados fuera del país, y cuyo centro de decisiones se dan en el exterior.

La Cuarta Característica. Estudiando el proceso de formación de los grupos, hemos constatado que éstos han seguido los siguientes caminos: en primer lugar un grupo industrial, después de haber alcanzado poderío, funda un banco a fin de asegurarse crédito. Es a partir del control de éste, que logra operar a nivel de otras actividades. Por ejemplo: esto ocurrió con el Banco Italiano (hoy Crédito), que fue fundado en 1889 por un poderoso grupo industrial. En segundo lugar: varios grupos que operan a nivel sectorial (pudiendo ser agrarios o comerciales o mineros etc.), se fusionan a fin de fundar un banco. Estos a través de la puesta en marcha de esta institución, logran captar grandes volúmenes de capital, lo cual les permite diversificarse y de esta manera ampliar su radio de acción. Este camino, fue seguido por los grupos: Banco Internacional, Banco Popular, Banco Wiese y Banco Unión. En tercer lugar: un grupo de capitalistas nacionales, que han alcanzado poderío a nivel sectorial o multisectorial, se fusionan en grupos externos a fin de crear un banco. Es a partir de esta alianza que logran dos objetivos: a) los capitalistas nacionales se aseguran del crédito, b) los grupos extranjeros obtienen recursos ajenos, a fin de desarrollar sus propios intereses. Es mediante este mecanismo que estas últimas disminuyen sus importaciones de capital, desde sus respectivas matrices o centro de decisión a sus subsidiarias. Esto ha ocurrido en nuestro país con los grupos: Banco Continental, Banco Lima y Banco del Progreso.

La quinta característica es que los grupos son multifacéticos, es decir dejan sentir su influencia o control en las principales ramas económicas existentes en el país; entre éstas tenemos: agricultura, minería-petróleo, pesca industrial, industria manufacturera, electricidad, comercio, banca, inversiones, seguros, inmobiliarias, servicios

en general, transportes, medios de comunicación de masas (radio, televisión, periódicos, etc.). Según hemos comprobado, el 75% de los grupos tienen intereses en 11 o más actividades. Mediante los datos presentados en el Cuadro N° 2, los grupos más poderosos: Banco de Crédito, Banco Popular, Banco Wiese, y Banco Continental, son

los más diversificados y los más antiguos; en tanto, los de menor poderío y los de más reciente fundación son los menos diversificados, entre éstos tenemos a los grupos: Banco del Progreso y Banco de Lima. Es decir, la diversificación del grupo está en relación directa con el poderío y la antigüedad del grupo.

CUADRO 2

DISTRIBUCION DE LAS SOCIEDADES ANONIMAS CONTROLADAS O INFLUIDAS POR GRUPOS EN DIVERSAS RAMAS PRODUCTIVAS

Grupo Económico	A	MPT	P	I	E	C	IB	SV	B	F	S	T	MC	(*)	(**)
Banco de Crédito	15	5	7	17	2	20	25	—	1	8	7	1	2	110	12
Banco Internacional	5	7	1	4	—	8	8	1	1	3	4	1	—	43	11
Banco Popular	3	2	2	10	—	17	14	1	3	7	4	1	3	68	12
Banco Wiese Ltda.	4	15	1	7	1	9	16	2	2	2	6	4	—	69	12
Banco Comercial	7	3	9	13	—	10	11	—	1	2	5	1	2	64	11
Banco Continental	9	5	7	20	2	14	14	2	1	7	4	1	—	86	12
Banco de Lima	10	3	—	4	—	3	8	—	1	2	4	—	1	36	9
Banco del Progreso	12	2	10	7	—	11	20	—	1	4	2	1	1	72	11

(*) Número total de sociedades anónimas controladas, o influidas por el grupo.

(**) Número de sectores o ramas económicas donde los grupos dejan sentir su influencia o control.

DISTRIBUCION DE LAS SOCIEDADES ANONIMAS CONTROLADAS O INFLUIDAS POR GRUPOS EN DIVERSAS RAMAS PRODUCTIVAS

La Sexta Característica. Por los datos que presentamos, en el Cuadro N° 3 se puede notar lo siguiente: a) A nivel de cada grupo, ciertos directivos controlan o influyen en el mayor número de sociedades anónimas, lo cual ha determinado una jerarquización en éste. b) Los principales personeros del grupo no tienen una actividad económica específica, operan indistintamente en 5 o más ac-

tividades, entre las que tenemos: banca, industria manufacturera, comercio, inmobiliarias, inversiones, seguros, agricultura, minería-petróleo, básicamente. c) Es de destacar, que el 87.5% de los principales personeros de los grupos, ocupaban el puesto de director en el banco del grupo. Esto nos ha llevado a pensar, que un empresario, con tan solo ocupar la dirección en un banco se le posibilita el ingreso en los directorios de otras empresas; ya que generalmente, las unidades empresariales tienden a asegurarse el crédito bancario, y la única manera de conseguirlo es dando cabida en la dirección de sus empresas a los personeros de la banca.

CUADRO 3

LOS DIRECTIVOS MAS REPRESENTATIVOS EN CADA GRUPO BANCARIO

NOMBRE DEL DIRECTOR	A	MPT	P	I	E	C	IB	SV	B	F	S	T	MC	(*)	(**)
Carlos Ferreyros R. Banco de Crédito	1	—	1	7	—	1	4	—	1	1	—	—	—	16	7
Mario Mazzolini V. Banco de Crédito	1	—	—	4	—	2	1	—	1	4	1	—	—	14	7
Felipe Beltrán E. Banco Internacional	—	4	1	—	—	3	—	—	1	1	1	—	—	11	6
Gustavo Berckemeyer Banco Internacional	—	—	—	1	—	1	1	1	1	1	—	1	—	7	7

NOMBRE DEL DIRECTOR	A	MPT	P	I	E	C	IB	SV	B	F	S	T	MC	(*)	(**)
Mariano I. Prado H. Banco Popular	—	2	—	3	—	1	—	—	1	1	1	—	2	11	7
Julio De la Piedra Banco Popular	—	—	—	3	—	—	6	—	1	—	—	—	—	10	3
Rodolfo Neuhaus R. P. Banco Wiese Ltda.	4	—	—	1	—	4	3	—	1	1	—	—	—	14	6
Augusto F. Wiese Banco Wiese Ltda.	—	2	1	1	—	4	1	—	1	1	1	—	—	12	8
Oscar Berckemeyer Banco Comercial	4	1	—	5	—	1	1	—	1	1	1	—	—	15	8
José y Alejandro Bertello M. Banco Comercial	—	2	—	3	—	1	4	—	1	1	1	—	—	13	7
Enrique Pardo H. Banco Continental	—	2	—	5	—	1	2	—	1	1	1	—	—	13	7
Gustavo Aspillaga Banco Continental	—	—	—	1	2	2	—	1	1	2	1	1	—	11	8
Lázaro de Bernardis Banco de Lima	4	1	—	1	—	—	2	—	1	—	1	—	—	10	6
Manuel P. de Olaechea Banco de Lima	—	—	—	2	—	1	2	1	1	—	1	—	—	8	6
Carlos Neuhaus R. P. Banco del Progreso	5	—	—	1	—	1	4	—	1	1	—	—	—	13	6
Salomón Sterental Banco del Progreso	—	—	—	3	—	2	4	—	1	1	—	—	—	11	5

(*) Número de sociedades anónimas que controla o influye el directivo.

(**) Número de sectores económicos en donde se distribuyen las sociedades anónimas.

La séptima característica. Todos los grupos bancarios, exceptuando el Banco Popular, tienen entre sus personeros a representantes del capital externo. Por ejemplo, entre éstos podemos mencionar a: Carlos Mariotti (grupo Banco de Crédito, representante del capital suizo-inglés); Felipe Ayulo Pardo y Felipe Beltrán Espantoso (grupo Banco Internacional, representante del capital norteamericano); Aurelio García Sayán (grupo Banco Wiese Ltda., representante del capital norteamericano); Alberto Benavides de la Quintana (grupo Banco de Lima, representante del capital norteamericano); Marcos Pérelman (grupo Banco del Progreso, representante del capital israelita);

y, finalmente, en el grupo Banco Continental existen varios representantes del capital europeo, pero sobre todo norteamericano ligado a Rockefeller.

La octava característica. La existencia de personeros ligados al capital externo en los núcleos de poder, ha determinado que entre los grupos y las empresas extranjeras se establezca un sistema de relaciones, principalmente, a través de entrelazamiento de directores. Por ejemplo, en el Cuadro N° 4 se presentan las vinculaciones entre los grupos bancarios y las empresas extranjeras, por sectores o ramas económicas.

CUADRO 4

DISTRIBUCION DE LAS EMPRESAS EXTRAJERAS EN LOS GRUPOS POR RAMAS ECONOMICAS

NOMBRE DEL GRUPO	A	MP	P	I	E	C	IB	SV	B	F	T	S	MC	(*)
Banco de Crédito	—	3	3	4	2	3	—	—	—	—	—	—	—	15
Banco Internacional	—	4	—	1	—	—	—	1	—	—	—	—	—	6
Banco Popular	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1
Banco Wiese	—	6	—	3	—	1	1	1	—	—	—	—	—	12
Banco Comercial	—	—	—	3	—	1	—	—	—	—	1	—	—	5
Banco Continental	—	—	—	6	2	4	—	—	—	1	1	—	—	14
Banco de Lima	—	1	—	1	—	—	—	1	—	—	—	—	—	3
Banco del Progreso	—	—	4	1	—	1	4	—	—	—	—	—	—	7

(*) Total de empresas extranjeras ligadas a los grupos bancarios. Ver anexo al final.

El entrelazamiento entre la banca y las empresas extranjeras ha determinado que éstas últimas obtengan ingentes volúmenes de capital, por concepto de préstamos. Colocaciones que han sido posibilitadas, sin lugar a dudas, por los "empresarios nexos", a los que hicimos alusión en la séptima característica; esta situación ha generado dos tipos de efectos: en primer lugar, ha limitado el crédito a las empresas nacionales, creando un régimen injusto. Esto ha quedado demostrado por una investigación realizada por la Superintendencia de Bancos, la cual comprobó que el mayor volumen de los préstamos, de la banca comercial y de ahorros, eran dirigidos, principalmente, a las grandes empresas; sobre todo extranjeras. Por ejemplo, en 1966 las colocaciones de la banca fueron de 15,700 millones de soles, de los cuales, aproximadamente, 10,000 se destinaron a 600 grandes empresas, entre las que figuraban muchas de las que han sido incluidas en el Cuadro N° 4; además de las siguientes: Deltec Perú S.A.; Diesel Motors S.A.; Fiat del Perú S.A.; Ford Motor Company del Perú; General Motors del Perú S.A.; Industria Automotriz del Perú S.A.; International Harvester Acceptance Corporation; International Petroleum Company; Isuzu Motors del Perú S. A.; Maquinarias e Implementos S.A.; Motors Perú S.A.; Olivetti Peruana S.A.; Remington Rand Peruana S.A.; Uniliver Peruana S.A.; Credit Invest.; General Motors Acceptance Corp.; Volvo Perú S.A.; Distribuidora S.A., entre otras.

El segundo efecto que genera esta interconexión, entre la banca y las empresas extranjeras, es que en los últimos años, las empresas multinacionales (que operan en nuestra economía y en América Latina) han tendido a reducir sus exportaciones de capital en forma progresiva, desde sus matrices a sus subsidiarias.

Por ejemplo, según datos proporcionados por el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, el movi-

lamente un 26% de los capitales venían desde Estados Unidos, en tanto que el 74% restante era conseguido en Brasil y Canadá. Esto nos lleva a la conclusión que dentro del nuevo carácter de la dependencia, que se establece, particularmente, en la última década, los Estados Unidos tienden a utilizar nuestro propio capital como provecho suyo, para después enviar las utilidades obtenidas en nuestro país a los Estados Unidos. Esto solamente se puede explicar, en cierta manera, por la relación existente entre la estructura financiera y las empresas multinacionales que operan a lo largo de América Latina.

La novena Característica. El Cuadro N° 5 nos ha permitido poner en evidencia los siguientes hechos: en primer lugar, los grupos se encuentran estrechamente interconectados entre sí, a través de sociedades anónimas comunes. En segundo lugar, los grupos más poderosos, y a su vez los más antiguos, se encuentran particularmente conectados con todos, o casi todos los grupos. Entre éstos podemos mencionar a los grupos: Banco de Crédito, Banco Internacional, Banco Popular y Banco Wiese Ltda. En tercer lugar, los grupos de menor poderío y los de más reciente fundación son los que menos vinculaciones tienen; entre éstos podemos mencionar a los grupos: Banco del Progreso y Banco de Lima. La estrecha vinculación entre los grupos, a través de empresas comunes, ha determinado una serie de dificultades, debido a que muchas veces a una empresa la hemos tenido que incluir en dos o más grupos. Esto nos ha impedido, realmente, establecer el poderío del grupo y determinar su verdadera dimensión.

La décima Característica. Hemos comprobado que los bancos controlan o influyen en las principales empresas captadoras de ahorro interno del país (compañías de inversión, de seguros etc.); generalmente, el vínculo se establece a través del entrelazamiento de directivos, o a través del control del "paquete de acciones", de parte de la banca en las otras compañías. Esta situación ha dado

CUADRO 5

RELACIONES ENTRE LOS GRUPOS A TRAVES DE EMPRESAS COMUNES								
GRUPO ECONOMICO	1	2	3	4	5	6	7	8
1.—Banco de Crédito	*	2	8	7	3	8	1	1
2.—Banco Internacional	2	*	2	7	5	4	3	1
3.—Banco Popular	8	2	*	10	6	6	0	10
4.—Banco Wiese Ltda.	7	7	10	*	4	7	5	10
5.—Banco Comercial	3	5	6	4	*	4	4	2
6.—Banco Continental	8	4	6	7	3	*	2	0
7.—Banco de Lima	1	3	0	5	4	2	*	0
8.—Banco del Progreso	1	1	10	10	2	0	0	*

Nota: el cuadro N° 5 se debe leer de la siguiente manera: por ejemplo el grupo Banco de Crédito está vinculado al grupo Banco Internacional a través de dos sociedades, al grupo Banco Popular a través de ocho sociedades anónimas etc.

miento de capitales privados de la metrópoli norteamericana a América Latina fueron de 3,800 millones de dólares; en tanto que América Latina exportó a la metrópoli la fantástica cifra de 11,300 millones de dólares.

Para apoyar aún más la tesis de ciertos científicos de que los grandes consorcios imperialistas, que operan en las economías periféricas, tiende a disminuir sus importaciones de capital —desde sus matrices a sus subsidiarias— es que vamos a hacer referencia a una investigación realizada en Brasil y Canadá, sobre las empresas norteamericanas. Según esa investigación se comprobó que so-

lugar a que se produzca un traslado de recursos captados por la banca a estas compañías, con la finalidad de obtener una mayor tasa de ganancia por concepto de préstamos a terceros. Una de las pruebas, de cuanto afirmamos, son los datos que presentamos en el Cuadro N° 6, donde se puede ver las relaciones estrechas entre la banca y las empresas captadoras de ahorro interno.

Como se puede observar, es notable la estrecha relación que existe entre la banca y las demás empresas financieras, lo cual ha determinado relaciones de corte oligopólico, a nivel del sector financiero.

CUADRO 6

RELACIONES ENTRE LA BANCA Y LAS COMPAÑÍAS CAPTADORAS DE AHORRO INTERNO

GRUPO BANCARIO	Nº de Cías. de seguros	Nº de Cías. de inversión	Nº total de Cías. financieras ligadas a los grupos.
Banco de Crédito	7	7	14
Banco Internacional	4	3	7
Banco Popular	4	6	10
Banco Wiese Ltda.	4	4	8
Banco Comercial	5	2	17
Banco Continental	4	7	11
Banco de Lima	4	2	6
Banco del Progreso	2	3	5

ABREVIATURAS QUE APARECEN EN EL TRABAJO

A	Agricultura.
MPT	Minería - petróleo.
P	Pesca.
I	Industria.
E	Electricidad
C	Comercio.
IB	Inmobiliarias.
SU	Servicios.
B	Bancos.
F	Inversiones.
S	Seguros.
T	Transportes
MC	Medios de Comunicación de Masas.

DEFINICION DE CONCEPTOS

Grupo Económico: es la vinculación, que se establece entre las diversas empresas, conservando su autonomía jurídica, económica y que no obstante se colocan en alguna relación de influencia.

Grupo Controlador: es aquel que tiene mayoría en el directorio de una Sociedad Anónima.

Grupo Influyente: es aquel que tiene minoría en el directorio de una Sociedad Anónima.

Directorios Entrelazados o interconectados: son aquellos directorios de las sociedades anónimas, que tienen uno o más miembros en común.

DIFERENTES LAZOS DE UNION QUE SE DAN GENERALMENTE ENTRE LOS GRUPOS:

El Lazo Funcional: lo constituyen las relaciones que unen a los productores, proveedores y clientes. Son los que se crean con motivo de la producción. Por ejemplo: la relación que se establece entre las industrias dedicadas a la extracción de materia prima y los que la elaboran.

El Lazo Financiero: resulta de la posesión de cierta parte del capital de una empresa por otra.

El Lazo Personal: lo establece la presencia de una misma persona en los directorios de dos o más sociedades anónimas. Este tipo de unión existe, incluso cuando altos jefes de una firma (apoderados, administradores etc.), con personeros en otras empresas.

TIPOS DE GRUPOS ECONOMICOS

Grupo Regional: se denomina grupo regional, cuando sus intereses o sus operaciones las realizan en determinada zona del país.

Grupo Nacional: se denominan grupos nacionales a aquellos que están controlados por peruanos de nacimiento, o peruanos nacionalizados, o extranjeros radicados en el país; entendiéndose por extranjeros radicados en el país, a aquellos empresarios no peruanos, que iniciaron sus actividades en el país y cuyas decisiones en las empresas en las que ellos forman parte se dan en el país.

Grupo Extranjero: son aquellos grupos que están controlados desde el exterior y cuyo centro de decisión se da en el extranjero.

ANEXOS DEL CUADRO Nº 4

Relación de las empresas extranjeras ligadas a los principales grupos, a través de entrelazamientos, por ramas económicas:

GRUPO BANCO DE CREDITO

Minería - Petróleo: Cía. Petrolera Lobitos (MP); Cía. de Petróleo Ganso Azul (MP); Petro Tech del Perú S. A. (MP).

Pesca Industrial: Cía. Pesquera de Coishco S. A. (P); Empresa Pesquera Ilo S. A. (P); Fishmeal Peruvian Cop. "Fipeco" S. A. (P).

Industria: Lima Rubber Company (I); Lever Pacocha S. A. (I); Laboratorios Roussel Perú S.A. (I); Metalúrgica Peruana S. A. (I).

Electricidad: Lima Light Power Company (E); Energía Hidroeléctrica Andina "Hidroandina" (E).

Comercio: Brown Boveri del Perú S. A. (C); Milne y Co. (C); Cía. Fiduciaria Loreto S. A. (C).

GRUPO BANCO INTERNACIONAL

Minería - Petróleo: Castrovirreyna Metal Mines Co. (MP); Volcan Mines Company (MP); Cía. Minera San Florencio S. A. (MP); Petrolera Sullana (MP).

Industria: Cía. Oleaginosa del Perú S. A. (I).

Servicios: Cía. Peruana de Teléfonos Ltda. (SV).

GRUPO BANCO POPULAR

Industria: Fábrica Peruana de Eternit (I).

GRUPO BANCO WIESE LTDO.

Minería - Petróleo: Volcan Mines Company (MP); San Luis Gold Mines Company (MP); Castrovirreyrna Metal Mines Co. (MP); Compagnie Des Mines de Huarón (MP); Petrolera Sullana (MP); Mobil Oil del Perú (MP).

Industria: Fábrica Peruana de Eternit S. A. (I); Explosivos S. A. (I); Fábrica de Tejidos La Unión Ltda. (I).

Electricidad: Energía Hidroeléctrica Andina "Hidroandina" S. A.

Inmobiliaria: Cía. Inmobiliaria Samaria S. A. (IB).

Servicios: Cía. Peruana de Teléfonos Ltda. (SV) *

* Debemos dejar constancia que esta Compañía fue nacionalizada en 1969.

GRUPO BANCO COMERCIAL

Industria: Rayon Peruana S.A. (I); Berkshire del Perú S. A. (I); Cía. Embotelladora Lima (I).

Comercio: Mercantil Electra S. A. (C).

Transportes: Cía. de Aviación Faucett S. A. (T).

GRUPO BANCO CONTINENTAL

Industria: Lima Rubber Company (I); Cemento Andino S. A. (I); Industrias Anderson Clayton S. A. (I); Nugget Peruana Cía. Ltda. (I); Explosivos S. A. (I); Fábrica de Tejidos La Unión Ltda. (I).

Electricidad: Lima Light and Power Company (E); Energía Hidroeléctrica Andina S. A. "Hidroandina" (E).

Comercio: Reprensa Algodonera - Almacenes Nacionales S. A. (C); Mercantil Electra (C); Reiser y Curioni S. A. (C); Anderson Clayton y Cía. S. A. (C).

Finanzas: Peruinvest - Peruano Suiza de Fomento de la Inversión S. A. (F).

Transportes: Cía. de Aviación Faucett, (T).

GRUPO BANCO DE LIMA

Minería - Petróleo: Cía. de Minas Buenaventura S. A. (MP).

Industria: Fábrica La Unión Ltda., (I).

Servicios: Cía. Peruana de Teléfonos Ltda. (SV).

GRUPO BANCO DEL PROGRESO

Pesca: Pesquera Paracas S. A. (P); Frigorífico Pesquero Nor-peruano S. A. (P); Fishmeal Peruvian Corp. "Fipeco" S. A. (P); Frigoríficos Paita S. A. (P).

Industria: Berkshire del Perú S. A. (I).

Comercio: Sears Roebuck del Perú S. A. (C).

Inmobiliaria: Inmobiliaria Tierra Colorada S. A. (IB).

James O'Connor

La Universidad Norteamericana y la Economía Política

Las universidades y colegios universitarios americanos han llegado a ser los factores claves del capitalismo contemporáneo. Son un ejemplo notable de la manera en que el sistema económico —la base se ha integrado a las instituciones políticas, sociales y culturales— la *superestructura* del Estado-corporación. (1) En ninguna parte es más evidente esta integración que en la función de entrenamiento dentro del sistema de educación en masa. El aumento desarrollado del capitalismo de hoy depende de que haya disponible una fuerza de trabajo técnico-científica altamente adiestrada. Ninguna corporación se puede dar el lujo de entrenar su propia fuerza de trabajo, pues no hay manera de asegurarse que la fuerza de trabajo, una vez adiestrada no se vaya a trabajar a otra parte. Por tanto los costos de adiestramiento deben socializarse. Las universidades y colegios universitarios americanos que reciben subsidios de los impuestos recabados por el gobierno se han adjudicado la función social de adiestrar personal y profundizar sus conocimientos de las necesidades del capitalismo avanzado. En lugar de *servir al capitalismo corporizado*, proporcionándole una que otra labor de investigación y algún servicio de consulta, las universidades han llegado a ser los puntos básicos de la producción.

II

Actualmente hay en los Estados Unidos dos aspectos importantes del modo de producción capitalista: 1) la aceleración del cambio tecnológico; 2) la aparición de los conocimientos técnicos como factor de producción.

1. Con la aceleración del ritmo total del cambio tecnológico, se acorta la duración de la vida del capital fijo (fábrica y equipo), se quedan rezagadas (2) las habilidades aprendidas, y se aumenta la racionalización en el punto de producción. Estas tendencias son por una cantidad de razones: la competencia entre los grupos industrial-financieros por conseguir mercados; los cambios anuales de estilos y de modelos; los extras agregados caídos en desuso; la competencia político-militar entre los Estados Unidos y la Unión Soviética; las leyes de impuestos que favorecen la depreciación acelerada de fábricas y equipos; y la disponibilidad de fuerza de trabajo técnico-científica barata.

2. Con la aparición de conocimientos técnicos como factor necesario de producción, la expansión económica depende cada vez más de la calidad de fuerza de trabajo y de maquinaria y cada vez menos del número absoluto de hombres y máquinas en estado de producción. (3) La fuerza técnica adiestrada reemplaza la simple fuerza de trabajo y los conocimientos de la fuerza de trabajo llegan a ser un factor de producción de importancia fundamental. Esto se reconoce ampliamente entre los ecónomos y administradores corporizados, los primeros en su literatura de *inversión en capital humano*, los segundos con referencia a la universidad como parte de la *industria de conocimientos*.

Básicamente, es sencilla la relación que existe entre la aceleración del cambio tecnológico y la aparición de los

conocimientos técnicos como factor de producción. La creación constante de nuevas mercaderías, los cambios en las antiguas, los equipos más adelantados, la reorganización de los procesos de trabajo, y la investigación y desarrollo en los nuevos procesos productivos precisan de una fuerza de trabajo técnico-científica en continuo estado de expansión. La existencia de esta fuerza de trabajo, adiestrada en las universidades bajo guía del estado y financiada por la clase trabajadora total (por la explotación de impuestos), a su vez hace posible que se creen nuevas mercaderías que se hagan adelantos en los equipos, etc., con mayores ganancias.

Como el estado y no el individuo o la corporación individual asumen la responsabilidad económica de la fuerza de trabajo y de la tecnología que sale de la universidad, el elemento de riesgo para las corporaciones individuales es casi nulo. Esto da como resultado que la productividad y la producción se eleven a un nivel jamás imaginado hasta ahora.

III

Por ser la ciencia y la tecnología de naturaleza básicamente social —no se puede ser dueño de ellas ni controlarlas como una máquina— las corporaciones particulares y aún los países individualmente han encontrado grandes dificultades cuando han tratado de monopolizar estas fuerzas productivas. No pueden limitar la difusión de conocimientos técnicos a solamente el mundo capitalista, y aún menos a los intereses especiales que hay dentro de éstos. Para aumentar el control sobre éstos hay la corporación conglomerada multinacional. Y con esta forma más amplia de organización se ha formado una estructura para racionalizar el uso de recursos tecnológicos para aumentar las ganancias al máximun. Sin embargo, el carácter social de los conocimientos técnicos y científicos significa que en última instancia no hay forma particular de organización de negocios que pueda abarcarla y controlarla por completo. Para que este conocimiento pueda beneficiar a las corporaciones se precisa de la intervención del estado. En efecto, el crecimiento del conglomerado corporado debe ir acompañado de una forma de capitalismo del estado.

IV

Hay cuatro formas en que el Estado puede intervenir en la economía de la corporación, cosa que ha hecho. En cada caso el Estado utiliza el producto socializado de la universidad: los conocimientos técnicos y administrativos. Primero, los intereses industrial-financieros utilizan la fuerza del Estado para socializar los costos de producción, particularmente los costos de transformar las fuerzas de trabajo sin preparación en fuerza de trabajo técnico-científica, los costos de nuevo adiestramiento de trabajadores y los costos de investigación y desarrollo.

El Estado adquiere los fondos por medio de impuestos públicos, los que se transforman en facilidades de universidades y colegios universitarios, se utilizan para adquirir personal adiestrador y para subvencionar a los que reciben entrenamiento industrial (4). Así las univer-

sidades y colegios universitarios no solo son parte integrante del proceso de producción sino que constituyen otro punto de producción, cada vez más controlado, por la totalidad de la burguesía corporizada, aunque sin pertenecerle.

Segundo, estos intereses utilizan la fuerza del Estado no solo para socializar costos, sino también para subvencionar la demanda. El desarrollo de la ciencia y la tecnología ha llegado al punto en que todas las necesidades económicas se pueden satisfacer fácilmente, aunque sólo sea en potencia. La demanda de mercaderías que se basa en verdadera necesidad económica sólo sube gradualmente o no sube en absoluto. La fuerza de trabajo socialmente necesaria baja constantemente. Por tal, las corporaciones se ven obligadas de dedicar gran parte de las ganancias a los gastos de ventas, especialmente la presentación del producto, los cambios de modelos y de estilo, la diferenciación de los productos y la forzada desactualización de la mercadería, para mantener y aumentar la demanda del producto y descorazonar el ahorro. En resumen, las mercaderías se componen de valores y desperdicios, siendo el caso que el desperdicio económico gana cada vez más terreno sobre el valor, y la mano de obra socialmente innecesaria (la que produce el desperdicio) va remplazando a la que produce valor, y es por lo tanto socialmente necesaria. Para obtener valores necesarios que satisfagan necesidades económicas, las clases trabajadoras se ven obligadas a consumir desperdicios, es decir, a pagar el costo de la venta. La interpenetración de gastos de ventas y costos de producción, o valores de uso y desperdicio, son el método básico que utiliza el mundo de los negocios para mantener el nivel de demanda.

Como puntos de producción tanto como puntos de comercialización las universidades y los colegios universitarios ayudan a subvencionar la demanda acelerando la acumulación de desperdicios. Son campos de experimentación para nuevas ideas de mercadeo, nuevos productos, nuevos tipos de economía de *empleos holgados*, etc. Las actividades de estos *departamentos de mercadeo* abarcan desde los cursos de investigación de mercado, departamentos de economía doméstica y seminarios de economía Keynesiana hasta las escuelas de arte y diseño industrial, escuelas que movilizan y aplican talento creativo a los más recientes problemas de diseño de productos y de presentación de los mismos.

Tercero, el Estado ha tenido que meterse más y más en la economía corporizada para ayudar a controlar los riesgos sociales resultantes de sus dos primeras funciones. El desarrollo de la ciencia y la tecnología y la abundancia de capital ha llevado a las corporaciones a emplear una tecnología de intensividad de capital, a pesar de haber en existencia una relativa abundancia de mano de obra sin adiestrar. Desde el punto de vista de las corporaciones, es más racional combinar fuerza de trabajo técnico-científica con tecnología de intensividad de capital, que combinar simplemente fuerza de trabajo con tecnología de intensividad de labor, porque el costo de adiestrar fuerza de trabajo técnico-científico corre por cuenta de impuestos que caen sobre todos en general.

Este sistema ha resultado en una gruesa capa de trabajadores no adiestrados, que aumenta cada vez más, muchos de ellos negros, que no han tenido ni la menor experiencia de trabajo industrial, y que no la tendrán nunca. Este proletariado *post-industrial* no constituye una reserva de desocupados, pues no compite con el proletariado *técnico-científico*. Sin trabajo, con poco trabajo y con trabajo servil en los sectores particulares o del Estado, estos trabajadores, especialmente los más jóvenes, se han politizado cada vez más. Este grupo está políticamente en acción entre las organizaciones de negros, de gente pobre, sindicatos y ligas de derechos de bienestar, y constituye un *problema social* de primer orden para el Estado de Corporación.

Las universidades y colegios universitarios, que en este caso son funcionalmente inseparables de la burocracia estatal, están cada vez más preocupados con las cues-

tiones de *estabilidad social, paz y tranquilidad, reforma social*, etc. Las ciencias de comportamiento, sociología, psicología social, economía y otros campos académicos están orientados para *resolver problemas sociales* urgentes por medio del desarrollo de instrumentos más refinados de control social y de disciplina social (5).

Finalmente, se emplea el Estado a cada paso en la acumulación del capital en el exterior: en la adquisición de materias primas, la creación de oportunidades de inversión, la creación de centros de mano de obra barata y la estabilización de centros bancarios internacionales. El Estado garantiza la inversión extranjera, estabiliza los sistemas monetarios bajo el reino del dólar, proporciona la infraestructura económica para la inversión particular con fondos públicos, subvenciona las exportaciones, soborna a las burguesías locales que son sus clientes, a los grupos militares; crea arreglos favorables de tarifas, controla organizaciones de mercaderías mundiales y ejerce en general control económico, político y militar sobre las zonas inestables (subdesarrolladas).

La función de las universidades y colegios universitarios en la política económica y en el aspecto político, en el extranjero, corresponden a su función en la economía política local. Son puntos de gobierno imperialista. Desarrollan y promocionan nuevos sistemas de armas, nuevos instrumentos de control social local, nacional e internacional, nuevos enfoques a los problemas de mercadeo internacional y nuevas teorías que promocionan la hegemonía de los negocios americanos sobre los recursos mundiales.

En resumen, las universidades y colegios universitarios constituyen cuatro grandes departamentos que se relacionan entre sí muy estrechamente, en los que se divide la clase gobernante de Estados Unidos; son puntos de producción, de comercialización, de control social-burocrático por parte del Estado, y de gobierno imperialista (6). La mayor parte de las funciones existentes de universidades y colegios universitarios se agrupan en una o más de estas categorías.

Claro que las instituciones de más alta categoría, de artes liberales, siguen aún preparando élites gobernantes, ésta ha sido su función histórica. Pero el papel verdaderamente importante de la universidad es proporcionar las habilidades tecnológico-administrativas socializadas de que damos cuenta arriba. Las universidades y colegios universitarios no son, pues, *estaciones de servicio* del sistema de corporación, sino más bien constituyen una parte decisiva y creativa de este sistema.

(1) Los Marxistas tanto revolucionarios como académicos han reconocido la importancia de desarrollar una teoría de fusión entre la base y la superestructura. Por ejemplo: "El problema de la intervención del estado en el proceso socio-económico no llega a ser problema ni para Lenin ni para Lukacs. Pero precisamente esto, que Marx elucida solo fragmentariamente o al pasar, debería estar sujeto a la investigación revolucionario-científica. Solo así podría haber una teoría materialista de crisis con insinuaciones revolucionarias en el tiempo que siguió a la guerra mundial. La retención carente de crítica de las fórmulas inveterada de los clásicos degradó la lucha revolucionaria, al nivel de la praxis inconsciente, el activismo ciego. (Rudi Dutschke en Bergman, Dutschke, Lefevre y Rabehl: *Rebellion der Studenten oder Nie Neue Opposition*, Rowolth, Hamburg, Mayo, 1968, p. 50, nota de Martín Nicolaus).

Nuevamente, de un sociólogo académico..." el estado burgués se ha metido más y más en la zona de la economía, hasta llegar a asumir funciones de coordinación y aún de mando en algunas sociedades. Tanto, que podemos hablar de un tipo social de neo-capitalismo, que ha llegado a remplazar al antiguo capitalismo, en lo que el estado y la economía eran muy distintos... la noción original de base y superestructura tiene poca significación ante la totalidad concreta... En otra parte el autor se refiere a la penetración de los más diversos sectores de la sociedad por una racionalidad económica. Bajo estas condiciones, una autonomía política específica resulta imposible de atribuírsela al mercado. Norman Birbaum. *La Crisis en la Sociología Marxista. Investigación Social*, 35, 2. Verano 1968).

Estoy tratando de resolver algunas de las insinuaciones de la fusión de base y superestructura por la lucha de clases en un

trabajo que se está haciendo, Neo Capitalismo. Lo que en general se da a entender es que el criterio de racionalidad y eficiencia guía cada vez más la actividad en el sector del estado, mientras que el criterio burocrático administrativo orienta cada vez en mayor proporción las actividades en el sistema económico. Así el ingeniero de caminos es orientado por la necesidad de ganancia del complejo de industrias centrado alrededor de la industria automotriz, y el dependiente de la verdulería administra cada vez más el programa de bienestar, en cuanto al uso de sellos de alimentación para obtener necesidades básicas.

Para las relaciones sociales de la universidad, cada vez se comprenden mejor los alcances implícitos del neo-capitalismo. Clark Kerr dice: "Cada vez se parecen más la universidad y los segmentos de la industria. Conforme la universidad se ve mezclada en el mundo del trabajo, el catedrático —por lo menos en las ciencias naturales y algunas de las sociales— va asumiendo las características de un empresario... Los dos mundos se van fusionando física y psicológicamente". (Los Usos de la Universidad, Harvard 1963. Citado por Hal Draper, La Mente de Clark Kerr, Proyecto de Educación Radical, 1968). Así, quedan los catedráticos y administradores enredados en una red de "lealtades dobles", para citar la frase de Edward Greer (La Universidad de Interés Público, Reportaje Viet, Enero, 1968). Greer también hace alusión a la "extraña simbiosis entre lo particular y lo público, que caracteriza nuestra economía política".

(2) Ernest Mandel. Economía Marxista y Capitalismo Contemporáneo, conferencia pronunciada en el San José State College en Octubre de 1968. Entiendo que en la versión inglesa, al salir,

de Teoría Económica Marxista, de Mandel, se trata este punto con lujo de detalles.

(3) En 1900, sólo el 6.4 por ciento de la población había concluido sus estudios de instrucción media: la cifra es hoy el 70 por ciento. Los gastos escolares subieron de \$10.1 billones en 1950 a \$ 22.4 billones en 1965. Las proyecciones hicieron llegar los gastos escolares a \$ 30.4 billones en 1970 y \$ 37.0 billones en 1975 (Fundación de Impuestos, Inc. Perspectiva Fiscal para Gobierno Estatal y Local hasta 1965. New York, p. 41). El Gobierno Federal, debido a la crisis fiscal de los gobiernos locales y estatales, proporciona una parte cada vez más alta de los fondos educacionales, desde el 1.8 por ciento en 1940 hasta el 4.4 por ciento en 1960. (Jesse Burkhead, Impuestos Locales y Estatales para Educación Pública, Syracuse, 1963, p. 6).

(4) Por lo menos el 80 por ciento del Impuesto "progresivo" Federal a la Renta Personal se tasa a la proporción básica de 20 por ciento. Las corporaciones pasa el Impuesto a la Renta de Corporación a los consumidores en forma de precios más altos. Los impuestos de propiedad, venta y comercio interior (excise) son todos regresivos relativos a la renta. Así la carga de impuestos en conjunto cae casi por completo sobre la masa de trabajadores y empleados.

(5) Martin Nicolaus, observaciones a la Asociación Americana de Sociología Boston, setiembre de 1968.

(6) Este punto de vista general es compartido por Martin Nicolaus en su panfleto "La estrategia del Iceberg: las Universidades y el complejo Militar-Industrial. Proyectos de educación radical, 1967.

Traducción: redacción de *Visión del Perú*.

Tomado de la Revista LEVIATAN.

Marlene Dobkin

La Cultura de la Pobreza y el Amor Mágico

Un Síndrome Urbano en la Selva Peruana

La barriada de Belén, en la ciudad de Iquitos, muéstrase a algunos turistas como un delicioso remedo de la Venecia Italiana, o del Manaus brasileño o de una docena más de otros sitios agradables que existen alrededor del mundo. Hay pintorescas puestas de sol que enmarcan curiosos techos de palma, balsas silenciosas, y el correr lento del río. Para el soldado de franco, Belén es un confortable refugio en el que una mujer bien dispuesta pueda ser poseída al halago de una promesa. Al mercader, arriba en la ciudad, Belén se presenta como una fuente de brazos baratos, de posibles clientes de mercancía menuda o de consumidores de provisiones a precios abultados. Para el policía, Belén no es más que una aburrida parte del oficio, llena de pequeñas grescas, peleas conyugales, robos menores etc. Para el empleado de gobierno, empeñado en compilar datos y más datos sobre problemas económicos, nutricionales o de salud pública entre los pobres, Belén es una triste muestra de lo mucho que tiene que hacerse en el futuro. Para el antropólogo que estudia tal comunidad, Belén es a la vez todo eso y mucho más: una ilustración de primera y un terreno de prueba de la muy discutida "cultura de la pobreza" de Oscar Lewis.

En Iquitos, ciudad pre-industrial de la selva peruana, de unos 120,000 habitantes, el sector burocrático de la clase media vive parasitariamente de prebendas del gobierno, bajo guisa de salario. El personal del ejército se ocupa en resguardar remotas fronteras. La jungla está allí para que su riqueza natural sea explotada por masas de inmigrantes que vienen de todo punto de la región, pero su potencia agrícola se mantiene inexplorada. Hay pocos tractores en toda esa región. Los explotadores se convierten en explotados, en la medida que el comercio se imbrica en todos los aspectos de las relaciones sociales.

"Belén es una comunidad castigada por la miseria, las promesas de los políticos y los incendios voraces" ha dicho el periodista loretano Rumrill. La pobreza en Belén lo contamina todo. Los hombres luchan por subsistir trabajando como peones, descargando balsas o botes llenos de los productos de la selva, para ser vendidos en el mercado ubicado en la zona alta de los barrancos afectados por erosiones. O si no, hombres y mujeres trabajan como "rematistas", esto es, revendedores de pequeña escala que recorren las costas del Amazonas y el Itaya (dependiendo de la estación y las crecientes). Estos rematistas, compran pescados, plátanos, frutas o vegetales en general para ser vendidos a pequeña ganancia. Los que cuentan con capital, a los que se distingue con el nombre de "regatones", compran grandes cantidades de provisiones como arroz, azúcar, plátanos, etc. Equipados con botes a motor, surcan los ríos, visitan los caseríos, haciendo pingües ganancias en su comercio con la gente aislada y necesitada. Sus precios pueden ser abultados hasta en una tercera parte, en comparación con los de la ciudad. Otros se dedican a la pesca pero, como la población crece (los pobres engendran y engendran niños...), los viajes de pesca en busca de corvina o paiche toman demasiado tiempo, 15 días o más. Belén está lleno de comerciantes de pequeña monta, de gente que se aferra a comerciar en lo que puede. Hombres, mujeres y niños trafican en lo

que se ofrezca en el confuso negocio de sobrevivir. La acumulación de capital, en el mejor de los casos, es difícil y, en tiempos duros la lucha cotidiana consume todas las energías del pobre. Las mujeres trabajan duramente, cuidando su numerosa prole, atendiendo puestos de mercado o lavando ropa en las entrantes del río, casi siempre contaminadas de excrementos. El único grifo que suple de agua potable, a esta barriada de cerca de 12,000 almas, está situado a más de un kilómetro del centro de Belén. La desorganización social es un hecho más de la vida.

La pobreza que caracteriza a Belén es, en verdad, una imagen especular de lo que Oscar Lewis ha descrito en México y Puerto Rico. Tal cultura de la pobreza trasciende las fronteras nacionales y provee a sus miembros de un patrón de vida con valores y metas, con una cultura de estructura e ideología propias. Marx ha escrito, el ambiente del hombre —la pobreza en este caso— debe ser vista como un factor condicionante de su conciencia del mundo. Rasgos como los que Lewis describe, como parte de tal existencia, esto es, sentimientos de desesperanza, desesperación, fatalismo, ruptura de la estructura familiar, etc., marcan la vida cotidiana en Belén —no el Belén de los turistas que buscan encontrar signos de progreso en la ocasional casa bien construida de un comerciante— sino el Belén de la miseria.

¿Qué es, exactamente, esa cultura de la pobreza? Lewis lo presenta como un modelo conceptual, cuyos rasgos característicos deben ser considerados como una subcultura, dentro de la sociedad circundante; como una modalidad de vida que se transmite de generación a generación. Este modo de vida es una adaptación y una reacción del pobre frente a su condición marginal, dentro de una sociedad capitalista estratificada en clases y altamente individualista.

Aunque uno puede verificar el modelo conceptual de Lewis, en distintas áreas sociales y económicas de Belén, nuestro propósito en este trabajo es examinar un aspecto de las creencias, en relación con el amor mágico, creencia compartida por los miembros de esta comunidad. Rehusamos pasar divertidamente de creencia en creencia, señalando curiosas y graciosas prácticas de hechicería o talismanes que, tanto hombres como mujeres, usan para conseguir el amor. Creemos, más bien, que se debe situar este sistema de creencias dentro de los nexos de las relaciones económicas y sociales de la comunidad en su conjunto. Esperamos que resultará muy claro que la gran elaboración del amor mágico en Belén puede ser entendida solamente en relación con la integridad, incertidumbre y desesperación de las relaciones sociales, que son parte de la vida diaria en esta "cultura de la pobreza". Más aún en su lugar esto debe ser contemplado como emergiendo del ordenamiento económico de la vida en esta barriada —un microcosmo— en la gran jungla de la sociedad como totalidad.

Quizás una ilustración de algunos de los factores causales relacionados con el amor mágico sería conveniente, antes de empezar una categorización concretamente. La mayoría de los científicos sociales parecen elu-

dir las afirmaciones vinculadas cuando ellos pueden hacerlo, mientras que evitan cualquier información dañina que sugiera una jerarquía de prioridad del comportamiento humano.

Por su puesto, en algunos casos, fuertemente equipados con las "pruebas" sociológicas en forma de "Chi-Square", análisis de factores multivariantes, etc., otros se aventuran hasta señalar coconteceres de variables en relaciones que se sugieren oscuramente.

Hace mucho tiempo, C. Wright Mills recogió los hilos sueltos del pensamiento existencial y habló sobre la necesidad de que los científicos sociales dejaran a un lado el "empiricismo abstracto", olvidando la trivialidad con que acostumbraban hacer sus enfoques y devinieran comprometidos en una investigación de interpretación social. En muchas formas, el enfoque de este ensayo —amor mágico— puede proporcionar, fácilmente, un escudo para protegerse. En lugar de esto, fundamentándonos en análisis antropológicos basados en ocho meses de participante observación y respaldados con los datos disponibles, nos permitimos hablar de principios al describir y analizar tan exótico reino como es el del amor mágico.

Sin embargo, la mayor parte del material que hemos presentado en el diagrama no puede ser discutido en más detalle, debido a limitaciones de espacio, es evidente que este modelo resta peso a un fundamento económico, sin cuyo enfoque los demás datos por presentar serían relegados a un tratamiento de Sir James Frazier.

CATEGORIAS DEL AMOR MAGICO

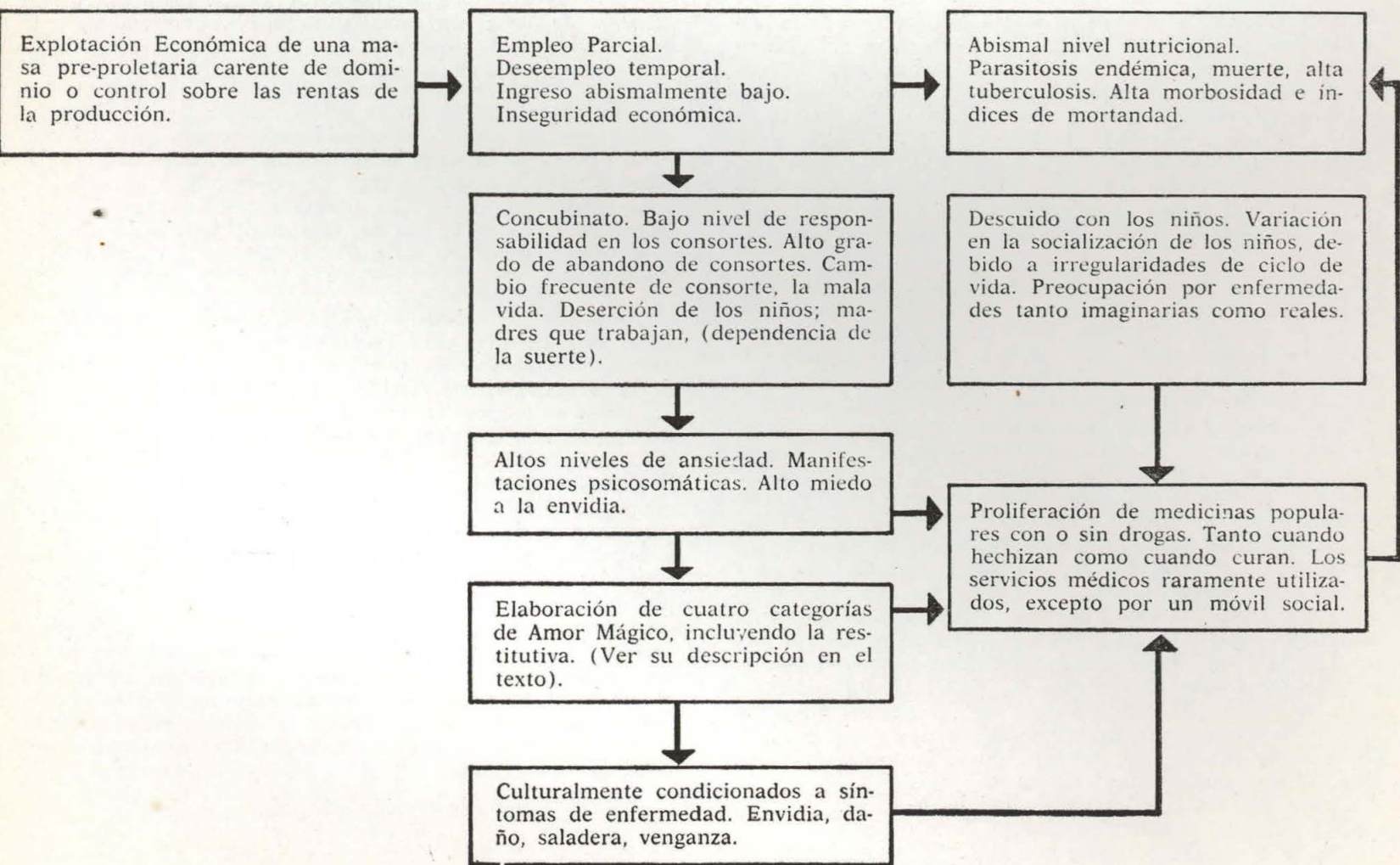
Una de las características impresionantes de lo mágico, a través del mundo, es la tentativa, por parte de los que lo practican (y de los que creen), de controlar o ma-

nipular lo desconocido. Por medio de oraciones, exorcismos, hechizos y cosas por el estilo se calma la ansiedad y la inseguridad del creyente y se le provee de esperanza y seguridades de éxito en relación con determinado diseño. La aplicación de lo mágico en las lides del amor no es, pues, una excepción.

En el tiempo que la autora vivía en Iquitos, ha podido registrar repetidos y frecuentes casos en que la magia es empleada, tanto por hombres como por mujeres, con el fin de asegurar el amor de un cónyuge o mantener la estabilidad de una unión consensual.

Estas observaciones han dado pie a nuestra impresión de que en Belén hay cuatro clases categorizables de amor mágico. En virtud de su conveniencia, los hemos denominado de la siguiente manera: *magia benigna*, *magia maligna*, *magia preventiva* y *magia restitutiva*. La magia benigna incluye aquellos hechizos, oraciones y procedimientos, asociados de manera no amenazante, con la consecución de un hombre o de una mujer que, ya siendo cónyuge o amante, ha abandonado el calor del hogar o del lecho o intenta hacerlo así, pero es requerido en él. La magia maligna, descrita ampliamente en la literatura psiquiátrica bajo los términos de "daño", "mal ojo", "envidia", etc., incluye los procedimientos orientados a causar daño. Este tipo de magia es de preferencia practicada con el fin de reconquistar a un ex-amante o a un conviviente que ha tomado otra pareja. Esta magia maligna generalmente induce aflicción, enfermedad o mala suerte. La magia preventiva incluye procedimientos profilácticos antes de que el hecho suceda. En ella particularmente las mujeres tratan de asegurar la factibilidad de conseguir un hombre. El propósito de esta magia es cerciorarse de la disponibilidad de un hombre. Ayudándose con la consulta de un "curioso", una mujer se asegura que la magia ligna no caiga sobre ella como resultado de las malas intenciones del actual amante o de la ex-mujer del hom-

AMOR MAGICO EN LA CULTURA DE LA POBREZA



bre en el que ella se interesa. Finalmente la magia restitutiva, también proporcionada por curanderos (unos con el auxilio de drogas y otros por medio de invocaciones a espíritus), tratan de curar las enfermedades y restaurar el balance natural y saludable en casos en los que el amor mágico ha sido responsable de una enfermedad grave.

Antes de ilustrar estos tipos ideales con historias apropiadas, es necesario interpolar una breve referencia acerca de los que se denomina orientación cognitiva. No es necesario decir que resulta importante considerar el por qué de la existencia de una tan elaborada tipología de la magia amorosa en la selva peruana si las relaciones entre los sexos fueran fáciles y se dieran en un clima de mutua confianza. No es ese el caso, de ninguna manera. En la cultura de la pobreza que caracteriza a Belén, notable por su alto grado de desorganización social, de hogares rotos, hijos abandonados y prostitución, rápidamente se hace aparente que hay dos clases de amor: el amor limpio y el amor "cochinado". El amor limpio, es decir el que consiste en la expresión de sentimientos de ternura entre hombre y mujer y que conduce, así, a la unión sexual, nunca dura. Pero, infortunadamente, es un hecho de la vida, según nos dicen nuestros informantes. El amor "cochinado", el amor que es producto de brujería, sin embargo, es la única clase de amor que persiste. Esta polaridad simplista puede parecer rara; pero cuando se la ve en conexión con la realidad socioeconómica, caracterizada por un porcentaje enormemente elevado de mujeres e hijos abandonados, que se agolpan para recibir donativos de caridad frente a la Iglesia de nuestra Señora de Fátima y otras agencias públicas; que mueren de tuberculosis, enfermedad que prospera por la mal nutrición, tales creencias parecen de alguna manera más lógicas. Además, como señala el diagrama anterior, las relaciones sociales en esta "cultura de la pobreza" no deben de ningún modo ser separadas del foco económico.

MAGIA BENIGNA

El uso de "pusangas", esto es, de pociones para conseguir amor de alguien es conocido por la mayoría de los miembros de la comunidad. Tal como informan los antropólogos desde diferentes regiones, los informantes hablan a menudo de procedimientos mágicos practicados por otros, negando algún conocimiento de primera mano al respecto. Una joven madre abandonada que vive en una casa balsa de dos pisos, dependiendo para su mantención de su padre pescador y de su madre obrera, nos mostró un pequeño pájaro de la región llamado Tanrilla, que conservaba ella "meramente como un amuleto de casa". Esta pequeña ave de la selva se distingue por tener las patas alargadas y huesudas. Con propósitos mágicos, el hueso de una pata es usado como una suerte de telescopio para mirar por él. Según se dice, lo que uno tiene que hacer es mirar a la persona amada con este telescopio, cuidándose de no ser visto. Luego, evitar de comer, por un día, cierto tipo de comidas tales como sal y manteca. Así la persona se enamora perdidamente de quien la haya "pusanguado". Sin embargo, si la persona objeto de esta práctica llega a ver a quien trata de seducirlo de esta manera, la magia revertirá hacia el hechizador con aumentada potencia. Es decir que el pretendiente se enamorará ciegamente de la persona a quien trata de seducir. Esta reversibilidad de la magia implica la seriedad con que se toma todo el procedimiento.

Otro ejemplo de magia benigna es el uso de una hoja fragante llamada congorillo. Doña Jovita, madre de 9 hijos, nos confió el secreto del éxito de su matrimonio, el que duraba por muchos años (caso no común en Belén). Nos dijo que ella había lavado completamente toda la ropa de su marido en una cocción hecha a base de esta hoja. De esa manera, él no podría abandonarla. Aunque el marido se dio cuenta de lo que su concubina había hecho y aunque él hubiese considerado abandonarla, nos decía, hubiera sido incapaz de hacerlo.

La magia benigna hace uso frecuente de los genitales del Bufo, cetaceo de río, similar al delfín (*Delphinus res-tratus*), común en los ríos circundantes. Los genitales del bufeo hembra, se dice que son físicamente muy similares a los de la mujer. Cuando este órgano es recortado, cuidadosamente secado y luego ocultado en el brazo o en la palma de la mano de un hombre, una mujer que sea "accidentalmente" tocada al ser saludada con un apretón de manos, caerá rendida de amor. El que usa este recurso, así como el que use la Tanrilla, debe abstenerse de cierta clase de comidas y ocultarse por un día hasta que el embrujo produzca el efecto deseado. Una mujer nos explicó detalladamente que cuando ella súbitamente sintió deseo sexual por un hombre de edad que estaba cortejándola y que quería que ella abandonara a su esposo e hijos, había visto bajo los efectos del ayahuasca que el hombre preparaba y la tocaba con una pusanga proveniente del bufeo. Ella había recurrido al "ayahuasca" justamente para evitar y librarse del efecto del encantamiento. El curandero fue capaz de anular los efectos del embrujo. Hablaremos de esto más adelante bajo la categoría de la magia restitutiva.

MAGIA MALIGNA

En el campo de la magia maligna encontramos por todas partes la intención de causar sufrimiento o desgracia en asuntos de amor. Así, una enfermedad física puede ser atribuida a la mala fe de otro, proveniente ya sea de la envidia por el amor de un hombre, por un hogar feliz, de la venganza por un hogar feliz, de la venganza por un supuesto daño recibido, por un rechazo al pretendiente, por rivalidad, etc. Aquí las historias de los casos observados prácticamente se superponen. Por ejemplo, Aurora una muchacha de 21 años, de aspecto saludable y lozano perdió peso y sufrió de hemorragia debido, supuestamente, a la malignidad de una mujer que alegaba que ella le estaba quitando a su marido. La malhechora pagó a un brujo cerca de 2,000.00 soles para provocar la muerte de la muchacha. O el caso de Eunicia, una muchacha de 18 años que súbitamente se convirtió en alcohólica. Cuando se le llevó a un ayahuasquero (un tipo de curandero que usa para diagnosticar y curar una bebida preparada de una planta que tiene efectos psicodélicos), Eunicia vio que uno de sus jóvenes pretendientes, a quien había rechazado, se reía de su desgracia. Vio también que, estando en una fiesta juntos, preparaba un polvo blanco y que lo vertía en un vaso de bebida para ella con el objeto de que se volviera alcohólica. O el caso de Rosa, que vive con un pescador que le lleva cerca de 30 años de edad. Antes de que él la conociera, el pescador había convivido con una mujer a quien ahora Rosa atribuye cualquier dolencia que ella sufra, ya sea un dolor muscular, o lo que fuera. Rosa está dispuesta a deshacer su unión por miedo al daño que esta mujer le pueda ocasionar y esto se lo ha dicho a su conviviente. O el caso de muchas mujeres abandonadas, que llenan las salas de espera de curanderos, "curiosos", "empíricos", espiritualistas o "ayahuasqueros", en busca de que el marido perdido vuelva a ellas. Muchas creen que el ser abandonadas es debido a daño causado por la envidia o venganza de otra mujer.

La magia maligna puede tomar muchas formas y sus manifestaciones van desde un simple dolor muscular hasta casos extremos de locura, pérdida de la conciencia y posible muerte.

MAGIA PREVENTIVA

Esta categoría, que describimos sumariamente, es de particular interés por su clara relación con los factores socio-económicos del medio. Parece extraño buscar la ayuda mágica antes de que un hecho se produzca, antes de que haya sucedido el daño. Pero en un lugar como Belén, lleno de inseguridad e inundado de pobreza, una mujer no tiene más opción que vacilar antes de unirse con un hombre, a menos que éste no tenga "compromiso". Después de todo, ¿por qué buscar más problemas en un mundo ya de por sí lleno de ellos? Si un hombre tiene ya una compa-

ñera, enredarse con él sólo traerá problemas bajo la forma de represalia dentro de lo mágico. Como resultado de este estado de cosas, muchos "curiosos", están listos, —bajo pago de una pequeña suma— a consultar una piedra mágica, naipes, o a los espíritus y averiguar, de seguro, si el virtual compañero no está comprometido con otra. Carmen nos habló de un romance suyo con un joven policía que nunca llegó a materializarse. Cuando ella dio a un curioso el nombre y la dirección de su pretendiente, su piedra le reveló que el hombre tenía otra mujer. Carmen, que a los 22 años era ya la madre abandonada de un niño, decidió no proseguir con su romance. Y es que uno no busca a sabiendas su desgracia y se coloca en una posición insostenible invitando a la venganza, que vendrá bajo la forma de enfermedad o mala suerte.

MAGIA RESTITUTIVA

Finalmente, en esta última categoría, podemos situar las prácticas de un gran número de curanderos tales como los "ayahuasqueros" o "empíricos" cuya labor, frecuentemente, consiste en curar enfermedades atribuidas al daño mágico en relación con el amor. Usando técnicas tales como la succión de cuerpos extraños de los genitales de una mujer, introducidos ahí como parte del daño, "pasando" una piedra mágica sobre el cuerpo de una mujer abandonada o, en fin, soplando el humo de un cigarrillo sobre un hombre a quien su mujer ha dejado, estos curanderos se mantienen casi siempre ocupados. Muchos son llamados para recuperar el espíritu de un marido que se ha ido. Algunos se jactan de su éxito en hacer que un hombre vuelva hacia su mujer de lugares tan distantes

como Lima: (No es necesario decir que tales curanderos no se especializan exclusivamente en problemas de amor, sino que su actividad abarca enfermedades corporales, psicósomáticas y emocionales, comunes en la población marginal de Belén).

CONCLUSION

Esperamos que las cuatro categorías de amor mágico, existentes en Belén, hayan dado una idea de las relaciones hombre-mujer en esta comunidad de la selva del Perú. A pesar de la desintegración social que distingue a esta cultura de la pobreza en el trópico selvático, o quizás debido a ella, existe una complicada y elaborada serie de creencias, un sistema cognoscitivo que da lugar a ciertas expectativas, valores y patrones de conducta entre los sexos. El final a lo Hollywood, el *ethos* capitalista en relación al amor y su perspectiva de felicidad "para siempre" no han tocado este pequeño reducto de aculturación en Iquitos. Seguramente uno debe considerar, en este contexto, los patrones indígenas de interacción entre hombre y mujer, en vez de circunscribirse solamente al choque cultural urbano y la pobreza económica que enfrentan miles de habitantes de Belén. No hay duda de que varias de las "pusangas", y creencias descritas, provienen de fecha muy anterior a los aproximadamente cien años de historia que tiene Iquitos. Sin embargo, una argumentación que relaciona la pervivencia de lo mágico a las condiciones socio-económicas presentes no puede ser denegada. Estos residuos encapsulados de historias de horror y magia, deben ser ampliados para incluir en su comprensión el fermento cotidiano de la miseria.

VISION DEL PERU dedicará uno de sus próximos números al estudio y presentación misma de las minorías étnicas de la selva peruana. En las siguientes páginas ofrecemos un adelanto fotográfico documental de lo que la revista proyecta.

Sabemos que la selva peruana es una realidad honda, grande y complicada. Geográficamente abarca una gran parte del territorio nacional; económicamente tuvo épocas de oro; potencialmente tiene, por la misma feracidad fabulosa e inmensidad de su territorio, una riqueza que en cualquier momento podría realizar. Humanamente la selva representa hasta hoy una realidad abandonada, que es impostergable rescatar como tarea humana y cultural, y como adelanto de una efectiva conquista: no con la pólvora y el fuego y la destrucción sino con el amor, el trabajo tenaz y paciente que exige el Perú del futuro.

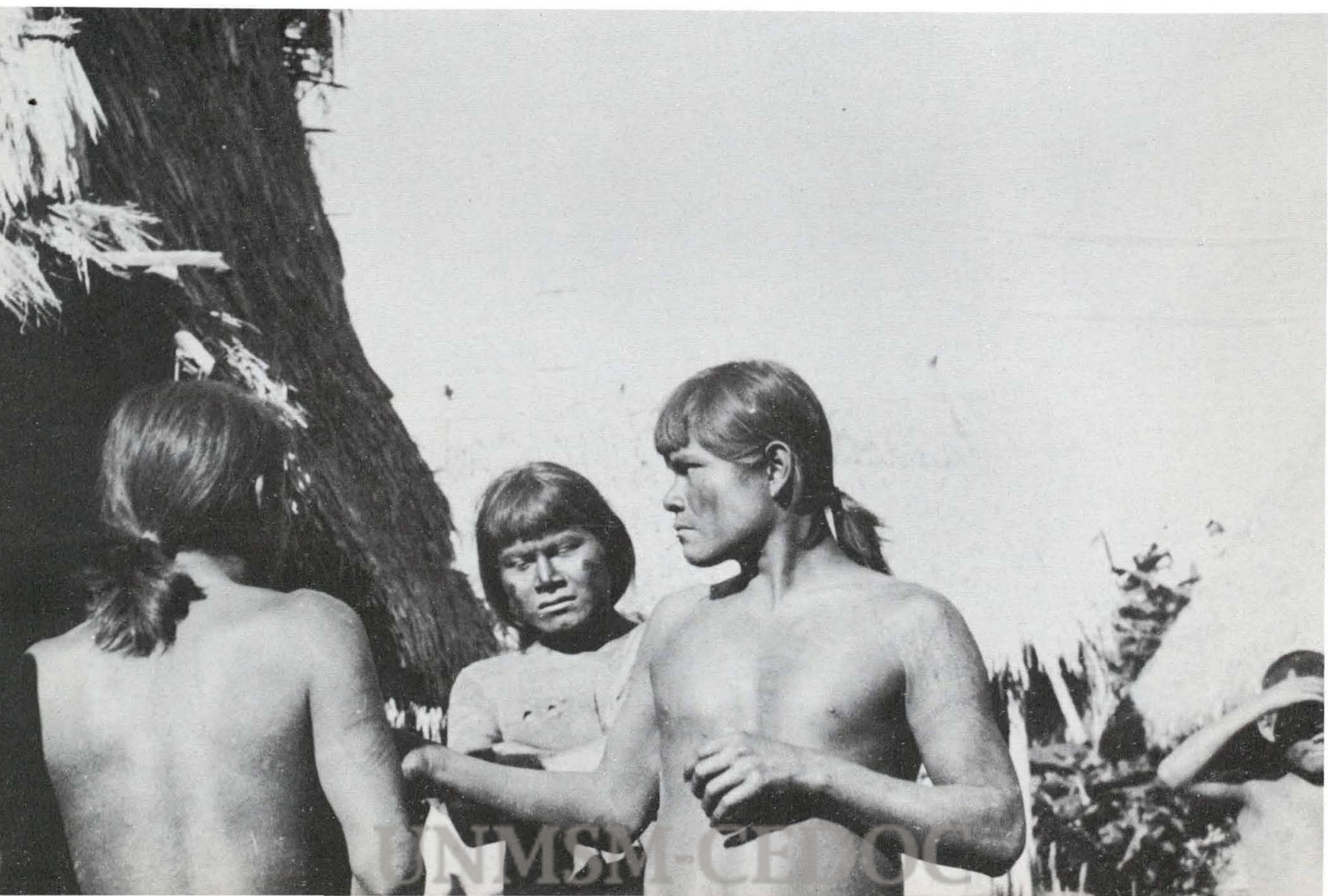
Nuestra revista quiere, sobre todo, llamar la atención de los intelectuales peruanos acerca de las condiciones infrahumanas en que vive y desarrolla su cultura el aborígen del oriente peruano. Conocemos que el indio del Ande tuvo, en el llamado indigenismo, un movimiento social, literario y hasta político-cultural en suma, que dio a conocer las profundidades de su existencia, tanto en el aspecto material como espiritual. El indigenismo contribuyó, ciertamente, a la transformación, aunque lenta, del habitante serrano. En cambio, el hombre de la selva ha sido y es continuamente olvidado, desdeñado y hasta menospreciado; su existencia se desarrolla en los niveles más bajos de la cultura humana, anterior al metal y a la piedra, materiales éstos que para él son siempre importados.

El selvícola es, sin embargo, un hombre fino, ágil, alegre y receptivo; ávido de aprender todo lo que contribuya al mejoramiento de su comunidad, de introducir las técnicas que faciliten su trabajo, su producción, su mejoramiento y su salubridad. En muchos pueblos de la selva es muy notable su habilidad lingüística que les permite aprender con facilidad las lenguas europeas, lamentablemente el Perú no ha aprovechado estas virtudes aborígenes, y, en el aspecto lingüístico por ejemplo, no son peruanos sino extranjeros los que han realizado una vasta tarea, a veces con fines no siempre recomendables. Estos aborígenes han aprendido muchas veces el inglés antes que el castellano, y, en este sentido se han alejado cada vez más, ellos mismos, del Perú occidental, que a su vez los ignora.

Por otra parte, la imagen del hombre de la selva permanece todavía sumergida en una niebla de viejos mitos coloniales, y, para muchos peruanos sigue siendo el primitivo, el salvaje áspero e inculto; ignorando que el hombre de la selva amazónica, en toda su dimensión, guarda en sus artes pictóricas y manuales, en su música maravillosa, en su poesía, en sus canciones, en sus mitos esplendorosos, en sus múltiples lenguas y dialectos, un talento artístico asombroso, una delicadeza innegable y una finura hondamente espiritual que es muy lamentable que continúe ignorada y que llegue a perderse.

He aquí, pues, algunas de las razones por las que editaremos un número íntegro de *Visión del Perú* dedicado al estudio de las minorías étnicas de nuestra amazonía, en el cual se habrán de exaltar sus valores, desde diversos puntos de vista, sobre las posibilidades de su supervivencia e incorporación que debe lograrse sin la más mínima agresión, sin imponer condicionamientos al abandono de su propia cultura, sin renunciamentos a su propia libertad.

¿Cómo y de qué manera debemos lograr la fusión sin avasallamientos de las minorías étnicas del oriente peruano con el Estado nación moderno, que también está en vías de desarrollo? Son cuestiones que planteamos a los intelectuales peruanos, americanos y europeos, que esperamos habrán de contribuir con importantes trabajos en el número monográfico dedicado al hombre de la selva peruana.

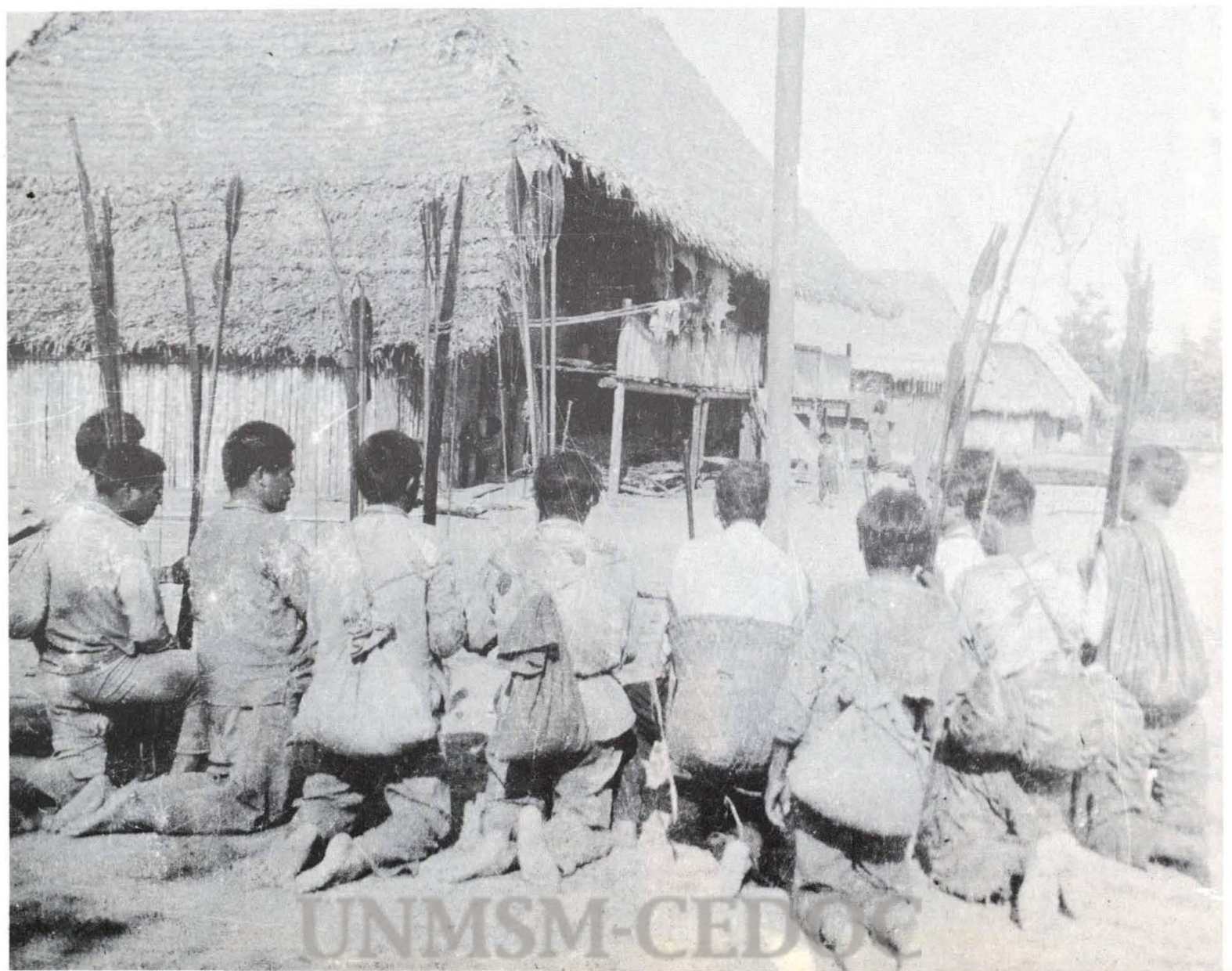




UNMSP/CE



UNMSM-CEDOC







UNMSM-CEDOC



UNMSM-CEDOC

Robert Jaulín

EL ETNOCIDIO

¿Se halla aún Occidente en aptitud de inventar otras soluciones que no sea la destrucción o encarcelamiento de las culturas indígenas?

La prensa mundial ha hecho estado en estos últimos tiempos de genocidios perpetrados contra las diversas tribus indias, en el Brasil —en el estado de Bahía y en el Mato-Grosso— en Colombia, en los Llanos de Venezuela, Perú... alargáramos fácilmente esta lista a través de la América del Sur. Remontándonos en el tiempo, nos encontraríamos en América del Norte, en las fuentes las más vivas de estos westerns donde se muere de veras.

Estas masacres indignan justamente al humanismo liberal que propone diversas soluciones de "aculturación progresiva", de "reagrupamiento", la implantación de escuelas y hospitales, etc. Pero estas virtuosidades políticas revienen a cerrar los ojos sobre la causa profunda del mal: el etnocidio, y por ello mismo a hacerse cómplice del mismo.

Según Robert Jaulin, en efecto, "la sola denuncia del genocidio o del no respeto de los derechos del hombre limita el problema al individuo 'corporal jurídico'. Esta limitación es un cerrarse de nuestra propia civilización sobre ella misma, un no reconocimiento del derecho de sociedades y de leyes (no orgánicas en el sentido estricto pero culturales), que son su libertad y fuerza de vivir, "su ser en el mundo".

Su experiencia de etnólogo ha dado a Jaulin una imagen muy concreta de lo que comprende el término abstracto de ETNOCIDIO: la destrucción de civilizaciones vivas. El caso preciso que analiza a continuación a título de ejemplo el de una tribu del Amazonas ilustra las consecuencias dramáticas.

El problema del genocidio no existe en sí mismo: el genocidio — negación total de un grupo por otro en un medio dado — no es más que una forma extrema de la negación cultural, *el etnocidio*. Pocas civilizaciones en la historia han tenido, tanto como la nuestra, tendencia al etnocidio; ninguna ha dispuesto de recursos tan numerosos para llegar a sus fines.

Socavar todo lo que es específico de un cierto tipo de organización social o económica, desestructurar los medios de pensamiento, la inteligencia, limitar la libertad, tales son las técnicas puestas en acción. Todo ello cubierto en el agresor por la convicción profunda de su superioridad — en nuestro caso, de su papel de representante y agente del progreso.

No hay sociedad primitiva, no hay sino sociedades diferentes. Pero nuestra sociedad, que se ha hecho criminal por falta de tierra, no se contenta con robar la tierra; la anima la voluntad de someter y destruir. Cuando se cansa de masacrar, decide civilizar. Ya no se "líquida", se asimila. Vencido, el "salvaje" debe también por su bien — renunciar a su cultura y a su identidad.

Las consideraciones económicas no proporcionan la clave de los etnocidios: en América del Sur no falta espacio para que puedan coexistir europeos y lo que subsiste de Indios. Pero es para Europa un escándalo moral que no se reconozca su superioridad, que pueda existir otra cosa después de su paso. Yo no sé si nuestro modo de vida representa un progreso para una sociedad

"primitiva". Pero, sé demasiado bien qué catástrofe representa para los Indios que conozco. Así fuese el progreso evidente, ¿habría por ello que imponerlo? ¿Y habría necesidad de imponerlo si fuese realmente evidente?

Una nueva táctica: la paz.

Continuar en las generalidades no serviría para nada. Que se juzgue sobre un caso bien definido, el de los Motilones, lo que es el etnocidio en acción. Permitirá dar una visión concreta, cotidiana, del fenómeno. No presentaremos aquí sino un solo aspecto, suficientemente elocuente, el de la habitación. Que no se crea que hemos escogido este ejemplo porque es cómodo para nuestro propósito (nuestro viaje a la tierra de los Motilones tenía, por lo demás, otros objetivos). Lo que es verdad acerca de estos Indios tienen su equivalente en todas partes del mundo. Todo etnólogo alerta puede dar testimonio de ello si se toma el trabajo de preocuparse.

Los Motilones ocupan cerca de 3,000 Km.2 en la punta norte de la selva amazónica, en la frontera de Colombia y Venezuela. Durante siglos, fue la guerra entre ellos y los colonos, después entre ellos y los petroleros americanos. Algunos muertos por aquí y por allá, en ambos bandos, pagaban el precio de un aislamiento que los mantuvo felices y vivientes.

Esta guerra le era impuesta al Indio. El respondía a los ataques, perdía terreno poco a poco, pero alcanzaba sin embargo a protegerse bastante.

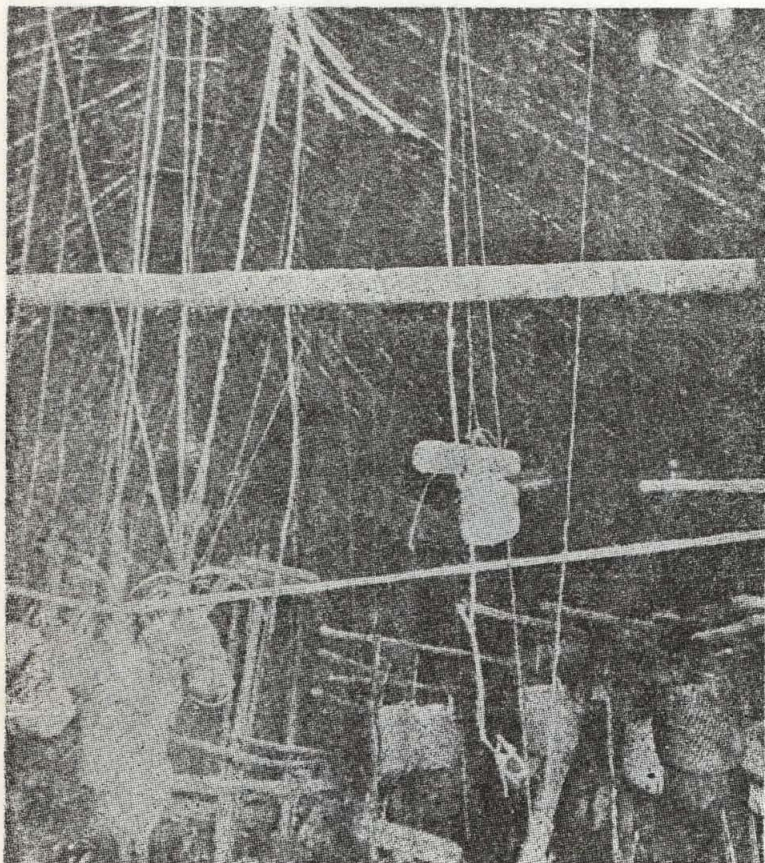
Los Blancos cambiaron entonces de táctica; un avance mucho más fuerte de colonos, la enorme publicidad relacionada con los contactos con estos "peligrosos Indios", la valerosa locura misional, todos estos argumen-

* La primera parte de este artículo fue publicada por la revista *Atomes* (Nº 226, 1969). La segunda parte del mismo la remitió el profesor Jaulín al etnólogo Stefano Varese para nuestra revista que ha traducido del francés la totalidad del texto.

tos de liquidación de la autonomía motilona, jugaron en favor de la paz. Esta paz, el Indio la había esperado siempre; la historia lo había tornado desconfiado, pero no se hallaba sin embargo menos increíblemente dispuesto a dejarse engañar, y maravillosamente curioso por nuestro mundo.

Es en esta paz que he hallado a los Motilones, cuando comencé mi investigación. El mundo "civilizado" está representado entre ellos por misiones de padres capuchinos, representantes de compañías petrolíferas, y algunos colonos.

El caso de estos Indios de la selva, como se ha de ver, hace resaltar muy bien una evidencia: se acomete la manera de pensar o al orden social de un pueblo, no machacándole nuestras leyendas, nuestras "ideas", sino so-cavando sus instrumentos inmediatos de existencia; se modifica su modo de vestirse, su habitat, su cocina, sus adornos, la organización de su tiempo y sus necesidades, de tal manera que las órdenes de la familia, del consumo de la producción, de toda comunicación, no sean ya función sino de esta nueva relación autoritaria con respecto a la sociedad de los blancos.



En el interior de este bohío, la parte alta ofrece, en su centro y en primer plano, la vista de las fiambreras, cestas o paquetes colgados del cielo raso. Allí se guarda la carne ahumada, la sal, los alimentos, del lado de los fogones. Pero en el otro lado de la "barrera" que separa las "cocinas" (en el centro del bohío) de los "departamentos", están los armarios, cestas colocadas por encima de las hamacas, y que contienen hilo, faldas, taparrabos, ornamentos de plumas de los indios.

El problema no está en que la substitución de nuestro modelo cultural en lugar del suyo sea o no para su beneficio. Lo esencial es que estos hombres no son ya nada por sí mismos, que se les condena a definir su concordancia con el mundo, en lo que se funda la personalidad humana, subordinándola a una impuesta con los Blancos.

Barraca blanca y casa indígena

Llegué a Dakuma en el curso del mes de octubre de 1967. Los misioneros no se encontraban allí; pasan y no se quedan. El aire era sano y contrastaba con la humedad en la que nos habíamos empantanado hasta entonces. Dakuma se halla en lo alto de una meseta, la selva aparece cortada, se abarca el paisaje, el horizonte está lejano. El sitio es magnífico, el espacio de los pastos inmensos, caballos que saltan. Los Indios presentes, los

Bari, son los sobrevivientes del grupo Ogdobia, alrededor de 35 personas. Ocupan extrañas construcciones de calamina: la escuela acoplada a una pieza, una capilla, una cocina, una cochera, la casa cural, de la cual una mitad para Motilones, y dos grandes hangares que sirven de morada a los Indios. Todo ridículo, inútil.

Poco después que los capuchinos hubieron dispuesto las primeras de esas barracas, los Indios levantaron un gran bohío — una gran casa con armadura de madera y "tejas" de hojas — y se instalaron en él. Luego, los viejos desaparecieron; los jóvenes, sometidos a la presión, a los "consejos" siempre renovados de los padres, abandonaron el bohío y ocuparon las barracas; la paz con los Blancos pasaba por allí.

El bohío indio corresponde, y de lejos, a la morada más agradable de estos bosques — los capuchinos, grandes constructores de barracas metálicas delante del Eterno, se declaran de acuerdo ahora con ello. Bien protegido del exterior por un techo que desciende hasta el suelo, es fresco y sin mosquitos. De grandes dimensiones, de una altura de 5 a 15 m, de una anchura de 6 a 20 m., de una longitud de 10 a 43 m, es aerado. Extremadamente bien concebido, es muy robusto y puede durar decenas de años, a condición de reemplazar de tiempo en tiempo las hojas de la techumbre.

La barraca de calamina, por su parte, tiene generalmente un suelo de cemento; es rectangular y no dispone de un amplio centro destinado a las cocinas; ha sido concebida para que en ella se pueda ver muy claramente.

La modificación del habitat impuesta a los Motilones no acarrea, contrariamente a lo que podía creerse, un mejor-estar físico, sino un "mal-estar". Perturba además, muy gravemente, las relaciones sociales, la intimidad de la familia, ciertas cualidades morales, la organización de las responsabilidades, un orden y nobleza que habían causado nuestra admiración.

El corredor de las hamacas

La planta del bohío es ovalada y la organización social da a la familia restringida una importancia comparable a la que conocemos. Cada familia posee, en el bohío, un sitio reservado, suerte de apartamento situado en la periferia, donde instala sus hamacas. El conjunto de estos sitios forma un gran corredor circular.

Hay un ligero espacio vacío entre los extremos de los apartamentos reservados a cada familia, pues la circularidad, aun en los puntos menos señalados de este corredor de hamacas, impide la igualdad entre la base y la cumbre de estos lugares. El apartamento tiene la forma de un "trapecio" recortado en una porción del círculo.



lo, y cuya base es, por este hecho, ligeramente encurvada; hay pues un ligero espacio vacío entre las familias. Este espacio, a pesar de ser pequeño, está sin embargo marcado — más o menos según el número de familias reunidas — y constituye uno de los elementos que preservan la intimidad y la unidad familiar.

Estas casas son pues, entonces, en realidad, ciudades, inmuebles donde cada familia posee su sitio; ella participa más particularmente, en la construcción de este lugar cuando, todos juntos, las diez a treinta parejas del grupo la contruyen. Y cada uno de estos lugares está bajo la responsabilidad de la pareja. La relación mayor es la de la alianza y no la de parentesco; es decir que la casa colectiva no es la propiedad de un grupo de familias parientes entre sí: no hay pues propiedad colectiva. Cada familia tiene sistemáticamente como vecinos, por ambos lados, a aliados, es decir a gentes de las cuales el hombre, el padre, pertenece a un grupo con el cual es posible inter-casarse.

El apartamento de quien se halla ausente, es, en un bohío, dejado al abandono; no es utilizado, no es reparado; en rigor un extranjero "al margen del sistema", un Blanco, puede ocuparlo: la relación de discreción, de no intervención, que prevalece entre los Indios, actuará también en este caso; la compatibilidad es necesariamente la regla.

La circularidad tiene igualmente otro interés. Entre los Bari como en otras partes, el espacio familiar es esencialmente una dimensión femenina. Ahora bien, el lugar de la mujer se encuentra al lado del techo: ella está allí contra la pequeña ventana, sentada sobre su estera; duerme allí a veces, hila, teje, descansa, acaricia a sus hijos; la cocina no está en "el apartamento" sino en el centro del bohío; el marido mismo viene a veces a sentarse cerca de su mujer y de sus hijos, en el "corazón" de la vivienda contra el techo; al menos los padres más atentos, los "mejores", actuaban así. La circularidad de la casa reserva a este lugar propiamente familiar un espacio máximo. Una extrema discreción como ésta, de los unos con respecto a los otros, de familias felices y cariñosas de las que los Bari daban un maravilloso espectáculo, dependía en gran parte de aquél.

Estas dos consecuencias de la estructura del bohío no son las únicas que tienen que ver en la determinación de la unidad familiar. La obscuridad del conjunto del bohío, pero no del lugar de la estera cerca a la ventanita, la naturaleza del suelo (de tierra y no de cemento) y la libertad de elegir el espacio-cocina, son también condiciones determinantes del mantenimiento del conjunto de la estructura social. La barraca "civilizada" las hará desaparecer sin reemplazarlas por nada.



Lo claro y la penumbra: una "lógica de lo discreto"

Satisfechos de sí mismos, los Blancos insisten ante los jóvenes Indios para que aprecien la claridad interior de las barracas y midan el horror de su existencia pasada en la obscuridad del bohío. Los jóvenes Indios repiten la lección; esta lección del "bello" claro y del "malo" obscuro, es dada también a los visitantes de paso como, de la misma manera, con mayor razón, a los oyentes lejanos, quienes, no teniendo que vivir bajo esas calaminas, no conociendo nada del orden y de la existencia motilona, en su mayor parte convencidos de la grandeza de nuestra civilización y del salvajismo de los otros, no se sienten por ello, sin duda, descontentos.

En realidad, el interior del bohío no es obscuro; se puede ver con claridad, al menos con tanta claridad como en la mayor parte de las viviendas campesinas tradicionales; reina allí, simplemente, una semi-penumbra. Esta es, en oposición a la crudeza de la luz exterior, particularmente fuerte en estas zonas, y a la violencia del calor, un elemento de reposo, de paz. Este argumento corresponde a una función esencial de la casa: es el lugar de la distensión.

El hombre que regresa de la pesca, de la caza, de los campos, se balancea en su hamaca, juega con sus hijos, o, y de noche y antes de una eventual cena, cuando ya está bien obscuro, descansa tiernamente con su esposa en su hamaca común. Si este hombre desea preparar flechas, confeccionar una hamaca, puede situarse cerca a una pequeña puerta; pero ello no es, lo más a menudo, necesario, pues la semi-penumbra permite estas actividades, que se hacen también en las primeras horas de la noche a la luz de los fuegos.

La mujer trabaja de día, no solo fuera del bohío (agricultura, recolección, pesca, etc.) sino también en el bohío. Este es para ella, mucho más que para el hombre, un sitio de quehaceres: tejido, cocina, etc. Para el hilado, para el tejido, dispone de la luz necesaria: está la mujer sobre su estera, contra su tragaluz, el telar plantado allí en el suelo, muy cerca del techo.

Se cocina de noche, cuando a menudo el hombre y los niños están ya durmiendo; la cocina se hace en el corazón del bohío, sobre los boucans, (1) a la claridad de las llamas. La carne, los pescados, son ahumados —lo que es delicioso y permite una mejor conservación de los alimentos. El problema de la claridad natural del espacio interior del bohío no juega ningún papel en esta circunstancia.

La selva amazónica es muy cálida, plena de animales a los que atrae la luz, ya sea de mosquitos, para los que basta la luz del día, o de insectos de toda clase que invaden la superficie de las lámparas eléctricas. Las dos barracas de calamina del Rosario tienen electricidad: es un espectáculo repugnante el de la suciedad producida por esos millares de bichos. Sin duda las celosías impedirían su ingreso, pero el número de idas y venidas implicadas por la cantidad de personas reunidas, torna ilusoria, de todas maneras, una protección eficaz. En fin, en una casa donde varias familias se hallan reunidas, la iluminación, al oscurecer o de noche, es un atentado contra el respeto hacia todos. O bien, será forzoso poner en duda, sin razón, el principio de la casa colectiva del que los interesados se encuentran perfectamente satisfechos. ¿En nombre de qué?

Cualquiera que sea el lado desde el cual consideremos las cosas, la crítica del bohío, bajo el pretexto de que es obscuro, carece, pues, de fundamento. La penumbra favorece, permite la intimidad de la vida familiar, torna sus intercambios, frente al exterior, más discretos y más decentes, marcha en el sentido de la moral profunda y del genio bari, que insiste en el respeto de los demás y en el establecimiento de relaciones tan pacifi-

(1) Boucan, sitio donde los indios ahuman la carne. (N. del T.)

cas, tan respetuosas como sea posible entre los grupos, las familias, los linajes, los sexos, las clases según la edad.

Proyectar el flash de la luz cruda y destruir esta semi-penumbra es no solo provocar un disgusto sino atentar groseramente contra esa lógica de lo discreto, a esa elegancia flexible con la que se tratan las relaciones con los demás.



Un suelo empedrado de buenas intenciones

El piso interior del bohío es simplemente la tierra limpiada. El "progreso" ha consistido, en la mayor parte del tiempo, en recubrirlo con una capa de cemento. El infierno no está empedrado de mejores intenciones...

Cuando en Rosario hablé a los indios de mi escaso gusto por los campos de calamina, las mujeres me dejaron atrás —se ha de ver la relación entre esto y aquello— quejándose de no poder ya tejer. De hecho, no llevaban más que unos harapos de tejido mecánico, que les cubrían los hombros, pero estaban abiertos o desgarrados en el sitio de los senos. La falda magníficamente tejida, bella y sólida, que era en otro tiempo su único vestido, había desaparecido casi por completo. Y en lugar de dedicarse, al fresco, bajo las hojas, sobre sus esteras, a los trabajos de confección, permanecían allí sin hacer nada, embrutecidas por el calor, la suciedad y la inactividad. ¿Por qué? La razón mayor era la imposibilidad de instalar sobre el concreto un telar: los postes verticales de madera de éste se plantan en la tierra, y, en la imposibilidad de llegar a ella —el concreto es duro—, ya no se teje nada. Así acontecía en Rosario y casi en todas las barracas. Sin embargo, en Dakuma, hemos encontrado una mujer que había tenido éxito, combinando grandes maderos, cuerdas, etc., en instalar un telar sobre el cemento. Se trata de un caso excepcional.

El piso de concreto determina, pues, la desaparición del tejido tradicional al que otros atentados contra la cohesión familiar habían reducido ya: la eliminación del espacio femenino en el "apartamento", modificación del status de la mujer por la transformación de la organización culinaria, implicación de vagabundaje a causa de los contactos, etc. Deben agregarse estas razones a la introducción de nuestros andrajos para comprender la desaparición del vestido tradicional y de su fabricación.

Pero eso no es todo. El piso de cemento parece, de lejos, fácilmente limpiable y más favorable que la tierra al mantenimiento del aseo; la realidad prueba lo contrario. El indio escupe de buen grado sobre el mismo piso; supongamos que esta manía acabe rápidamente...! Los

niños pequeños orinan y defecan en el suelo, y seguirán haciéndolo a menos que se les faje en pañales que dificultarán la respiración de sus cuerpos, los tendrán en innecesario calor y los pondrán, más aún que los adultos, infinitamente sucios. Cemento o tierra, las indias limpian todo ello a medida que se requiera, pero la tierra absorbe más fácilmente que el cemento los orines, y el procedimiento empleado para quitar los excrementos —depositarlos sobre una hoja después de haberlos levantado con el extremo de un machete para tal fin, cortando por debajo la tierra sobre la cual se hallan asegura una limpieza mucho más completa sobre un piso de tierra que sobre uno de cemento. Tanto más cuanto que la modernización se acompaña generalmente de la sustitución de los platos de una gran hoja —*tatara*— sobre la que tomaban las comidas y se ponían toda clase de desperdicios o basura, y que no servía más que una vez. La mujer ya no tiene pues a la mano ese gran paquete de hojas siempre renovado, desde luego que perfectamente limpio, en tanto que un plato está generalmente mal o poco lavado. Se le ha enseñado que comer sobre esas grandes hojas semejantes a una vajilla que tan pronto como se utiliza es luego desechada, es "salvajismo". Sucede en esto como con el cuerpo: el indio come ahora en un dudoso servicio de fierro esmaltado que no puede tener la limpieza de la hoja, así como se viste con ropa que pronto se hace andrajosa.

El suelo de cemento acrecienta pues la suciedad y, por ello, los malos olores, que se hacen fuertes en estas casas semejantes a hornos de calamina. No se haría tan limpio como el piso de tierra sino al precio de complicaciones de la vida que, la rareza del agua, el calor, el modo de vida, tornarían muy pesadas.

Cuatro muros y un techo

La casa india es un inmenso casco de navío volteado; su techo constituye sus muros. La casa del colono, individual y no colectiva, no es más que un techo colocado sobre postes de madera. Una fórmula intermedia, provisoria y más "moderna", ha parecido astuciosa a los buenos apóstoles del mundo blanco; no, en este caso, los capuchinos, sino los jesuitas, en la región del Caratumbo. Ellos construyen allí una especie de bohío cuyo techo se detiene a 3 m. por encima del suelo: hubo por lo menos 4 o 5 construídos de 1964 a 1967; se pidió a los Bari sujetarse a esta fórmula, y, como de ordinario, ellos, que atacaban algunos meses antes las granjas de los colonos y a la compañía petrolífera, se sometieron sonriendo, pues "juegan" sistemáticamente a la paz.

La casa estaba tradicionalmente situada sobre cimas; la región es un conjunto de pequeñas cimas al pie de las cuales corren los ríos. Es mucho más agradable y más sano vivir sobre estas pequeñas cimas, el tiempo es allí menos pesado, se hace seco más pronto, allí el aire "se mueve".

Las actividades agrícolas y de la caza, la calidad del agua (de pequeñas fuentes), han favorecido la elección de montículos para el habitat. Pero, las tierras cálidas son el lugar de tempestades violentas y la casa debe ser concebida en función de ellas. Las familias no son de ningún momento amontonadas juntas, al centro, sino al contrario distribuidas de manera circular en la periferia. Es pues entonces claro que el espacio situado contra la parte baja de los muros —aquí el techo hace de muro— debe estar bien protegido contra la tempestad, del frío de la noche y los mosquitos. Si no se hace imposible estar allí concederle una especial atención y vincular a su elección el orden y la intimidad familiar.

El ranchito del colono constituye la casa de la familia restringida y el espacio ocupado de noche es, esencialmente, el rincón de la habitación. Aplicar a la casa colectiva india un razonamiento válido para la casucha familiar del colono, es un absurdo. El buen padre del "Minuto de Dios", las buenas hermanas del Caratumbo, se han dedicado sin embargo a ello.

A falta, momentánea, de planchas de calamina se han construido, por órdenes suyas, grandes casas de hojas, ya no ovaladas sino rectangulares. Consistiendo la civilización en ver con claridad, el techo se detiene a 2 o 3 m. del suelo, en vez de llegar hasta él. A cada tempestad el indio debe apartarse de los bordes. El suelo es siempre de tierra, pero la imposibilidad, debida a esa limitación del techo, de mantenerse en la periferia, ha tenido los mismos efectos que el revestimiento de concreto: la mujer ya no teje, el "apartamento" ha desaparecido casi del todo, y ya nadie duerme en esa periferia.

A los argumentos precedentes debe agregarse uno más, de menor importancia es verdad: el de la *seguridad*.

El bohío tradicional se cierra completamente: sus dos entradas pueden ser clausuradas fácilmente, de noche, mediante una estera. En el otro caso, es evidente que no se puede cerrar lo que se halla completamente abierto y rodear la casa con un muro en cada anochecer. No había ladrones entre los Bari en la época de nuestros primeros contactos, pero, a medida del avance de la "civilización", el robo se difunde. Además, están los animales.

Una cocina "conventual"

La mujer cocina en el centro de la casa, al comenzar la noche, en tanto que los demás se entregan al sueño. Las llamas sirven de iluminación a partir de la puesta del sol. Cada cocina para su familia, pero sucede a veces que dos parejas se sirven de un solo fogón.

Lo distintivo de esta organización reposa, pues, sobre las características siguientes:

- los fogones se hallan en el interior de la casa;
- el acto de cocinar está asociado a la familia restringida, forma parte de la intimidad del hogar, de la vida de familia;
- se cocina al fin del día, o al comienzo de la noche;
- la carne de la caza y el pescado son ahumados, y, por consiguiente, pueden guardarse por mucho más tiempo que si fuesen preparados de otra manera; la mandioca es hervida; las bananas se comen crudas o cocidas en las brazas; hay muy pocas salsas;
- resulta de las características precedentes que en la mañana se dispone de una comida fría, es verdad, pero lista y muy simple; esta comida de la mañana, preparada la víspera, es la más importante del día; la pareja la toma cuando el hombre regresa de la caza, entre 8 y 10 horas; lo que queda es consumido al principiar la noche.

Al crearse, como lo hicieron los misioneros capuchinos en Venezuela, una sola cocina colectiva situada fuera de la casa —el plano de las barracas ya no permitía cocinar en el interior—, esencialmente utilizable a la luz del día, destruyeron igualmente, de este modo, el papel de consumo en el mantenimiento de la intimidad familiar y en la organización de las actividades.

La casa de calamina no comprende en su centro un espacio-cocina, como sucede en los bohíos, donde cada mujer dispone de su fogón. En Dakuma, algunas amas de casa van a cocinar en los bohíos en ruina, pero la regla es servirse de la casa-cocina, a imagen de los conventos que tienen su cocina y su comedor. Hay pues una pequeña barraca, donde, apretujándose, se pueden calentar varias marmitas. ¡Pero para que varias marmitas! Una sola marmita, como en los conventos, en los pensionados, ¿no es mejor? Asociar a esta cocina un voladizo bajo el cual hay una mesa grande y bancos: ¡la comunión de las familias en la comida!... Este ordenamiento religioso del consumo está en cierto modo garantizado por una organización de la producción y un sistema de autoridad apropiado.

Lo que es verdad de la casa, podríamos demostrarlo del mismo modo a propósito de los vestidos o de la higiene sanitaria. En todos estos terrenos, y en un contexto amazónico, la civilización motilona tiene más para enseñarnos que lo que podemos darle. Lo que aportamos —los medicamentos—, no es ofrecido, lo más a menudo, según mi experiencia personal, sino con fines ostentadores y con poca eficacia. Más allá de los genocidios estilo Far-West, nuestra civilización es incapaz de aceptar el contacto con otras: lo que ella no mata físicamente, tiende a asimilarlo.

Aun la solución menos mala, la de la ausencia aparente de contacto que constituye la creación de reservas, es también una solución negativa, pues es más bien un enjaular y no se acompaña de ningún modo con un "diálogo" respetuoso de las culturas indígenas. Por ello los indios se refugian en el alcohol, aun en la negativa a la procreación, o se dedican entre ellos a luchas suicidas. Estos fenómenos no son ni nuevos ni aislados; corresponden, en su nivel, a procedimientos de los que todo nuestro planeta es teatro.

En nombre de su supremacía postulada, Occidente se cierra así el acceso a un capital de experiencia que puede ser técnica (así, en los ejemplos que hemos citado), pero que no es solamente eso. Otras exposiciones detalladas mostrarían el valor y la profunda sabiduría de la organización social de los Motilones. Pedir a los intereses mineros o petrolíferos de América del Sur que comprendan ello, es, sin duda, pedir demasiado. Pero si el tiempo de la comprensión demora demasiado, se habrá desperdiciado y destruido, irremediablemente, en algunas partes del mundo, una suma de experiencia y sabiduría considerables.

Acabamos de comparar brevemente el bohío tradicional y las grandes viviendas con techo de calamina, suelo de concreto, muro de bambú o de zinc, y hemos señalado el infortunio que es la substitución del primero por lo segundo.

Desde hace poco, los capuchinos ensayan implantar, en territorio motilón aldeas compuestas de pequeñas casas individuales. El padre responsable de este proyecto es un hombre de gran coraje y de una gran honestidad, se trata del padre Adolfo de Villamaña. Yo no desearía que la discrepancia que he de exponer, y que nos concierne, pueda dejar suponer una falta de estimación de orden individual con respecto a este religioso. Solo la política misionarial, y hasta cierto punto su hecho mismo, nos aleja al uno del otro.

Menos catastrófica que la gran barraca con piso de cemento y techo de calamina, la pequeña casa presenta, sin embargo, la mayoría de los inconvenientes, si la comparamos con el bohío indio.

1) La pequeñez de esta casita la hace infinitamente menos fresca que el bohío. Cocinar en su interior no puede sino acrecentar el calor reinante, y si este inconveniente es menos grave de noche que de día, en cambio la luz del fuego molestará el sueño del hombre y de los niños. La esposa cocina tradicionalmente al comenzar la noche, entre 19 h. y 21 h. —luego de un espacio de caricias, de intimidad con su marido y sus hijos— 18 a 19 h. El esposo se despierta con las primeras horas del día, y parte a cazar, a veces acompañado de su hijo mayor, en tanto que su mujer se queda todavía dormida. La pequeña casa, por sus fuegos al comienzo de la noche, sus mosquitos de la mañana, se opone a estas costumbres. Los muros son un alineamiento de bambú: los mosquitos pasan, el aire también, es verdad. El techo de hojas entretejidas del bohío es mucho más preferible.

El padre Adolfo, en Saimadoyi, es el nombre de la aldea india que él construye, no hizo cubrir con calaminas las casitas, sino que hizo emplear las grandes hojas. Pero un techo como éste, situado a 3 o 4 m. de altura, en lugar de 10 a 15, es demasiado bajo.

2) La colectividad es de 10 a 15 familias. La presencia del otro en el interior del bohío implicaba precisamente una reflexión y una organización donde este otro era el término fundamental. Una sistemática del respeto a los demás, de la discreción, era elaborada en razón de la vecindad de los demás. El indio hacía máxima tal sistemática dándose siempre como vecino a un "otro", un aliado, y no una familia, cuyo generador, el hombre, era un pariente, es decir y en términos de grupo, un ser con el cual no se puede, como sucede *consigo mismo*, casarse.

Y de los dos lados, sobre el óvalo de los apartamentos — el "corredor" de las hamacas—, cada familia se encontraba flanqueada no por "otras en sí mismas", "familias parientes", sino por "otros otros", familias, aliadas.

La preocupación por la diferencia y no por la equivalencia —siendo la regla escogida la del matrimonio—, al tener como efecto la afirmación del otro y la discreción de sí, presidía, como resultaba de esta distribución de las familias en la casa. Podemos abrigar la seguridad de que la supresión de esta casa pondrá en riesgo ese genio deseado, organizado, de la compatibilidad. Pues no es en ausencia de los demás, sino en su presencia, que el arte y el cuidado del diálogo, adonde apuntaba la especificidad de cada uno, podrán mantenerse. Una distancia y una ternura propios del indio, como una nobleza fundada en el rechazo de todo hermetismo, de toda casta, son rasgos que serán afectados por el aislamiento en pequeñas casas particulares, como lo habían sido con la distribución en barracas colectivas, a las que nada importaba la intimidad familiar.

Esta intimidad, seguramente, la pequeña casa vuelve a encontrarla: no tanto como parece y menos que el bohío. En primer lugar, y por las razones que hemos expuesto: las relaciones de discreción de las familias entre ellas son infinitamente menos sólidas y felices si proceden de cerrarse en sí más bien que de una apertura hacia el otro.

Si juzgamos de una manera "diferencial" y por referencia a los dos tipos de organización del espacio, podemos considerar que la intimidad familiar está ligada, en la casa individual, a un cerrarse en sí, en tanto que en el marco del bohío aquella procede de un respeto o de una apertura hacia el otro. Y nosotros hemos podido vivir esta observación: las relaciones de discreción de las familias entre sí son de distinto modo más evidentes, más grandes, más "naturales" (si se me perdona esta palabra idiota) en el segundo caso que en el primero.

El apartamento familiar, en el interior de la casa colectiva, es consecuencia al mismo tiempo del plano de esta casa y de la relación social.

Si hay siempre, entre las formas del habitat y la estructura sociológica, una evidente relación de dependencia, raramente se da que los "muros" del "espacio familiar" tomen su espesor en la relación inter-familiar asociada a las formas de este espacio, y no en un carácter material (un material o una distancia): el *tour de force* que realiza la civilización motilona es tanto más admirable cuanto que el número de metros cuadrados asignados (7 a 15) a cada familia, es, en el bohío pequeño.

Si, y bien entendido, la intimidad familiar es función de un aislamiento mínimo de los espacios familiares, ella debe ser deseada de una manera positiva, como una paz, y no de manera negativa, al modo de una fermentación abusiva de los elementos de la pareja sobre sí mismos y en su relación con los hijos: El primer caso, la paz, implica un elemento de apertura de esa intimidad hacia el "exterior", el segundo proviene del cierre; "ventana cerrada", y de ello resultan muy a menudo jerarquías o despotismo doméstico, sucias guerras intestinas de las que un campesinado exacerbado y mercantil, tal como se encuentra en ciertas regiones del centro de Francia, da a veces ejemplo.

La apertura motilona de la intimidad no depende solamente de la presencia inmediata, y no abusiva del otro —cada uno está totalmente en lo suyo, no pone de ningún modo el pie en lo del vecino, y no dirige hacia allí sino furtivas y rápidas miradas, consistiendo la costumbre y el talento en no verlo—, sino esencialmente de que ese Otro, o más bien esos dos Otros, las familias de las que uno está flanqueado, pongan fin a la dimensión colectiva de la esposa, para no dejar ya lugar sino a su dimensión individual, íntima, puesto que los jefes de familias vecinas son aliados del esposo, y por lo tanto parientes, hermanos reales o clasificatorios de la esposa; estamos en un sistema en el que estas dos relaciones fundan y hacen explícito el orden. Precisemos que estas relaciones son de matrimonio, (respectivamente al no matrimonio), que constituyen sub-conjuntos dinámicos y efímeros, y que sería ligereza llamarlos relaciones de parentesco, ya que la referencia genealógica no constituye más que un pequeño aspecto de su definición.

La fermentación abusiva de los elementos de la pareja sobre ellos mismos acarrea lo más a menudo una exacerbación de las características familiares o "sociológicas" en cada uno de estos elementos, y se traduce por medio de una oposición doméstica, vivida en el interior del hogar, "dimensiones" de orígenes de los esposos. Los hijos son presionados para que se alineen con un grupo, en este sistema, cada cual tratando de "thesaurizarlos" en su beneficio, es decir en beneficio de su "linaje" de referencia.

Aprisionar a un hombre y a una mujer en una pequeña vivienda, un lugar en el que falta la "comunicación" con el exterior, es exponerse a esas guerras domésticas, guerras sordas, y hace probable toda clase de atentados contra la honradez, vividos entonces como una aereación; es atentar contra la paz, la ternura familiar, de las que los Motilones ofrecían ejemplo. Nuestra civilización se halla tan fuertemente marcada por la intimidad de la guerra, esas alianzas en las que no acaba el entredevorarse, que muchas personas no podrán salir de ellas, cualesquiera que sean las soluciones ofrecidas. Y, recíprocamente, la pequeña casa familiar no determinará inmediatamente la cizaña entre los esposos indios, así como no desaparecerán por ello la extrema solicitud de los adultos para con los niños, el clima de reciprocidad entre las clases de edades. Pero poco a poco, en algunas decenas de años, veremos el egoísmo substituir al respeto de la independencia de los demás, y manifestarse el gusto por la libertad, los viajes, el semi-nomadismo, en el marco de un sedentarismo forzado, manifestarse a través de la indiferencia por el vecino, y la soledad de las actividades de producción —cacería y trabajos agrícolas— ofrecer el sentido de una propiedad "fijada", inscrita en parcelas de tierra.

En suma, la cualidad bari de la intimidad familiar, fundada no en los muros, gruesos y perniciosos, sino en la apertura de las familias entre sí, y su complementario, el respeto, la discreción, esta cualidad se opone a la fermentación odiosa, pues resulta del poner en presencia a los individuos, y no a los grupos, las familias, puesto que las familias están allí, en el bohío colectivo donde se arregla el problema de sus relaciones.

Ese "hogar" es verdaderamente el sitio de la pareja no solamente en su dimensión amorosa sino también en su dinamismo, sus hijos, ya que éstos no tienden de ningún modo a ser anexados por su padre o su madre, en este abuso acostumbrado entre los blancos y función de los linajes, pues los dos linajes, el paterno y el materno, rodean a la pareja: no solamente en un momento dado, en la casa, sino en toda casa, pues ésta es una unidad no fijada, sino regularmente reconstruida, nueva; de una parte, y que de la otra la sociedad en su conjunto se distribuye, para un individuo dado, en dos partes, la de los aliados —los maternos— y los parientes, los paternos (2). Los dos argumentos por los que hemos preferido la intimidad

(2) Simplifico aquí: ver *Journal des Americanistes*, 1966.

familiar asociada al bohío, en lugar de la casita, se refuerzan recíprocamente y son de orden "relacional" más que material.

Pueden señalarse igualmente argumentos a la vez materiales y relacionales.

La luz y el calor, más fuertes en la pequeña vivienda, atentarán contra la calidad de la vida familiar.

La supresión de esos relatos, hechos por uno u otro, en la mañana y, más a menudo, al alba, en torno al fuego, en el espacio central, de las cocinas, relatos que todo el mundo escuchaba desde su rincón, y gracias a los cuales se perpetuaban un calor, una inteligencia de las tradiciones comunes, la desaparición bajo esta forma de esos lazos establecidos por las palabras, es una pérdida por la cual se resentirán la felicidad del grupo, y, por ello, la de la pareja. La misa, que podrá ser celebrada por Adolfo de Villamanán en el "bohío-templo", no podría compararse a esos relatos del alba. No los reemplazará. Del mismo modo, corren peligro de desaparecer esos cantos cuya calidad iguala a veces la del Gregoriano, y que los Motilones dirigen durante varias noches seguidas a los animales objeto de la caza durante el año, en enero-febrero. Esos cantos, "tsiba tso okwanina" tienen una medida cósmica, pues parecen ser una alianza entre el hombre y los animales, pero con fines alimentarios, de cacería y no de apareamiento, y la complementariedad, que parecería negativa para un plazo, no se hace posible sino por la amplitud de esta medida, la cosmicidad cuya impresión procuran esos cantos. Uno se equivocaría si se hablara de encantamiento o de plegaria, apesar de esos aires salmódicos, pues "tsiba tso okwanina" requiere la presencia de extranjeros en el bohío. Hay indios que vienen, y se les espera. Vinieron una treintena en enero de 1969, desde el alto Iki hasta el bajo Iki. Unos quince días después de su llegada, 7 u 8 extranjeros tomaron lugar en las hamacas de 7 u 8 de sus huéspedes.

El hombre del bajo Iki o el del alto Iki se hallaban, en cada una de esas hamacas, sentados unos junto a otros pero dándose las espaldas. Balanceaban fuertemente la hamaca y cantaban cada uno separadamente, a veces uno después de otro, de una misma hamaca, con más frecuencia de una hamaca a otra, y el canto se desplazaba así por todo el bohío. Estas sesiones principiaban hacia las 7 u 8 h. del comienzo de la noche, duraban a lo largo de toda ella, se detenían al amanecer, volvían a la caída de la noche, así durante 3 o 4 noches seguidas.

Desde luego que la calidad de los cantores era desigual; conservamos el recuerdo —solamente el recuerdo, pues nuestra grabadora se había descompuesto por entonces— de Itobri y de un joven del alto Iki, sus improvisaciones y sus voces, a veces mezcladas con otras, pero con más frecuencia dejadas en solo, causaban la admiración de todos; fina, discretamente, algunos indios se aseguraban a continuación si habíamos percibido su calidad.

El fin de las actividades de la cacería, la desaparición del bohío, el cambio del orden político que sustentaba, justificaba, implicaba esas visitas cantadas entre los grupos, en suma, la simple sedentarización de los indios, la substitución de la caza por la crianza de ganado, y la reubicación en pequeñas casas, tendrán sin duda, sobre la creación musical, repercusiones sin duda ingratas, y no veremos elaborarse, de un día para otro, un nuevo patrimonio artístico de la amplitud del precedente.

El proceso de destrucción cultural no consiste, en modo alguno, solamente en la pérdida de las funciones tradicionales en beneficio de las nuevas, sino en lo absurdo de esta pérdida, es decir en la vanidad, en lo ridículo, en lo mediocre de estas nuevas funciones: pues, precisamente, éstas constituyen un atentado contra la libertad y el vigor del indio, al que privan de sí mismo y reducen al querer, a la decisión y a la reflexión del mundo blanco. Este mundo cuyo mal de sí mismo y la persecución de su propia conquista constituye la clave de bóveda de sus "estructuras". Condicionan sus propios desgarramientos y su desprecio de los demás. Nuestra civilización se hace huyéndose a sí misma y esta huida más allá es, en su drama, con menos frecuencia un descubrimiento que una conquista abusiva, un "colonialismo". Tal como viajeros preocupados por solo sus bagajes y por aplastar las regiones y las civilizaciones que encontramos, huimos de nosotros mismos desprovistos de ligereza, con lo ojos crispados, abrumados con una carga con la que agobiamos a los demás, y nos destruimos en el camino.

Sin duda la aventura espacial, a la que llamamos, ay, una conquista, debería ser el pasaje más allá del campo de nuestras propias contradicciones, más allá de esta tierra donde no supimos (no fuimos los únicos) situarnos sin negar a nuestros vecinos; no estamos ya, con ello, de ningún modo, en la era de la relatividad cultural.

BIBLIOGRAFIA: no existe todavía ninguna obra de conjunto consagrada al Etnocidio. Para una documentación inicial, el lector puede consultar, por ejemplo, los **Cinco estudios de etnología** de Michel Leiris (Gonthier-Denóel, 1968), y **Los Incas** de Alfred Métraux (Seuil, 1962). El libro reciente de Alain Gheerbrandt, **La iglesia rebelde de América Latina** (Seuil), proporciona igualmente materiales significativos.

Carlos E. Zavaleta

JUANA LA CAMPA TE VENGERA

(Primer premio del Concurso Nacional de Cuentos
de VISION DEL PERU)

Este mi último amo, sentado frente a mí que me mantengo en pie para no sentir de cerca la casa limpia y moderna, llena de ventanales y libros por todas partes, me repite que él no es como mis amos anteriores y que olvide el largo camino del pasado (no menciona a quienes maté o estuve a punto de matar, sin duda por delicadeza), pues está seguro de que por ser jóvenes nos hemos llevado más o menos bien, siempre que yo haya cumplido con mis obligaciones de cocinera y lavandera. Es la cuarta o quinta vez que me reprende por contestarle mal a su mujer tan hermosa que me asombra cuando la veo.

Mientras inclino la cabeza me está diciendo quién soy, cómo salí de Oxapampa hasta la cocina de mi primera ama ya difunta, inclusive cómo me sentía al dejar el monte y subir a la casa con ruedas y ronquidos que solo después supe llamar camión. Me cuenta hasta cómo, sin saberlo, yo estaba resentida de que mis padres me hubieran vendido por un corte de tocuyo de veinte soles, punto donde empezaron mis problemas. Lo dejó hablar: debe ser cierto lo que dice un maestro de colegio de Media como él. Después de todo soy apenas una campá sin edad exacta aunque joven, sin padres que recuerde, sin una partida de bautismo o nacimiento, sin nadie más en el pueblo con mi forma de cabeza, cara y piernas. Dice que ha investigado muy bien toda mi vida antes de recibirme en su casa y enseñarme a leer y escribir tan bien como cualquier señorita. Y sigue y sigue hablando: que lo haga si cree que con ello va a cambiarme.

Pagaron por ti un corte de tocuyo de veinte soles en el mercado de Oxapampa, dice; a tu lado se vendían plátanos para hacer el pan, toda clase de yuca y tapioca, frutas como piñas y paltas mejores que las que llevan a Lima y unos monos chicos para comer —son ricos ¿verdad?—, especialmente la cabeza que se la chupa durante horas. Tú eras algo así como otro monito gritón y miedoso, escondido entre los andrajos de tu madre. Claro que ella no te ofrecía a voces ni mencionaba tu precio, pero los hombres de La Merced o San Ramón ya sabían cómo buscarla y cerrar el trato con ella. Les pidió dos cortes de tocuyo o seis tarros de anilina alemana, o una lampa nueva, o dos machetes filudos y de buen tamaño así fueran usados. Pero dos de esos mercachifles que metían las botas en el barro le dijeron un corte de tocuyo o nada; y comenzaron a alejarse para que tu madre te cargara y los siguiera, rogándoles que te compraran de una vez.

No te diste cuenta, claro. En un abrir y cerrar de ojos ya estabas arriba en el camión, sentadita en la plataforma y mirando al cholito de diez años que se había interpuesto entre los cerdos y tú, para que no te comieran. Quizá gritaste mucho viendo que tu madre te abandonaba, pero eso pasaría pronto o jamás, como todo en el mundo. Con el camión en movimiento la tierra dio por primera vez vueltas para ti y el monte fue como un solo árbol, cortado por la cicatriz del camino sobre el que ya se precipitaban las ramas con sus bocas abiertas, para devorarlo en cuestión de días. El cholito no entendió lo que pudiste balbucir y tú creíste por largo rato que los cerdos, nuevos para ti, conspiraban en su propio lenguaje; subiendo entre muchas vueltas, terminaste por gruñir

como ellos y vomitar un embarrado de plátano y yuca que acabó por hacer fruncir la cara del chico que se alejó de ti. Cada vez que el vómito te exprimía a más no poder, haciendo crecer tu cabeza, el camión se paraba finalmente, uno de los hombres abría la plataforma y los dos con el chico bajaban a un cerdo gritón y lo vendían en una puerta, no por un corte de tocuyo sino por plata o billetes. Y otra vez la marcha, el vómito, el latido salvaje dentro o fuera de la cabeza, y de nuevo un cerdo menos que gruñía y pataleaba en forma increíble. Luego te quedaste sola en la plataforma porque hasta el chico fue vendido en una puerta (lo imaginaste falsamente así, ya que sólo había vuelto a su casa después de trabajar). El camión entró por un camino largo lleno de gente y puertas, gente y puertas. En vez de chozas había unos grandes bultos techados, y por todas partes animales con ruedas como éste, o más pequeños, moviéndose y produciéndote dolor en los ojos y el estómago. Así conociste La Merced.

En la plaza te dejaron como en una jaula para que los curiosos te miraran, sentadita en la plataforma, envuelta en la manta rota —lo único que te dejó tu madre—, y sin poder hablar, primero porque apenas estabas aprendiendo cuando empezó este viaje y luego porque la boca de los curiosos era indescifrable. Hasta que tus dueños los apartaron, subieron adelante, se movió el gran animal con ruedas y allá siguieron bajo el sol de la tarde, por tierras que ya se veían un poco entre los árboles. Era San Ramón, donde una banda de viejos y viejas se paseaba por la plaza y te descubrió en el camión, hasta que una pareja de ellos pagó el precio y te llevó a su cocina cuadrada y pequeñita, con el suelo lleno de hormigas y cruzado por los innumerables viajes de cuyes y conejos; te sentaste quieta, como una gallina enferma, mirando el fogón de donde sabías que tarde o temprano vendría la comida.

Después, cuando dijeron que mataste a la vieja, algunos te preguntaron por qué la escogiste a ella y no a tu amo. Es fácil de explicar: la vieja te insultó desde el primer día, molesta porque no entendías sus órdenes ni su pobre y desesperada mímica. Cuando abrió el pesebre escaso en cerdos, sin duda a fin de enseñarte a darles de comer el sango, te fuiste derecho a dormir a ese lado; pero ella, con dos tirones de pelos, te volvió a la cocina para que los cuyes y conejos te enredaran las piernas con sus chillidos y vocecitas. Así comenzaron la muerte de la vieja, sus gritos señalándote el nombre de las cosas mientras ella cogía las cosas mismas en alto, metiéndotelas por los ojos; sus empujones en una dirección para que fueras en esa dirección; sus miradas sobre las ollas a fin de que aprendieras cómo hacía los potajes; los golpes sobre ti y aun sobre la escoba de ramas, si barrías mal; y los extraños modos de conectar ese demonio llamado plancha, que a veces podía servir para jugar con la ropa y a veces para quemarla espléndidamente, haciéndole huecos en forma de plancha, y los huecos tan profundos que podían irse hasta el suelo, a través de la ropa y la mesa.

Al principio la vieja fue una simple voz capaz de meterse como un gusano en las orejas; con el tiempo solo importó su mirada compuesta de muchas cosas, los dientes tercos y llameantes, los ojos huecos, con otros ojos

adentro, su cuerpo deforme, barrigón y jibado, una maldición que te miraba de arriba abajo, día y noche. Y todo mezclado con los nombres raros que le ponía a las cosas y las órdenes absurdas de ir allá cuando te había mandado acá, de cocinar esto cuando te había ordenado quemar lo otro. La complaciste pero quizá de modo extraño: quemaste una parte de la cocina, no toda; aderezaste un animal indebido. Su cara se encendió más que el fogón y te vino a quemar, dale que dale, con un leño de bajo la bicharra, y cuando caíste y te aovillaste en el suelo (el mismo bulto que formaste al llegar, una manchita miserable en la cocina), llamó al viejo de su marido y te señaló echando espuma por la boca, hasta que el hombre se animó a probarte con los pies, y como estabas dura, pues te metió los zapatos en la barriga y las piernas. Esa fue la primera gran paliza, a mediados de 1945. Te quedó la lección si bien ella no lo soñara. Aprendiste el nombre de las cosas, una gran parte de lo que no debía hacerse, las costumbres del lavado en la acequia del pesebre, de ensuciarte junto a las matas de chincho para el ají, de comer metiendo las manos en las ollas y consumirte de sueño frente al fogón, pero de pie y sin doblar las rodillas.

Crecías y abultabas más cada semana, aunque sólo supiste quién eras un domingo que la vieja se tardó en la calle y creíste entrar en su dormitorio, pero te metiste un buen trecho, casi un viaje, dentro del enorme espejo de su ropero: tenías la cabeza en forma de canoa, tus mejillas conservaban las líneas azules del tatuaje, tus dientes enfermos se movían, tus pelos eran casi una cortina estilo Cleopatra: seguiste mirando esa cara lineal como un cuchillo, los largos brazos de mono alegre, las piernas arqueadas buscando mantener el equilibrio con aquellos zapatones de soldado que te habían puesto. Tu traje era de ella, acortado y zurcido, y te veías menos como algo nuevo que como algo robado, examinando todavía con cara de chuncha, aunque sin asombro, los trajes y sombreritos de la vieja llamándote al otro lado del espejo. . . Entre esos dos puntos, la cocina y el espejo del dormitorio, empezaste a contar los días mediante una sensación que te alargaba el cuerpo como si fueras un río, pues ignorabas aún los números así como tampoco sabías ver el reloj, ese aparatito brujo que estando lejos de la cocina tenía que ver con las ollas y con los puños de la vieja que te entraban por las costillas. Hasta que una mañana la cocina se te escapó corriendo y ya no pudiste volverla a su sitio. Se movió y te engañaba por todas partes. Creíste haber parado la olla de agua con agua, pero estaba seca y se partió sobre la candela en momentos de entrar la vieja; después le llegó el turno a la leche, otra agua que sin duda se había metido en la olla con su burra o vaca entera, pues se hinchó hasta arrojar la tapa, chasna y chasna, en una fiebre copiada de la vieja, quien ya había empezado a darte duro.

¡Bruta, animal, idiota!, rugió el preguntar qué tenías en la tercera olla. No supiste el nombre pero la abriste: de la carne de varios días que habías guardado a fin de que no se escapara, brotaron unos gusanos lindos, blancos y rollizos, incapaces de molestar a nadie y mucho más tranquilos que los cuyes de la cocina. La vieja dio un nuevo grito y te arrojó a la cara esos gusanos indefensos cuyos gemidos de dolor creíste oír. Y la carne estaba ahora por el suelo, con lo valiosa que era siempre para ti, y entonces hubo que darle su merecido con lo primero que hallaras, el cuchillo del tamaño de tu brazo manejado solo para seguir el movimiento de la vieja, la invitación al cuchillo para unirlos a ambos como querían, junto a la paletilla, dos veces, nada más, porque el viejo, con la misma brujería del reloj, estando lejos descubrió la escena y llegó a tiempo o destiempo, imposible decirlo.

Fue la primera patrona que maté, digo, hablando bien como por un milagro, quince años después de haber llegado sin saber una jota de castellano.

No la mataste realmente, *la heriste*, dice él. La mató su marido con su deso de no curarla, hasta que la vieja reventó por la hemorragia del pulmón agujereado, pues el hombre ni siquiera pensó en llamar a un médico.

Estaba enamorado de una señorita joven y linda, digo.

Sí, sí, claro, y por eso divulgó la noticia de que su mujer estaba enferma de neumonía, para decir unos días después que había muerto, y todavía la veló en ese pueblo donde no se necesita un certificado de defunción para enterrar a nadie. En verdad, le hiciste un gran favor y así el viejo pudo mudarse aquí a Tarma a empezar su nueva vida con la otra mujer.

Y en el velorio estuvo esa señorita, agregó yo, pero ya él lo sabía.

La que fue después tu ama, dice.

Tan bonita y buena al comienzo, que no pude soñar cómo cambiarían las cosas, señor. Se lo juro.

Tenía sus planes y por eso empezó a congraciarse contigo: te pasó con cariño la mano por los pelos y cada domingo te llevó primero a misa y luego al mercado, a través de calles colmadas de tiendas, las tiendas colmadas de telas, las telas colmadas de colores, los colores colmados de ojos que te seguían en la marcha, y tú llevando difícilmente las canastas por en medio de los transeúntes, incapaz de igualar el paso elegante y firme de tu joven ama, a quien todos miraban, especialmente los hombres. Aquellos ojos, después de pasar ella, continuaban observando algo suyo y de pronto te envolvían como si también tú fueras algo digno de admiración, cólera o envidia, mientras oías frases claras y fáciles de decir, si bien no las comprendías aún.

Mameta, mameta, la llamabas, todavía sin pronunciar bien como ahora: ¿qui cosa is puta? ¿Algo bonito como pan o azúcar?

¡Calla, cochina!, gritaba ella. ¿Quién te enseñó a decir eso?

Esos mochachos, pasando ti luan decfu.

¿A mí? se sorprendía al comienzo, pero después largaba a reírse.

A ver, a ver ¿qué has oído que me decían esta vez?, preguntaba.

Cololendo.

Soltaba la risa y pedía: A ver, dilo de nuevo.

Cololendo.

Culo lindo, pronunciaba ella despacio, al fruncir los labios como para un beso. Culo lindo: vamos, repite.

Cololendo.

Se apretaba el estómago de la risa y así fue tomándote confianza, recortándote ella misma tu negrísimo pelo estilo Cleopatra, haciéndote cosquillas, regalándote sus trajes usados, sus zapatos de tacón alto adonde subirse era una proeza, o llevándote a una casa que se llamaba cine y donde había un laberinto de sombras, un hombre que venía hacia ti con una vela encendida por un pasadizo interminable, y detrás, en puntillas, lo seguía un monstruo con los colmillos afuera, babeando porque ya iba a comérselo, y a tu lado tú, patrona y un hombre gritaban cogidos de la mano, y todos los niños del lugar movían sus sillas chillando menos que tú: al caerse la vela, el monstruo apretó las manos sobre el cuello de todos y la gritería fue tal que debiste cerrar los ojos decidida a no abrirlos, hasta que al fondo surgió la belleza de un río con sus orillas tejidas de árboles, y te quedaste atónita, sintiendo que eso eras tú, que de ahí venías pero ya era imposible volver, y seguiste mirando con fuerza en los ojos, dispuesta a volar y meterte ahí, aunque el río se fue y te quedaste con sed, mirando a todos lados, sin comprender que tu ama en la oscuridad estaba comiéndose la boca de ese hombre y que se abrazaban hasta hacer crujir las sillas. Esa casa se llamó para ti La vela o El río, y varias veces volviste con tu ama y el hombre desconocido pero jamás viste de nuevo caer la vela, ni la mano apretando todos los cuellos, ni el río o sus árboles que

habían muerto para siempre, dejándote sola. Era un absurdo que la casa llamada El río no tuviera adentro el río.

Una noche, después de lavar las ollas y ensartar el trozo de carne en el alambre que colgaba del techo, te pusiste a tender en el suelo tu cama de pellejos donde no tardarías en morir hasta resucitar mañana bien temprano. Empezaste a cantar, no sabías qué, una larga canción que te obligaba a repetir los sonidos y volver sobre ellos varias veces, en forma infinita, quizá algo que duraría horas y días. De pronto se abrió la puerta y entró algo así como el monstruo que perseguía a la vela encendida; cogiste el hacha de partir la carne y sin duda diste un grito. Tu viejo amo estaba ahí con el lamparín de kerosene y finalmente te arrolló y te dejó sin hacha, cogiéndote de los pelos:

¿Dónde está mi mujer? ¡Tú lo sabes! ¿Con quién va al cine?

Al salir ya te había arrojado al suelo, metiéndote los pies en el estómago; te había hecho arder la cara y un brazo con tanta fuerza que te quitó el sueño hasta la medianoche, cuando oíste llegar a la señora y nació otro rumor salvaje de gritos y golpes allá en el dormitorio. Sonriendo, casi feliz, te dispusiste a dormir.

A la mañana siguiente le tocó a ella entrar en la cocina, transformando su cara preciosa por la tunda del viejo: *¡Tú se lo contaste! ¡Fuiste tú, campá del demonio!*, chilló y se te fue encima. Por un momento pensaste en volver a empuñar el hacha, pero luego conreíste de la poca fuerza de sus manos y allá cerraste la puerta para castigarla firmemente, de arriba abajo, de atrás adelante, en medio de tantos pelos y ropas, tumbándola sobre tu cama de pellejos mientras lloraba como una guagua. Sabías que el viejo había salido y así nadie podía robarte esa satisfacción. Te olvidaste, claro está; de los vecinos que oímos sus voces de auxilio y rebuscamos toda la casa, para dar finalmente contigo que te reías fingiendo molerla a golpes y ella que gritaba de susto y nada más. Esa vez te conocí de cerca, aunque te arranqué de tu presa. Te había visto desde el día de tu llegada y siempre te observaba con curiosidad, no lo niego...

¿Por mi cabeza en forma de canoa, mis tatuajes o mis piernas torcidas?

No lo niego, porque eres campá y nada más, sin pensar en hacerte daño, créeme. Te miraba cuando salías a comprar el pan, recibir la leche en tu olla, o cuando acompañabas a tu patrona a misa o al mercado. Esa vez te di de tomar bromuros sin que te dieras cuenta y así te calmaste y me quedé en la cocina a conversar contigo. Los demás vecinos se fueron con el cuento de que eras una salvaje y que, si estuviste a punto de matar a tu segunda ama, con toda seguridad que mataste a la primera.

Sí, sí, me acuerdo, señor, pero usted me preguntaba tantas cosas y yo tenía que cocinar.

Te vi hacer tan bien el locro de zapallo y sobre todo el arroz, lo más difícil para una cocinera, además de limpiar y barrer la casa de punta a cabo, que desde ahí me dio la idea de tenerte en mi casa.

Se lo agradezco porque me defendió de los guardias, pero no he de quedarme aquí todo el tiempo.

Tampoco he pensado en eso. Ya te irás de Tarma y quizá a Lima, donde a lo mejor estudias para secretaria o te pones a trabajar en una tienda.

Para los pobres como yo no hay esperanza, señor. No me haga crear ilusiones.

Y tú no me hagas pensar que eres tonta. ¿Por qué no te escapaste esa misma mañana de la trifulca? Otra muchacha hubiera pensado que el viejo volvería de la calle con ganas de meterte en la cárcel, cosa que todos los vecinos daban por un hecho. Habría sido algo normal ¿verdad? ¿Por qué no te escapaste sin esperar su vuelta?

Yo sonrío y me callo, desviando los ojos.

¿No ves? ¿Te burlas? Te diré yo por qué: el viejo no iba a hacerte nada por miedo a que contaras la historia de la muerte de su primera mujer; y además, iba a premiarte por haberle dado una paliza a esta su segunda mujer que lo engañaba con el hombre del cine. Así, no te pasó nada, y desde entonces (yo lo miraba todo por las ventanas de mi casa) te paseabas muy triunfante y ondata por el patio, pasando el tiempo en peinarte y sacarte las liendres y en hacer primero *tus* cosas. El viejo debió tomar otra muchacha para la cocina y tú solamente lavarías la ropa, cantando en la acequia junto al pesebre. Fue ahí donde asustaste a unas señora Bolaños ¿no?

Suelto la risa, tapándome la boca sin muchos dientes. El lo sabe todo y se ríe conmigo, estirándose en su asiento.

No vi la escena pero me la imagino, dice él. Tú y tu amiga india, sirvienta de la señora Bolaños, estaban felices cantando y lavando la ropa de sus respectivas patronas, cuando la señora Bolaños, esa flaca que parece un hueso para perros —¡Cómo te ríes! ¿no?— llega a la acequia y empieza a regañar a la muchacha porque se demora demasiado, porque dejó cortarse la leche del día anterior, porque se agarró dos panes en vez de uno... Entonces, como una gran concesión, le da un segundo para responder; pero con el susto a la india se le traba la lengua y solo levanta los brazos, protegiéndose de los golpes que todavía no le llegan. *Tienes la conciencia sucia y por eso tiemblas*, dice ella. *¡Contéstame!*, si bien la otra con los nervios ya se olvidó de qué se trata y vuelve a protegerse la cara. *Te frunces así para que digan que te pego ¿no?*, grita ella y empieza a tirar de sus largas trenzas cuando tú le das un empujón y todas se quedan frías, clavadas en el sitio. *Si le toca usted de nuevo un pelo a esta muchacha, yo la mato*, le dices tranquilamente. *O sea que mejor márchese volando*. Y te vuelves a la india para calmarla: *No te asustes, Juana la Campa te vengará*. Sin salir de su asombro, la señora Bolaños retrocede y grita: *¿Y quién eres tú para defenderla? ¡Campá salvaje! ¡Con razón matas a tus patronas! ¡Campá salvaje!*, pero ya lo dice saltando la pirca del pesebre y corriendo por la calle principal del pueblo, perseguida por ti.

Ya no me río: con los puños cerrados me veo persiguiendo en vano a esa vieja tan veloz, y yo también trato de huir de los guardias y de este mi nuevo amo que corren desesperados tras de mí.

Menos mal que no nos pasó nada aquel día ¿verdad, Juana?, me dice él. Pero te juro que para mí lo peor fue por la noche, cuando ya había creído que todos en el barrio dormiríamos en paz. Oí unos golpes raros en el suelo de tu casa (todo se oye de una pared a otra en las casas de Tarma) y después no solamente unos gritos de tu ama sino gritos tuyos, cosa muy extraña, pues siempre he pensado que tú eres más valiente y aguantas el dolor más que cualquier hombre. Me vestí y corrí como un loco. Sabiendo que no iban a abrirme el portón, subí a oscuras por el lado del pesebre y entré igualito que un ladrón. En la cocina no estaba ni tampoco en la sala; entonces empujé de un puntapié la puerta del dormitorio y te vi ¿recuerdas? con las manos cubriendo tus ojos, espantada de los hachazos que tu ama joven y bonita, pero convertida en un monstruo, le daba al viejo en la cama, al viejo que ya estaba muerto y que ella seguía despedazando entre horribles manchas de sangre que también provocaron mis gritos. Y luego te entregó el hacha y pedía a voces: *¡Dale tú también! ¡Te pagaré, Juana! ¡Dale tú también!*

Suerte que usted vino y vio la verdad, digo, con el vientre temblando por el recuerdo; el pueblo entero iba a lincharme cuando ella dijo que yo lo había matado. Ya era una costumbre decir que todo lo malo hacía yo, Juana la Campa.

Parece mentira que hayan pasado diez años de eso, que tú ya tengas más de veinte, y que yo siga enseñando en el colegio, ya casado y con un hijo. Estamos viejos ¿no, Juana?

Yo sí y hasta sin dientes, digo, pero usted nunca, señor. Por usted no pasan los años; se le ve menor que yo.

Ya te mandaré componer esos dientes podridos desde tu niñez, dice él, si tú me haces un servicio. Mira que te he ayudado mucho y te he enseñado a hablar, escribir y leer como a una señorita.

¿Cuál servicio, don?

Sé que hace tiempo quieres marcharte de mi casa aunque tal vez no te atrevas a decirlo. Tal vez esperes que arregle la cuestión de tus papeles para tener un apellido y escaparte a Lima el rato menos pensado ¿no es así?

Guardo silencio y evito mirarlo, al pasar la lengua por mis contados dientes que interrumpen mis encías duras como callos; y me obligo a no pensar, pues si lo hago estoy segura que él se meterá en mi cabeza y lo descubrirá todo.

No te reprocho si deseas irte; pero yo debo viajar con urgencia a Lima por asuntos de mi trabajo y no voy a dejar solos a mi mujer y mi hijo, sin nadie que les cocine, lave y planche. Solamente dos meses, Juana; después vuelvo, arreglo tus papeles y te vas a donde te da la gana. ¿Qué dices?

Mejor que no se vaya, don; se lo ruego.

Es que debo ir de todos modos.

Mejor no se vaya.

Tengo que hacerlo.

Si es así está bien, señor.

Se queda asombrado de la facilidad con que respondo y me mira muchas veces, pero finalmente se calla, me da la mano diciendo que hemos sellado un compromiso y me deja ir después de tenerme una hora en pie en su escritorio lleno de ventanales y libros.

Estoy rendida al volver a la cocina pero aún debo lavar las ollas con el poco Ace que me da su mujer, secar los platos y cubiertos uno a uno, quitar la ropa de los cordeles del patio para que no se la roben de noche, echarle harta agua al filtro de piedra. Casi me muevo dormida para poner la mesa con las tazas del desayuno de mañana. Trato de abrir bien los ojos cuando devuelvo a su sitio los delicados biberones del chiquito, que he roto muchos y ya no deseo tener más líos con su madre. Casi llego gateando a mi cama en el suelo: tengo más de veinte años, como él dice, y ya hablo y escribo como una señorita, pero mi cama sigue siendo de inmundos pellejos llenos de pulgas, hormigas, arañas y todos los bichos juntos. Me quito el traje regalado por su mujer y pretendo dormir con el discurso del señor en mis oídos, con el servicio que debo hacerle. Dos meses sin él, y yo sola frente a su mujer tan hermosa y limpia, blanca igual que una sábana, sus cabellos negros como la noche, su sonrisa tan feliz cuando lo mira a él y sus dientes tan fieros cuando me descubren y odian, mientras sus ojos me queman la piel. Y a cada rato empujándome con sus dedos que parecen delicados, pero que hieren y rasgan. ¡Cuántas veces le habré oído conversar con sus amigas y reírse de mi cabeza, de mis colmillos de Drácula (así los llama ella), de mis torci-

das piernas de enana! *La soporto porque mi marido la está estudiando, dice; solo por eso. Le estudia para escribir una tesis sobre la conducta de los campos. Por mi la botaría mañana mismo y me buscaría una menos salveje y más limpia.* Y sus amigas rien, sin preguntar, eso no, si alguna vez me han pagado un sueldo que no sea un traje viejo o una propina que me da justo para la cazuela del cine, ahí donde solo suben hombres.

Debo dormir pero también debo levantarme y resolver esto cuanto antes. No hay tiempo para caerse de sueño. Debo volver a vestirme, esta vez en completo silencio pues mi amo sabe todo lo que sucede en casa, día y noche. A él no puede engañársele. Vestirme en silencio, recoger mi atadito de ropa que durante años me ha esperado ahí, bajo el fogón, y escaparme con los viejos zapatos (también regalados) en la mano a fin de no quedarme a solas con su mujer.

Me falta muy poco: apenas cruzar mitad del patio, quitar el pestillo, abrir y juntar el portón, y echarme a correr hasta el mercado donde siempre hay camiones para Lima. Pero ¿no ve? ya él se dio cuenta. Ha encendido la luz de su dormitorio y grita: *¿Eres tú, Juana?* Sigo mi camino confiada en que todavía tardará en vestirse, aunque sólo he llegado al Club Social "Tarma" cuando ya lo veo corriendo en zapatillas y bata.

Me da pena no sólo porque va a resfriarse con lo delicadito que es, sino porque se cree inteligente pero quizá ignora lo que ha de suceder si me da el alcance. Sigo corriendo lo más que puedo, segura de vencerlo en toda línea, robusta como soy, pero mi patrón es tan inteligente y decidido que hace un gran esfuerzo y ya me pisa los talones.

Un trecho más adelante está la plaza llena de gente, paseando como en las retretas de los domingos. Hasta la medianoche se divierten aquellos ociosos. Es ahí cuando llama a sus amigos, hombres y mujeres, para formarse un cerco, me da el primer manotón y grita:

¡Atájenla! ¡Que no se vaya! ¡Yo la he comprado y no puede irse sin mi autorización!

Entonces lo miro fijamente, sintiendo que las palabras están de su parte y no me defenderán, y sé que ambos vemos a su mujer muerta en mi cocina y que esta próxima vez no habrá salvación.

Por favor, déjeme ir, le pido.

¡De ninguna manera!, dice él.

Se lo ruego, señor...

¡Nada, nada!

Y otra vez sé que él y yo vemos a su mujer muerta a mis pies sin que él me defienda ante los guardias.

¿Por qué no la mata usted solo y me deja en paz? digo en voz baja.

No sé de qué hablas, mujer.

Entonces grito:

¿Por qué no la mata solo y me deja en paz?

¡Calla, animal!, grita a su vez, incitando de nuevo a sus amigos: ¡Vamos, agárrenla entre todos!

Cuidado que me muerdas, campa, avanza hacia mí el primero de ellos, cerrando el cerco.

Juan Morillo Ganoza

PEDRO Y PILANCO

A Santiago Aguilar

Pedro apretó bien los talones y dijo: conmigo no has de poder, pero Pilanco pudo y mi padre tuvo que correr al dormitorio de donde volvió mordiendo un corcho y con algo entre las manos: déjenme el pase libre, dijo con el corcho aún entre los dientes, y sacó con seguridad la culebrita de la botella de alcohol y la amarró bajo una venda a la canilla de Pedro. Lázaro no había visto la caída —“me voy, no quiero ver muertos”, había dicho al salir por el portón, como queriendo convencer a Pedro del gran riesgo que corría en esa empresa que a él, Lázaro, con prestigio familiar de buen jinete, le había sido adversa— pero ahora al regresar y ver a Pedro contra el muro del jardín y con la pierna vendada, cerró despacio el portón y avanzó por el patio, victorioso, caminando despacio como quien no quiere y cogiendo con seguridad su brazo baldado, todo él en medio de un resplandor de superioridad: “no decía, no decía”, dijo, como reclamando la fama perdida dos días antes con el golpe rotundo que le dio el insignificante caballito que ahora, luego de arrojar a Pedro contra el suelo, olisqueaba indiferente algunos restos de pasto seco. “Con ustedes puede hasta el burrito del Señor de Ramos”, dijo mi padre riéndose, “no es fácil”, replicó Lázaro mirando a Pedro como alegrándose de que, a partir de entonces, ya no estaría solo frente a las burlas de nosotros, los dueños de Pilanco.

Esto sucedió a las tres semanas del terremoto: mi madre miraba aún con ojos llorosos y fijos, tal vez de tanta alegría, el rostro de mi padre.

“Un caballo bayo, arrastrando las riendas y sin jinete vaga entre los derrumbes del otro lado del Marañón” (en aquellos días el rumor de la gente era peor que los temblores) y mi padre había salido de viaje en el caballo bayo y nosotros lo esperábamos el día antes de que sucediera el terremoto. Una semana después mi padre no volvía y entonces tuvimos que llorar. Pedro y Lázaro eran los únicos mayores en la casa que no lloraban pero que decían va a volver papá, con un tono que era peor que el llanto. Papá decían por cariño y por costumbre. Niños habían llegado ellos a la casa y se habían criado allí y ahora decían va a volver papá como pidiendo calma y resignación en medio de la gente que hasta cuando callaba decía se acaba el mundo y la verdad es que no había forma de dudar con tanta polvareda blanca que oscurecía al pueblo igual que neblina y que venía de los derrumbes lejanos, y peor aún con los rumores y las sacudidas que daba la tierra a cada rato. Y eran los rumores de la gente los peores, el valle del Marañón es un infierno, un solo hueco, una sepultura de árboles y gente, y el puente de Santocristo como balsita se perdió en las aguas, y el camino que sube a Quiches pura laja, y entonces en tropel iba la gente, íbamos al alto del Calvario solo para poner un ratito los ojos y luego quitarlos de las distancias aquellas por donde quedaba Quiches, convencidos de que no volveríamos a ver este pueblo, no porque estuviera ahora cubierto de polvo, sino porque estaba sepultado para siempre entre derrumbes.

Tres días después del primer temblor, que al principio no sabíamos qué era, llegaron al pueblo algunos vecinos del valle. Hemos corrido, decían unos, ahogán-

donos en nuestro propio aliento, sintiendo que el camino se acababa en nuestros talones derrumbándose hacia un abismo que nos perseguía; otros aparecían por la calle de entrada, miraban a lo lejos la iglesia, emprendían una carrera desesperada y caían de rodillas delante de la enorme puerta del templo, con las manos cruzadas y pidiendo perdón, juzganos Señor, hágase tu voluntad, mientras por sus rostros bajaba el sudor mezclado con el polvo y con lágrimas tal vez. Después contaban que en todo el mediodía que dura la caminata desde el valle nada habían descansado, en un solo correr hemos llegado. Se acaba el mundo, el valle es una laguna y el Marañón corre al revés bramando con sus aguas blancas de espuma y agregaban, agachando la cabeza para que mi madre no les viera los ojos, que sí, que el día mismo que empezó todo, desapareciendo y apareciendo entre las aguas había pasado un caballo tal vez bayo, tal vez no, pero de color claro, con sus riendas también flotando y que era quien sabe un tronco y que seguro casas, cristianos y vaya usted a saber qué otras cosas pasaban también bajo el agua por eso el Marañón rugía como un coro, como un responso de muerto, como la voz de los que cantan el Poderoso en el silencio de la noche de los velorios y que así era todo y que es mejor rezar. Y otros decían que no, como para confundir, que solo temblores y polvareda y unos cuantos derrumbes no más al otro lado del río y nosotros tratábamos de ver a través del polvo que caía blanqueando nuestros hombros, nuestros sombreros.

Un día apareció en el pueblo el arriero Barba y nosotros, digo nosotros por mí, mi madre, mi hermano Obdulio, Pedro y Lázaro, nos alegramos porque los parientes de Barba lo esperaban igual que nosotros a mi padre, pues ambos habían ido por la misma ruta, esos lugares de donde venían los estruendos y la polvareda. Vimos pasar a Barba sucio, sin sombrero, con la boca abierta y seca, los ojos bizcos, pero alegre, riéndose y moviendo los dedos como si tocara flauta y diciendo que su piara bailando está en la fiesta del Purhuay y que habían sido ángeles los bandidos burros con sus alas de encajes y de blondas como los ángeles del pueblo que salían el sábado de gloria y entre gritos alegres mencionaba al Marañón con sus aguas como viento que corren para el lado que se les da la gana y diciendo esto se callaba e iba a esconderse detrás de las piedras. Dos días después al arriero Barba lo pasaron rapidito frente a la iglesia donde los cuatro hombres que lo cargaban sobre una litera le hicieron dar tres venias y se lo llevaron a enterrar porque lo habían hallado tronchado entre unos espinos al pie de un barranco. Llorábamos por todo esto y de susto también, ahí, bajo la carpa de frazadas levantada en medio de la plaza, siempre listos a saltar afuera al escuchar el ronquido de la tierra que anunciaba los temblores.

Ya se ven los caminos, las chacras lejanas, dijo alguien un día, y como si nosotros hubiéramos vivido inclinados mirando sólo el suelo, levantamos los ojos y algo como nuevo descubrimos: los techos de las casas, la copa de los árboles, todo blanqueaba a causa del asentamiento del polvo. Al Calvario, dijo mi madre y fuimos tras ella escuchándola decir, dicen que el Marañón se ve.

Llegamos a nuestro mirador, nos sentamos junto a la cruz enorme y comprobamos que ni siquiera el valle se veía con claridad: solo hacia este lado, entre un polvo ralo se veían parte del camino; en la otra banda del Marañón, por el lado de Quiches, esas alturas antes nítidamente azulosas, aún se levantaba un lento y espeso polvo. Estábamos mirando todo esto, cuando alguien gritó desde una loma, ahí viene don Roberto, y entonces mi madre dio un grito y nos pusimos como locos a mirar hasta que empezamos a ver algo: abajo, por el camino ligeramente despejado, ascendía un jinete montado en un caballo bayo. Es, decía la gente que llegaba, no es, también decían, pero mi madre no decía nada y lloraba y entendíamos que ella sabía más que todos y esperábamos y volvíamos a oír puede ser don Roberto, pero él no ha llevado ningún caballo negro. Y, en efecto, el jinete arreaaba un caballo negro.

Hubo repique de campanas: todo el pueblo, llorando, recibió a mi padre. Papacito, le decían, háblanos de los caminos, del Marañón, cómo te libraste, y mi padre sonreía entre su barba bien crecida y todos se daban cuenta de que con él volvían muchas cosas a su parcial tranquilidad y contó que ahí estaba el puente Santocristo y que pudiera ser cierto que el Marañón hubiera corrido al revés pero no porque estuviera cerca el fin del mundo sino porque de las alturas de Chingalpo se habían desbordado dos lagunas cuyas aguas habían bramado en los encajonamientos de las quebradas, se habían extendido por los vallecitos de San Miguel arrasando pueblos y sembríos y por último habían arremetido por un costado al Marañón haciéndole a la vez detenerse, crecer y rebasar sus altos bordes y desplazar sus aguas hasta lamer los cultivos del valle grande, como puede atestiguarlo esa especie de laguna que hay ahora por cuyo centro y bien disimulado pasa el torrente verdadero del Marañón.

Ya en la casa, mi padre dijo: este es Pilanco, pero nosotros apenas miramos al caballo. Nos duraba la impresión de aquella llegada fastuosa y no queríamos sino escuchar a mi padre quien, recostándose en su cama, dijo que el tren había sido su salvación y luego se quedó dormido. El resto lo supimos en días sucesivos a la hora del almuerzo o la comida, horas en que no siempre con la misma pesadumbre volvíamos a ver a mi padre, como él decía, ridículamente solo junto a sus maletas en la estación de Chimbote maldiciendo al tren de Huallanca que lo había dejado, y esto, decía, justo tres días antes de que sucediera el terremoto, y si no qué hubiera sido de mí y nos hacía entender que la zozobra y el aburrimiento de los días que tuvo que esperar y ver a diferentes horas la pizarrita de la estación en la que se anunciaba la suspensión de los viajes hasta nuevo aviso, resultaban ahora como si tal cosa frente a la alegría de encontrar la conformidad de las cosas, de sus cosas. Y si no qué hubiera sido de mí, me habría tocado estar en pleno terremoto por la quebrada de Sihuas o por las punas de Quiches, bajo qué piedras, qué tierras, enterrado como esos prójimos que tuvieron mala suerte, y a nosotros, quietos ahí, se nos dilataban los ojos y veíamos caminos agrietados, derrumbes inmensos, pueblos enteros en escombros, gente desamparada. En Quiches, decía, no hay quien entierre a los muertos y en Sihuas ni un quejido, como si todos hubieran muerto, y mi madre ya no lloraba y mi padre seguía, una noche en la puna soñé que sobre nuestro pueblo había una nube y sobre la nube ustedes vestidos de blanco y sobre un cerro una mujer que gritaba: salvación, salvación; fue ahí cuando me desperté, ensillé el Bayo y partí en medio de un ruido como zumbido que había en mis oídos parecido a ese otro ruido sordo que bramaba bajo la tierra cuando todo empezaba a moverse como hamaca; caminé hasta el amanecer con el pensamiento en la familia y solo la claridad del día me hizo darme cuenta de que andaba por un camino que no era y tuve que volver y entonces fue que recién me acordé de Pilanco al verlo venir relinchando, el pobre, solito, como huérfano, ya íntimo del Bayo en solo dos días de andar juntos.

Y ahí había estado Pilanco aquella misma tarde de la llegada, en el patio, bajo la mirada burlona de Lázaro, caballito, animalito ridículo empeñado en hacerle gracias al adusto y respetable Bayo con un brío que no iba con su facha: cuerpo pequeño, crin lacia y abundante, cola rústica y orejas pequeñas y peludas. Es un cuycito, o mejor una cuya machorra, había dicho Lázaro riéndose de los aspavientos de Pilanco por retozar en el patio. Lleven a dar agua a los caballos, había dicho mi padre y Lázaro había corrido solícito a buscar una carona, frotándose las manos y diciendo a ver cuycito palangana vamos a ver tus bríos. Ya en la calle, Lázaro había saltado ágilmente sobre Pilanco, había logrado mantenerse sobre el lomo del caballo con una risa grande aún durante los primeros rápidos pasos del feroz galope y, por último, ya con el rostro serio, había caído aparatosamente cerca de la plaza. Y esa había sido una tarde memorable en que todos habían reído menos Lázaro que quedó con el brazo baldado.

Mi padre rara vez incluía en sus relatos a Pilanco, pero yo asociaba al caballito a todas las peripecias de aquel señor - Roberto - barbado - vencedor - de - terremotos por los caminos y los pueblos destruidos como un acompañante salvador, casi humano, de nombre caprichoso cuya razón todos ignoraríamos para siempre. Sin embargo, sabíamos que aquella vez del terremoto, en el viaje de regreso, mi padre lo había comprado en Sihuas de un señor que lloraba al borde de un camino diciendo que ya, que para él todo se había acabado y que si Dios aún lo permitía, quería irse a la costa, porque para ser hombre, antes de morir había que mear sobre arena. A mi padre, ambos le conmovieron: el caballito, porque a causa de su fidelidad al amo corría el peligro de morir atado a una vieja sogá, allí, sin pasto y sin agua en ese camino reseco; y el hombre, porque era la imagen de un triste desamparo cuya única salida era el alejamiento de aquellos escenarios donde en ese instante él mismo aún no dejaba de ser víctima, lejos, a cualquier parte, o como él lo quería, a la costa.

Junto al manso y dócil Bayo, que se dejaba montar no más y cuyo trotecito daba gusto sentirlo; al lado del Moro, trotón que sólo alcanzaba suavidad con el galope, y junto al lento y suave Frontino, casi lardo a causa de su vejez, Pilanco, menudito, gracioso, retozón por puro gusto, ya manso para montar, parecía gozar viviendo en la libertad de los potreros, en el encierro de los corrales o en el duro trajín de los viajes por distintos caminos.

Por el tiempo en que Pedro empezó a desaparecer todas las noches de la casa llevando palanas y barretas, Pilanco era ya el animal bárbaro e incontentible, causante de zozobras y simpatías: saltaba las cercas de los corrales de la puna, galopaba solo, solito, hasta el sector de los sembríos, se introducía en éstos causando daños que mi padre pagaba maldiciendo al animal; y como estas hazañas eran por las noches, a veces lograba retornar a su corral de encierro, donde se le vía junto a los otros caballos en sosegadas actitudes de inocencia. Qué animal para bandido, decían, don Roberto ha traído al mismo diablo y otros agregaban quien sabe si no es don Roberto el que ha vuelto al pueblo y a mí se me helaba el cuerpo y sentía miedo.

Aquel día me votaron de la escuela, a mi hermano Obdulio también, porque no habíamos querido cantar la marsellesa aprista. El maestro nos había sacado de la formación diciendo a ver ustedes por qué no cantan y nosotros solo nos agarrábamos la cabeza porque nos dolía el gope que el maestro nos había dado desde lejos con un metro de palo. Mis padres no estaban en la casa. Se han ido a contratar un arriero, dijo Pedro y luego agregó Pilanco está en el Concejo desde ayer junto a una vaca muerta. Cárcel de animales, el Concejo era un corral de muros altos y de piso polvoriento que en época de lluvias se tornaba en fango. Allí eran metidos los animales que dañaban los sembríos, allí penaban hasta que los dueños los reclamaban luego de pagar las comisiones y los daños. Sin pasto ni agua, al cabo de unos días, los pobres animales sólo eran armazones de hueso forrados

con pellejo. Y cuando el dueño no aparecía, eran rematados casi moribundos, y a veces sucedía que morían antes del remate. Pedro me llevó al Concejo: Pilanco estaba dormitando de pie, quieta la cola, lejos de la vaca muerta. Me quedé mirándolo y fue ahí cuando lo vi, o no lo vi, pero me pareció verlo atado a una sogá vieja que empuñaba un hombre que sin mostrar el rostro tenía un rostro triste y que sin decir nada decía que es horrible el sufrimiento del huérfano, del huérfano más huérfano de todos: el viejo, el desamparo a esa edad y el rostro que no mostraba se bañaba en lágrimas que no se veían, Pilanco, dije, y el caballito ni se movió y Pedro no sé qué cosas estaba diciendo y cuando volví a mirar a Pilanco estaba allí como al comienzo, solito, amodorrado, indiferente tal vez, y Pedro dijo ya vámonos, hay que avisar al regidor, pero yo me quedé. Como un estorbo había sido Pedro para ver mejor ese cuerpo feo, un poco enflaquecido del caballito, Pilanquito pobre más que cristiano. Me dio pena, pena sin ganas de llorar y recordé los días cuando llorábamos por mi padre y cuando mi madre cuidando que nosotros no escucháramos decía a los vecinos, entre otras cosas, ahora estamos huérfanos, y huérfanos era estar solos, solos para siempre recordando con pena al que no volvería más, y ahí estaba Pilanco como abandonado, como si fuera un animal sin dueño, y terminé llorando contra la reja de madera del Concejo. Más tarde mi madre no lloró, pero acercándose al patio donde Pilanco lamía sal sobre la piedra, le dijo caballito caballito y le palmoteó el anca. Mi padre aquella vez pagó fuertes comisiones por sacar a Pilanco del Concejo y dispuso que el caballo se quedara, para mayor seguridad, en el corral de la casa hasta las cosechas de ese año.

Nos acostumbramos a la presencia de Pilanco en la casa. Allí en el corral junto al horno, se mostraba dócil y nos miraba ansiosamente moviendo las orejas cuando nos aproximábamos a la cerca, y bufaba y relinchaba cuando nos alejábamos. Dentro del corral o a veces en el patio, mostraba tranquilidad y comía con paciencia y hasta parecía exceder su mansedumbre cuando le poníamos la sogá; pero apenas salía al campo o tomaba el camino del abrevadero, empezaba el orejeo inquieto, el ronquido nervioso y la impaciencia de las patas. Por eso, yo y Obdulio, los dos juntos, teníamos que llevar a Pilanco al abrevadero, y era una diaria diversión para nosotros esta tarea que cumplíamos todas las tardes antes de retornar a la escuela. Por las noches escuchábamos los bufidos y relinchos de Pilanco, y cuando esto sucedía alrededor de la medianoche y si mi madre estaba despierta, oíamos que decía al otro lado del tabique, no es Pilanco, no se dan cuenta de que es muy triste ese relincho, es la mujer del cura que pasa. Entonces a mí se me confundía todo y cada nuevo relincho me sobresaltaba, pues estaba visto que no podía ser Pilanco extrañando a los otros caballos de la puna, y sentía sudor en el cuerpo y me parecía que la casa se llenaba de zumbidos, de voces entre las que reconocía la voz extrañamente sonora y a la vez distante de mi madre.

Justo en el instante en que por primera vez canta el gallo después de medianoche, sale el Gran Señor de la Cueva Ardiente haciendo reventar su látigo de piel de pecador y tomando los atajos de los caminos siempre en dirección del viento y siguiendo por los confines se dirige a la casa de la mujer del cura y todo esto es en un abrir y cerrar de ojos y en aquella casa la mujer del cura da un grito que solo se escucha en los infiernos y sale desnuda hasta el patio donde el Gran Señor la espera y la mujer se pone en cuatro patas con los senos colgantes y el Gran Señor saca su látigo que hace restallar sobre el cuerpo desnudo hasta que los senos de la mujer se convierten en estribos y sus cabellos se vuelven bridas y toda ella, la mujer del cura, se transforma en una briosa y reluciente mula. Entonces el Gran Señor monta en ella y sale al galope siempre espoleándola duramente, haciéndola penar a latigazos, ya no por los atajos, sino por el camino real por las vías del tránsito de la vida y de la muerte, en busca de almas para mantener

su reino, hasta el tercer canto del gallo, hora en que todo vuelve a su lugar.

Lázaro se fue un día de la casa y se fue sin decir nada y para siempre. A las minas se habrá ido, decía la gente, o tal vez a la montaña, y yo antes de dormirme lo veía en un cuarto oscuro, colgado igual que chanco muerto y como chanco, despellejado junto a un perol enorme de agua hirviendo, pobre de ti, caído bajo el alfanje de algún pishtaco oscuro, fabricante de campanas o dueño de trapiche, Lázaro, como decías tú que habías visto también, a través de una ventana hombres despellejados y colgados y balanceándose esperando el instante en que los deslonzaran para hacer manteca y en ésta fundir el metal de las campanas que sonaran como llanto, y después, más bien, siempre antes de dormirme, prefería verte con tu alforjita camino a la montaña a trabajar en los cocales, y en la casa había como vergüenza, dirán que no sé criar, decía mi madre, pero sobre todo había pena y también miedo de que Pedro hiciera lo mismo, es decir, desapareciera como Lázaro, porque había razón para la sospecha, pues Pedro se había vuelto extraño con sus salidas en la noche y se cerraba y no decía nada y todo era posible y una mañana mi padre dijo ha desaparecido Pilanco del corral y Obdulio corriendo dijo también Pedro se ha ido y durante dos días les extrañamos a los dos y sentimos igual pena por ambos, pero al tercer día amaneció Pilanco lamiendo sal en el patio y fuimos a ver el cuarto de Pedro y allí estaba tirado durmiendo y mi madre cruzando las manos Dios mío borracho está y con su bolo de coca, y mi padre algo en voz baja y luego la palabra fuerte, "la degeneración". Ese mismo día llevamos a Pilanco a los corrales de la puna.

La gente decía ahora el Pedro de don Roberto es rico, tiene plata y fue solo entonces cuando supimos que Pedro desde hacía tiempo andaba de noche por los caminos cavando la tierra en busca de entierros y que primero había escalado cerros en plena noche, luego se había metido en algunas cuevas oscuras, siempre guiado por extrañas fosforescencias, y que por último había hecho un viaje hasta el valle de Mitobamba y allí había cavado hasta voltear los viejos y polvosos muros de las ruinas. Pero después de tanto salir, de tanto andar de mano o muy cerca de los vicios a que obligan las noches frías, nada había hallado Pedro, a no ser dentro de sí esas ganas incontrolables de vivir las feas costumbres del andariego. Por mucho tiempo estuvo en la casa como sintiendo su fracaso, como echándonos la culpa con su manera de hacer las cosas a desgano, hasta que un día volvió a desaparecer y esta vez no fue por cuestión de entierros sino por otra cosa que a mi madre le hizo decir ahora sí que Pedro se acabó para nosotros y la noticia apareció en el pueblo, de boca en boca de la gente: Pedro anda por Challas en la fiesta, borracho no más, borracho perdido y con mujer.

Por agosto, después de las cosechas, los corrales se abrían y empezaba la vida libre de los animales. Pilanco en esta época era un animal feliz: cuando no andaba lejos, por los potreros de la puna, se le veía galopando a la cabeza de manadas de caballos, con su colita al aire, ágil y retozón, levantando polvo en los rastros; a veces aparecía por la calle de entrada al pueblo: yo lo veía tomar la callecita angosta a trote menudo, corría entonces a su encuentro, juntos atravesábamos la plaza y entrábamos corriendo en el patio de la casa. Pilanco, todo sudoroso, iba directamente a lamer la sal de la piedra, luego se sacudía violentamente el cuerpo, corría hasta el extremo del patio a comer hierba seca y entre resoplidos se daba, de vez en cuando, rápidos mordiscos en las ancas; instantes después, llegaban en tropel los otros caballos nuestros que se arremolinaban en torno a la piedra de sal y, luego de un descanso siempre breve, partían. Pilanco a la cabeza, otra vez a retozar libres por los campos. Y esto duraba por todo el tiempo del verano y cuando volvían las primeras lluvias y otra vez empezaba a crecer el pasto en los corrales y había que de nuevo preparar la tierra para la siembra y hacer el refuerzo de los cercos, Pilanco, el Frontino, el Moro y el Bayo andaban

aún por la puna entropados con otros caballos montaraces. Y esto no era tan del gusto de mi padre, quien, a propósito, hablaba de caballos mansos convertidos en salvajes, remontados para siempre por las altas cresterías y que terminaban cayendo a los barrancos, despeñados a causa del brutal nerviosismo que adquirían. Pero mi padre agregaba algo más, Pilanco, decía, lo bueno que tiene Pilanco es que siempre vuelve de donde sea a la casa, y era verdad: solo o con los otros caballos aparecía por la casa el día menos pensado. Desde que se iniciaban las siembras, en el pueblo empezaban las amenazas contra Pilanco; algunos le tenían grandes ganas, que caiga no más en mis sembríos, decían, lo voy a secar en el Concejo. Mi padre no decía nada y, en cambio, había decidido abrir, en los corrales de la puna, zanjas cada vez más profundas (Pilanco siempre las saltaba) hasta lograr que Pilanco no pudiera saltarlas.

Durante las siembras de aquel año, igual que en las del anterior, Pedro no estuvo con nosotros. Otra vez mi padre, mi hermano Obdulio y algunos peones contratados, barbecharon, araron y limpiaron las chacras. Y a pesar de que nos dábamos cuenta de que cada época o lugar nos hacían recordar a Pedro, en la casa procurábamos no hablar de él, de su nueva condición de casi forastero en ese pequeño rincón de casa que le habían dado los padres de su mujer. Pero yo no podía evitar sentir pena cuando veía a Pedro los domingos en la plaza: peinadito, con sus ojitos de pobre verdadero, tratando, como avergonzado, de evitar la presencia de cualquiera de nosotros.

Obdulio también se fue de la casa y se fue llorando y despidiéndose de todos y con la bendición de mi madre. Y esta vez no hubo nada que lamentar porque mi padre se lo llevó en uno de sus viajes a la costa para que estudie en el colegio de Trujillo. A partir de entonces, por mucho tiempo, mi madre habló de tres platos menos y esos eran el de Lázaro el que sin morir fue el primer muerto de la casa, el de Pedro y el de Obdulio. Tres platos menos, y se oprimía el pecho y a veces decía sin mirarnos, ustedes son de piedra, y ustedes éramos mi padre y yo, de piedra pura son, decía, pero yo en el fondo también sentía pena que cobraba intensidad, sobre todo cuando se trataba de mi hermano, cuya imagen venía asociada en forma inevitable a la imagen de Pilanco, como que fue éste el caballo sobre el que Obdulio había hecho el largo viaje hasta la estación de Huallanca y como que lo último que vi en aquella madrugada verdaderamente triste fueron las ancas de Pilanco sobre las que, meneándose entre alforjas abultadas, se alzaba el cuerpo de mi hermano.

Pronto fue muy conocido en todo el pueblo que Pedro se había vuelto haragán y que ya no era hombre ni para los barbechos ni para los aporques. Contaban que un día en una chacra en vez de cumplir con su trabajo se había parado de repente a tantear con su barreta una piedra diciendo aquí, aquí debajo de esta piedra está la piña de oro y que luego se había puesto a hacer un hueco con tanta dedicación que hizo reír al resto de peones y que luego nada le pagaron ni le dieron de almorzar y que más bien lo botaron diciéndole no queremos gente loca. Otro día lo habían encontrado cavando bajo una piedra musgosa y grande que era un viejo lindero de unas tierras en litigio. Esto lo supimos cuando a Pedro lo demandaron y lo hicieron llamar al juzgado para su declaración donde explicó que él nada tenía que hacer con juicios ni demandas, que las malditas autoridades nada sabían ni sabrían nunca de cosas de la ciencia oculta ni de los sueños reveladores y que él había visto en sueños a un hombre sin rostro, con botas y un gran látigo en la mano que le había dicho anda a tal parte bien temprano, quédate mirando el cerro por donde sale el sol y no descuides de ver la sombra del mismo cerro proyectada sobre el suelo por los primeros rayos del sol, después camina rápidamente en dirección a la punta de la sombra y en la misma punta o cerca hallarás una piedra así y así, luego, sin volver a tu casa ni ver a nadie, espera la tarde y cuando el sol haga barbitas amarillas sobre los cerros al ocultarse, empieza a cavar bajo la piedra y serás dueño del venadito de oro, y que por eso había ido él y que se dejen de envidias y que no le impidan terminar su excavación que, de todas

maneras, para que se cumpla lo anunciado por el sueño, tenía que ser hecha en una sola jornada. Ahí había terminado todo, y en la puerta del juzgado mi madre alcanzó a decir: qué vergüenza haber criado a un alocado. Por todas estas razones seguramente sería y no por otras que crecía su fama de haragán y también su pobreza, pues casi daba lástima verlo con su ropa llena de roturas y remiendos, situación ésta que se hacía más visible cuando Pedro mostraba su entusiasmo, su alegría y su diligencia por su nuevo entretenimiento de todos los domingos: la pelota. Y daba pena en verdad verlo alegre en medio de su desgracia que él parecía no sentirla, pero mi madre sí porque empezó a condolerse y a lamentarse por la vida de Pedro y se acordaba también de Lázaro y Obdulio y decía pobre mi cholo Pedro sea lo que sea lo he criado, es de la casa como cualquiera de mis hijos. Y aquel día cuando fuimos a mirar el partido de fútbol entre el Esportivo y el Bolívar, mi madre, primero con disimulo y después con ansiedad miraba el arco del Esportivo donde, paradi-to, sin uniforme, descalzo, con su percutida ropita de domingo, Pedro vigilaba con la mirada atenta el movimiento de la pelota y gritaba no sé que cosas a los otros jugadores. Después, todo colorada y sonriente, mi madre decía, mi Pedro ha sido el mejor jugador, cosa que había sido cierta, pues todos lo habían visto saltar, tirarse al suelo sin tenerse lástima, correr y aventarse con su patita al aire a los pies enzapatados de los delanteros del Bolívar para salir siempre con la pelota entre las manos: la barra lo aplaudía y Pedro como orgulloso, concentrado, seguía saltando, embolsando con ambos brazos contra su barriga la pelota. No le hicieron ningún gol y mi madre lloró de emoción, pero calmándose dijo después, si así como juega trabajará.

En la fiesta del pueblo, Pedro salió de Huari. Lo reconocimos a pesar de su gruesa máscara de barro. Iba delante de los otros danzantes, bailando como si tuviera cólera y sacudiendo con furia y en forma alternativa los pies hacia adelante, de manera que los cascabeles atados en un parche a sus rodillas sonaban a su debido tiempo marcando un compás preciso y recio. Pedro giraba con soltura, con una gracia especial que levantaba en vuelo los flecos de la manta que colgaba de su espalda, y en cada vuelta hacía relampaguear, encegueciendo los espejuelos que adornaban su corona cónica. Bailaba como para él, como diciéndose algo, como gozando verdaderamente de la fiesta que de otro modo le hubiera mantenido al margen y cabizbajo entre tanta gente que reía y hablaba animadamente desde su ropa nueva, y en cambio allí estaba él cubriendo su pobreza con el buen disfraz del huari, concentrado en su danza, ignorando a su mujer que le seguía entre el grupo de curiosos, ella sí con su mantita vieja con la que cubría apenas una barriga abultada, y mi madre censuraba, dónde se ha visto, decía, llegar al colmo de alquilarse para mojjiganga, y era inconfundible la voz de Pedro cuando gritaba como aullando de tanta borrachera camino de la casa del prioste donde yo le había visto quitarse la máscara para beber chicha y aguardiente y luego bailar huaynos haciendo sonar sus cascabeles y después volver a beber chicha, bailar de nuevo y, por último, sentarse junto a su mujer a tomar el caldo de carnero que repartía el prioste entre los huaris y sus familiares. Acabado el caldo y lo demás, ahí no más de nuevo a ponerse la máscara, formar en dos columnas como en la escuela, hacer el anuncio de la partida: sacar el pie adelante y hacerlo temblar para que suenen los cascabeles en rumor continuo, y al golpe del bombito destemplado que marcaba el compás de la música delgadita de la flauta, arrancar la danza y salir bailando por las calles, otra vez, girando, girando.

Allí estaba mi padre diciendo tenía que sucederle cualquier día y en la noche anterior no habíamos dormido con la noticia que nos trajeron ("su caballo Pilanco se ha rodado en la puna"), porque resultaba difícil pensar que un animal rodado pudiera vivir y la sorpresa de la noticia nos había mantenido mudos y luego habíamos preferido callar, lo que había hecho que algo como un aire triste tomara cuerpo y se paseara entre las cosas que parecían extrañamente quietas, y fue así que antes del amanecer se fue mi padre a los corrales de la puna y volvió

al mediodía no sólo con Pilanco sino también con Pedro a quien habían hallado en la puna y no era verdad que Pilanco se hubiera rodado sino que en su intento de saltar la zanja grande del corral se había caído al fondo y que allí, decía mi padre, lo había encontrado junto a Pedro quien también se había enterado de la mala noticia, y tuve lástima, seguía diciendo, de los dos, porque al verme llegar ambos me miraron sorprendidos como diciendo esas cosas que no se dicen pero que se piensan cuando uno se siente culpable y desgraciado, y entonces en torno a ellos se me dibujó la casa, decía, como era antes, con sus cosas, sus costumbres y sus cariños y sin ausencias que maltratan. Y aquella tarde mi padre no se cansaba de decir tenía que acabar así y nosotros mirábamos a Pilanco en el Patio, junto a la piedra de sal, quietecito, dejándose curar con árnica y no dándose cuenta de que era a él ahora a quien le estaban amarrando a la rodilla la culebrita del alcohol. Todo esto con Pedro ahí, solícito, preparando agua con sal y diciendo yo lo voy a cuidar hasta que sane, y Pilanco pestañando con sus ojos negros y grandes, lleno de paciencia y como si nada más lo estuvieran ensillando, y mi padre, ya por fin, diciendo, traigan agua, y Pilanco ya suelto, de pronto impaciente levantando la pata delantera herida tal si tratara de escarbar el suelo o buscar un punto de apoyo, y Pedro casi con lágrimas en los ojos aproximándose al animal, palmeándole el pecho, las ancas, sin dejar de examinar con disimulo los corredores de la casa, el patio, el horno donde él en los últimos tiempos que estuvo con nosotros había rehusado meter el pan, y otra vez palmeándole a Pilanco, tratando de calmarle, y yo viéndolo todo, sin poder decir a los demás que Pedro había empezado a llorar ocultando su rostro en el cuello de Pilanco, pero diciendo para mí ojalá que Pilanco sane, y que regrese Obdulio para volver a hacer las mismas cosas con la misma alegría de antes.

Todos tuvimos la seguridad de que Pilanco mejoraría: la culebrita había ahuyentado todos nuestros temores, a pesar de que un día Pilanco amaneció sin la venda y sin la culebrita. Mi padre la buscó entre los restos apelmasados de pasto seco y excrementos de caballo y no la encontró. Qué vamos a hacer, dijo, pero Pilanco sanará. Y nos alegramos de escucharle decir esto, porque era nuestro deseo y nuestra seguridad. Pero al cabo de un mes, Pilanco todavía cojeaba al caminar, y más aún: había enflaquecido enormemente, no obstante el pasto fresco que le dábamos todos los días. Entonces mi padre dijo, es cuestión de tiempo, y en cuanto a la flacura, es porque extraña a los otros caballos, en la puna mejorará del todo. Y seguimos confiando en la mejoría de Pilanco, como una cosa natural, como si el simple hecho de dudar hubiera sido traicionarle o faltar el respeto a la fe de mi padre en la culebrita, el singular remedio que curaba casi milagrosamente la quebradura de los huesos.

Esta confianza nos duró hasta cierto día, a comienzos del verano, cuando Pedro hizo llegar a la casa los caballos. Mi madre lanzó una sola exclamación, Dios mío, y mi padre nos miró con una expresión de dolor y de culpa: Pilanco tenía toda la pata delantera deformada: un enorme abultamiento, un nudo grotesco en la rodilla curvaba a ésta hacia un costado. Hacía calor. Los otros caballos se habían arremolinado en medio del patio y, amodorrados, dormitaban de pie, indiferentes al ambiente de consternación que respirábamos. Pilanco seguía lamiendo la piedra de sal, tranquilo, resignado. De pronto oímos la voz de Pedro: yo siempre les dije que cojeaba, dijo. No le respondimos nada, pero yo recordé que esas habían sido sus palabras, que rara vez había agregado otras que no fueran para reiterar que Pilanco cojeaba aún, arriba, en los corrales de la puna. Recordé también que en una ocasión mi padre le había replicado: si cojea, déjalo, ya le pasará, bien sabes que solo los milagros pueden cortar el mal de un solo golpe, es cuestión de tiempo. Pilanco había dejado de lamer la piedra. Algunos malditos se alegran, volvió a decir Pedro, dicen que con la cojera se le han quitado a Pilanco las malas mañas. En otra ocasión anterior, mi padre hubiera dicho: díles que es cuestión de tiempo, que ya van a ver cuando mejore. Pero ahora callaba y eso me daba pena. Yo había confiado secretamente igual que

todos en las palabras de mi padre, había pensado con frecuencia que todo sería cuestión de tiempo, como el caso de Pedro que terminó por reconciliarse con nosotros, aunque no para vivir como antes, en la casa, sino para restablecer un afecto, un cariño familiar por mucho tiempo quebrantado, y Pilanco había sido el pretexto, aquella vez cuando empezó su mal. Todos callábamos ahora mirando la encarnación de la respuesta a la confianza que había alentado mi padre en nosotros: un caballo malogrado quién sabe si para siempre.

Durante los primeros días de aquel verano, Pilanco luchó por ser el mismo de antes: corría por los rastrojos con desesperación, afanándose por comandar la manada de caballos, pero siempre iba detrás. A veces, en su esfuerzo se caía, se daba revolcones feroces entre explosiones de polvo, pero se levantaba penosamente y otra vez intentaba superar su cojera con un galope degradante: por cada pisada con su pata malograda, una violenta inclinación, una venia lastimosa: talín, abajo; talán, arriba, una dispereja sucesión de movimientos, quien sabe de sonidos, como las campanas del pueblo: talín-talán, talín-talán. De esta manera, Pilanco sólo había conseguido ser una figurita convulsa y abatida, excluida de aquellas otras que pasaban en tropel, victoriosas en medio de densas polvaredas. Después, Pilanco pareció resignarse a su impotencia: ambulaba solito por los rastrojos de donde todas las tardes, paso a paso, se recogía en el corral de la casa, y ante los relinchos que se prolongaban hasta el amanecer yo sentía que en el sudor me volvía el miedo cuyo espasmo me hacía ver con claridad el cuerpo desnudo de la mujer del cura. Al final del verano, en la última vez que aparecieron en el pueblo el Bayo, el Moro y el Frontino, se les unió con un repentino entusiasmo y, detrás de ellos, cojeando, lo vimos perderse en dirección de aquella puna de animales montaraces.

Lo recordaba claramente:

Pedro estaba allí, con las ropas mojadas. Pero si apenas hace tres semanas que lo vimos irse detrás de los otros caballos ¿lo has buscado bien?, le dijo mi madre, a lo mejor Pilanco ha muerto. No, respondió Pedro, ni vivo ni muerto, como si la tierra se lo hubiera tragado. Ha de estar por algún lado, dijo mi padre. Lo he buscado por todos los parajes, también he bajado a las quebradas, a las pampas de los rodaderos: Pedro tiritaba y hablaba con la cabeza gacha. Quien sabe las nubes no te dejaron ver. No, mamita, estoy acostumbrado a buscar los animales con nubes o sin nubes. Irás de nuevo mañana. Iré, mamita, dijo Pedro. Al día siguiente por la noche, la misma cosa: le digo, mamita, que no hay, que es como si la tierra se lo hubiera tragado. Fue entonces cuando me decidí, iré yo, dije, también conozco esos lugares, he ido muchas veces con Pedro, con Lázaro también una vez, yo iré a buscar a Pilanco, que Pedro traiga el Bayo de la puna, montaré en él e iré.

Recordaba todo esto mientras desensillaba al Bayo, luego de mi último día de búsqueda. Pilanco había desaparecido. Durante más de una semana estuve yendo en las madrugadas y volviendo al anochecer y sólo para andar por esos lugares de la puna sobre los que, estaba seguro, jamás volvería a poner un pie. Por pequeños senderos había subido pendientes rocosas, había descendido a quebradas profundas, culminado alturas ásperas para nada más que ver, a lo lejos, extensas pampas donde cientos de animales pastaban dispersos y tranquilos como concentrados en su soledad. Muchas veces había tenido que dejar al Bayo en algún lugar seguro y espacioso, porque no siempre los caminos eran accesibles. "Has de mirar también el cielo", me habían dicho, y yo había mirado el cielo en busca de gallinazos, cuyo vuelo en círculo me habría dado el indicio del cadáver de Pilanco. Pero nada. Pilanco había desaparecido como si la tierra se lo hubiera tragado. Y había que resignarse.

Pedro había abandonado el fútbol y ahora echaba la suerte con la coca. Su nuevo oficio de adivinador le consumía en largas noches de vigilia entre el trago de cañazo y el bolo de la suerte, un bolo verdoso de coca que Pedro daba vueltas en su boca, atento a los palpitos ago-

rereros. Sucedió con frecuencia que en su afán de hallar el gusto anunciador —gusto dulce, alocador, rotundo en el estremecimiento general del cuerpo—, terminaba en grandes borracheras. En estas circunstancias los clientes tenían que esperar, porque, como decía el mismo Pedro, hay enemigos que están interfiriendo. Entonces muchos esperaban hasta la madrugada, absortos frente a ese rostro de ojos repentinamente bizcos, sin atreverse a interrumpir el arrobamiento del adivinador que había terminado por tirarse bocarriba sobre el piso; el profundo respeto que les inspiraba Pedro, impedía a estos clientes admitir que andaban velando una borrachera ajena y, casi vencidos por el sueño, se escapaban discretamente por la puerta. Por aquella época, Pedro iba a la casa de vez en cuando, siempre ojeroso y amarillento, a preguntar si había algún mandado. Sus ademanes se habían vuelto lentos y no era posible conseguir que mientras se le hablaba mirara el rostro del hablante; tenía la mirada perdida, aunque los labios, en contraste, parecían tenderse en una sonrisa delgada y comprensiva. Notamos también que tardaba en darse cuenta de las cosas: de su actitud contemplativa brotaba una expresión no se sabía si dulce o melancólica, pero siempre, de primera intención, ajena a su medio circundante. Y cuando solo por las calles, la mirada horizontal y el cuerpo lerdo, solían decir los que así le descubrían, que Pedro caminaba como si contara sus pasos. Un día mi padre le dijo: mira, mírate bien, no tienes siquiera un trapo que te cubra y en cambio te estás llenando de hijos, has vuelto de nuevo a tus andanzas, levanta por lo menos tu casa, aunque sea una choza, yo te voy a dar un lugarcito por ahí. Y le dio un terrenito cerca al cementerio: para que cuando mueras sea más fácil llevarte a enterrar, le había dicho riéndose. Y Pedro hizo su casa, se instaló en ella con su mujer y sus hijos, pero no abandonó su oficio de suertero. Ahora los clientes esperaban la noche, tomaban con disimulo el camino del cementerio y aún conservando la cautela se acercaban a la casa de Pedro. Robos, peligro de muerte, regresos dudosos, viajes, incertidumbre en las empresas. Averiguar cualquiera de estas cosas costaba un sol, una onza de coca y una botella de cañazo.

Había pasado más de un año desde la desaparición de Pilanco, cuando una mañana Pedro nos sorprendió con la noticia de que el caballo estaba vivo. Mi madre abandonó corriendo el patio, fue al dormitorio y volvió con mi padre. Pilanco está vivo, dijo Pedro, pero el pobre pasa muchos trabajos. Pilanco vive ¿y dices que sufre? Sí, mamita, sufre el duro trabajo de la carga. ¿Cómo sabes todo eso, hijo? Entonces Pedro, iluminando su mirada respondió: la coca, mamita, ella me lo contó.

El tiempo pasaba. Al año siguiente ya me correspondía viajar a Trujillo para estudiar la secundaria. Mis compañeros de la escuela me decían: seguro que vas a volver de la costa con gayo, gayina. También cabayo, decía entonces para mí, y me ponía a pensar en ese caballo cojo que habían visto unos arrieros en un pueblo lejano, encerrado en un sucio Concejo, abandonado de todos, flaco y acaso al borde de la muerte, como habían dicho los mismos informantes. Y no solo eso. Otros habían dicho que Pilanco, caballo fácilmente reconocible por su rodilla enorme y por su cojera, pero ahora con la fuerza de las mañanitas afinadas y perfectas, andaba dominando una manada de caballos cimarrones que en las noches invadía los sembríos de la puna de Ucrumarca, y habían agregado que, para salir de dudas, había que ir a un conocido bebedero de esas alturas y verlo aparecer, a eso del mediodía, entre la manada sedienta y galopante. Estos rumores nos llenaban de entusiasmo, pero tenían de contrario que también nos removían los recuerdos de los buenos tiempos de Pilanco. Mi padre dudaba y medio que creía. Cierta vez estuvo a punto de emprender la búsqueda, pero en esos días apareció la noticia de que el animalito cojo, sin que se supiera cómo, entraba velozmente por las noches en el pueblo, donde recorría las calles con su característico galope, rompía la cerca de los corrales y alborotaba a los perros, no solo haciéndoles ladrar con furia, sino arrancándoles aullidos lastimeros. Luego, decían, justo antes del alba, se lanzaba por los caminos en estre-

pitosa huida hasta desaparecer como una sombra de espanto. Habladurías, dijo mi padre y desistió de la búsqueda. Después agregó: sea lo que sea, Pilanco no volverá, igual que Lázaro, y así como con él, hagamos la cuenta que está muerto. El último rumor con el que el pueblo se entretuvo durante una buena temporada fue aquél de que Pilanco, en Ucrumarca, había sido rematado a bajo precio a un hombre cuya seña más saltante era su ojo tuerto. El pobre caballo, mermado ya por su condición de inválido y mucho más por los días de encierro en el Concejo, tenía que trabajar de sol a sol y, quiera que no, amarrado a un poste durante las noches, tenía que comer un pasto horrible, deteriorado por la humedad y la podredumbre. La versión aseguraba que un día, el pobre Pilanco, luego de botar la carga de sus lomos a fuerza de corcovos, había emprendido un audaz pero torpe galope en su afán de librarse para siempre de sus tormentos. El mal amo, alimentando en la persecución su ira de hombre cruel, corriendo, corriendo, le dio por fin alcance. Pilanco, cogido fuertemente de la soga por manos temblorosas de rabia, apenas había podido soportar la paliza prolongada, intensa y ritual, como correspondía a un animal que de pronto, según había entendido el amo, descubre el camino de su antigua querencia.

Por aquellos tiempos, el vólybol había desplazado al fútbol en el pueblo. Todos los domingos, grupos de mujeres elegían un lugar, siempre a un costado de la plaza, y allí plantaban dos postes a cierta distancia uno de otro, templaban entre los extremos superiores una cuerda y en seguida tiraban una moneda al aire y formaban sus equipos. Casadas contra solteras, locales contra forasteras, hombres contra mujeres. Los domingos del pueblo se llenaban de pitos, constantes griterías, hurras, aplausos: jugaban con entusiasmo, saltaban, discutían, paralizaban el juego, hojeaban el reglamento, volvían al combate contra la pelota.

Aquel domingo mi madre había apostado una gallina al equipo de casadas. El partido comenzó a media tarde y como uno de los postes se inclinaba bajando la cuerda contra el reglamento, me obligaron a sostenerlo. Al comienzo me entusiasmaron los saltos, la manera de cuadrarse de las mujeres en espera de la pelota, como si la fueran a trompear; pero después, más que me cansaba, me aburría el modo de estar ahí agarrando un palo para mí bastante aborrecible. Me propuse entonces mirar hacia otro lado: arriba, detrás del borde de los cerros se movía una nube y daba la impresión de que no la nube sino los cerros caminaban; más abajo, las laderas llenas de sembríos, por entre los que se abría y se prolongaba hasta perderse como un hilo, el camino del cementerio. De repente me fijé en un punto del camino: algo venía por él, avanzaba rápidamente con un movimiento inconfundible. Pilanco, grité. Noté un silencio y luego una carcajada de todos. Me entró una repentina desconfianza y me sentí ridículo. Siempre agarrado al poste, no quitaba los ojos de ese bulto que aparecía y desaparecía entre las ramas del camino y lo seguí ansiosamente hasta que en mí no quedó ninguna duda. Pilanco, volví a gritar y tiré el poste hacia un costado. Era Pilanco, allí estaba cerca al cementerio, pasaba a todo correr por la casa de Pedro, se aproximaba con su gran cojera, Pilanco, Pilanquito, yo me había parado al borde de la plaza y cuando volví la mirada, pude ver que otro cogía el poste y que los equipos seguían jugando con el mismo entusiasmo. Pilanco entraba ya por la calle angosta, atravesaba ahora la plaza y mientras yo corría detrás de él, oí el grito de mi madre: ¡Pilanco! y luego su llanto. Agitando una gran maraña de crines, peludo y sudoroso, entró Pilanco sin vacilar en el patio, lamió por largo rato la piedra de sal y después empezó a restregarse contra los muros, a ir a todos los rincones, a sacudir como un perrito la cabeza. No salíamos de nuestro asombro, nos mirábamos con los ojos llenos de lágrimas: Pilanco otra vez allí, cerca, alargándonos su enorme cuello, y nosotros percibiendo su acezar, su cálico resuello. Lo que es la vida, dijo mi padre. Pilanco corrió hasta el centro del patio, hizo un esfuerzo y se paró en dos patas, con su patita torcida al aire. ¡Ay, dios! dijo mi madre y Pilanco lanzó un fuerte relincho.

Pilanco volvió a ser un animal feliz; pasaba los días revolcándose en el patio o recostado en el corral dándose mordiscos en las ancas. Pero la situación de Pedro era distinta: sus ojos se le hundían cada vez más en ese marco huesoso de su rostro. Seguía echando la suerte y se había vuelto silencioso, como en los días cuando buscaba entierros. Un día nos dijeron que Pedro se había caído a una quebrada, cerca de su casa. Después supimos que en plena noche había salido de su cama corriendo y delirando y que su mujer le había perseguido tratando de impedir que se golpeará, pero que sólo pudo llegar al borde para sentir el rumor pesado del cuerpo que rodaba hacia el fondo de la quebrada. Fui a verlo con mi madre. Estaba metido en su cama y tenía un pañuelo amarrado a su cabeza. Se quejaba. Déjate ya de echar la suerte, le dijo mi madre, ponte a trabajar en serio, ya estás viejo. Mamita, dijo Pedro, yo trabajo, yo me alquilo como peón, pero la pobreza no me deja. Tampoco te deja el vicio, le respondió mi madre, coqueas y tomas delante de tus hijos, un día de estos vas a morir tronchado. Es que las noches me dan miedo, mamita, siento como un remolino en la cabeza, un remolino de voces y entonces tengo que darle salida a eso. No es verdad, dijo mi madre, es el remolino del vicio el que te envuelve. No, mamita, son las voces del mundo oculto que vienen, qué lo voy a hacer. Deja de echar la suerte, insistió mi madre. No puedo, respondió Pedro, jamás podré, es una necesidad. Olvídate de esas cosas, dijo mi madre, te voy a regalar a Pilanco, para que te busques la vida con él, para que lo alquiles, para que lo críes. Pedro hizo un esfuerzo, gracias, mamita, dijo, gracias, volvió a decir y advertimos que trataba de son-

reír con todo su rostro pálido, pero no pudo y se quedó llorando.

Esa misma noche en la casa mi padre dijo con cierta gracia tal para cual y eso mismo estaba diciendo dos días después mientras mirábamos desde el balcón a Pilanco en la casa de Pedro, cuando apareció en el patio la mujer de éste todo colorada y sonriente: vieran ahora lo que hace Pedro, dijo mirando desde abajo, se levanta en las noches, va hasta Pilanco y empieza a hablar con él, da risa, siguió diciendo, le hace caricias y habla, habla con el caballo como si fuera cristiano. Estará loco, dijo mi madre. Loco no, dijo la mujer mirando siempre para arriba, porque cuando vuelve a la cama con su cuerpo frío, quiere que yo lo abrace, que lo caliente, vuelve querendón y alegre y está mejorando de su mal como si las noches y el caballo fueran su remedio. Y mi padre ya no dijo tal para cual, ni volvió a decir nada acerca de Pedro y Pilanco durante el resto de aquel día, ni en los días siguientes, pero tuvo que hacerlo una semana después cuando de nuevo apareció en la casa la mujer de Pedro, esta vez al anochecer, para dar tiempo, según dijo, a que aparecieran los dos, Pedro y Pilanco, que habían huido posiblemente en la madrugada y habían desaparecido sin dejar rastro, y la mujer lloraba y decía mis hijos, y mi padre en tono de consuelo, otra locura de Pedro, diciendo, quédate un rato más y verás cómo aparece ahora en la noche, pero ni Pedro ni el caballo volvieron durante esa noche, ni durante las siguientes, a pesar de las buenas y malas habladurías que dejaban correr por el pueblo historias tanto para alegrarse como para ponerse triste y era la época de las siembras y llovía y había niebla en las mañanas.

¿PROFESORES O MAESTROS?

El problema de la Universidad, acuciante en casi todos los países del mundo, ha dado lugar en Francia a una resonante polémica entre Jean-Paul Sartre y Raymond Aron, «símbolos» caracterizados, respectivamente, de la izquierda libre y de una cierta derecha inteligente. El presente texto ^{de Sartre} lo hemos tomado de la revista "Índice" de Madrid.

UN SABER SIN VALOR

LOS estudiantes se han hecho tan numerosos que ya no pueden tener con los profesores las relaciones directas —ya difíciles entonces— que nosotros teníamos. Hay muchos estudiantes que ni siquiera ven al profesor. Se limitan a oír, por un altavoz, a un personaje totalmente inhumano e inaccesible que les recita una lección cuyo interés para ellos no logran captar en absoluto. El profesor de facultad es casi siempre —ya lo era en mis tiempos— un señor que ha hecho una tesis y la repite el resto de su vida. Es, también, alguien que posee un poder al que se aferra ferozmente: el de imponer a los demás, en nombre de un saber que ha acumulado, sus propias ideas, sin que los que le escuchan tengan derecho a discutirlos. Ahora bien, un saber que no es constantemente criticado, sobrepasándose y reafirmando a partir de esta crítica, no tiene ningún valor. Cuando Aron, al envejecer, repite indefinidamente a sus estudiantes las ideas de su tesis, escrita antes de la guerra de 1939, sin que quienes le escuchan puedan ejercer sobre él el menor control crítico, ejercita un poder real, pero que desde luego no está fundado en un saber digno de ese nombre.

¿QUE ES EL SABER? ES SIEMPRE ALGO QUE NO SE PENSABA, que ya no sirve porque una nueva observación, una nueva experiencia han sido llevadas a cabo con mejores métodos o mejores instrumentos.

Pero los estudiantes, se dirá, no pueden criticar *últimamente* la enseñanza de un profesor, puesto que, por definición, aún no saben nada. En primer lugar, el que no sabe nada sabe siempre un poco más de lo que parece, como aquel esclavo al que Sócrates hizo redescubrir un teorema matemático. Y, además y sobre todo, la cultura no puede trans-

mitirse más que si se deja a la gente, en todo momento, la posibilidad de discutirla.

A este respecto, yo cuento con dos experiencias muy significativas. Cuando era profesor en el Instituto de Laon tenía como alumnos a hijos de grandes explotadores agrícolas para quienes una perra era una perra, una mesa una mesa, un toro un toro. No podía ni plantearse el hacerles salir de este buen sentido materialista. Entonces me dije que había que empezar el año azuzándoles un poco y explicándoles el idealismo kantiano. Su resistencia fue feroz. La idea de que la realidad llamada exterior estuviera constituida por la unidad interna de nuestra experiencia les resultaba insoportable. Sin embargo, después de un mes de discusiones me dijeron: "Hemos comprendido". Y durante todo el resto del año me amargaron la vida proponiéndome las teorías de Kant a todo lo que les explicaba; las habían asimilado tan bien, que siempre volvían a ellas...

Más tarde, y en contrapartida, en el Instituto Pasteur, de París, di mis clases "ex-cátedra". Los alumnos no discutían nada. Les daba igual que el universo fuera una realidad exterior o una sucesión ligada de representaciones, que los niños sintieran deseo por su padre o por su madre. Todo les iba. Los periódicos y la radio les habían ungido de una falsa cultura. NO DISCUTIAN NADA Y, AL FINAL DEL AÑO, NO SABIAN NADA. La única manera de aprender es discutir. Esta es también la única manera de llegar a ser un hombre. Un hombre no es nada si no discute. Pero debe también ser fiel a algo. Un intelectual, para mí, es esto: alguien que es fiel a un conjunto político y social, pero que no deja de ponerlo en cuestión. Sucede, a veces, que se produzca una contradicción entre la fidelidad y la discusión. Pero esto es buena cosa, se

trata de una contradicción fructífera. Si hay fidelidad sin discusión, las cosas no marchan. Ha dejado uno de ser un hombre libre.

UNOS ISLOTES RIDICULOS

La Universidad se ha hecho para formar hombres que discuten. Dicho de otro modo, un hombre de cuarenta y cinco años debería saber que las ideas que se ha formado, después de haber puesto en cuestión las de la gente que le ha instruido y ayudado, serán puestas en cuestión a su vez, dentro de cinco años, por aquellos a quienes él mismo ha instruido, que dirán: "Ya no es eso, es otra cosa". Este es, en el fondo, el primer síntoma de envejecimiento. Llega entre los treinta y cinco y cuarenta y cinco años. Pero si después de haber dicho lo que se tenía que decir se aprende a discutir con los demás, entonces puede uno prolongar un poco su edad madura, su vida útil.

Me apostaría un ojo de la cara a que Raymond Aron nunca se ha puesto en entredicho, y por eso es por lo que, para mí, es indigno de ser profesor. Evidentemente, no es el único, pero me veo obligado a hablar de él porque, en estos últimos días, ha escrito mucho. En particular, lo que sigue: "Es inconcebible que los estudiantes participen de un modo u otro en la elección del profesor". ¿Por qué? Porque el poder basado en el saber debe, según Aron, transmitirse de profesor a profesor, de adulto a adulto.

Aron dice aún: "Es inconcebible que los estudiantes ejerzan de uno u otro modo la función de examinadores". ¿En nombre de qué? ¿Por qué los estudiantes de doctorado no podrían ser admitidos, en caso necesario, para juzgar los conocimientos de los estudiantes de licenciatura? Se trata, por el contrario, de algo tan concebible que ha ocurrido con frecuencia en Europa, en períodos de guerra o de revolución, que los estudiantes sustituyan a profesores que habían muerto o que habían huido.

BARRERA CONTRA HEGEL

Todo el mundo sabe la importancia que tiene en un examen el humor, las manías intelectuales, las obsesiones del profesor. Si se ha levantado con el pie izquierdo va a ponerles por la mañana "doses" y

"cuatros" a alumnos que habrían sacado un "diez" por la tarde. Y luego están sus opiniones. Me acuerdo, por ejemplo, de Gurvitch: si uno no le recitaba sus lecciones de sociología exactamente como él las había dado, con "a)", "b)", "c)"... se había caído. Otro ejemplo: Lachelier, que decía: "Mientras sea presidente del tribunal de cátedra, el que en un ejercicio hable de Hegel no aprobará". Y, efectivamente, durante unos años, Lachelier impidió que la filosofía de Hegel se introdujera en Francia, mientras se extendía en Inglaterra y en Italia. Del mismo modo, Brunschwig —nosotros asistíamos a sus clases en la Sorbona porque nos parecía más astuto que los demás— ni siquiera citó los nombres de Hegel y de Marx en sus dos primeros libros y en el siguiente no consagró más que ocho páginas a Hegel siempre sin una palabra sobre Marx.

Eso es la enseñanza incontrolada e incontrolable que se nos daba y que aún se nos da. Por ello es necesario que los estudiantes, no sólo los del año en curso sino los del año siguiente, estén presentes para, en caso de necesidad, corregir un error, compensar un salto de humor, y que el profesor sepa que es juzgado al mismo tiempo que juzga. Esa es la cuestión. Si el que juzga no es juzgado a su vez, no hay verdadera libertad.

Tampoco la hay cuando —como ahora es el caso— todos los exámenes se convierten en oposiciones. Es simple cuestión de números. Si se parte de que hay "demasiados" estudiantes y se está decidido a no admitir más que un determinado número, se está ante una oposición. Cuando los estudiantes dicen: "No más exámenes", esto significa en realidad: "No más oposiciones; basta de una Universidad que sirve para fabricar un 5 por 100 de élite y 95 por 100 de desperdicios". Piden lo contrario: un sistema que permita al 100 por 100 de los ciudadanos adquirir una cultura sin que los medios de especializarse, de hacerse matemático o cardiólogo sean por ello rechazados.

Lo que hay que suprimir es el actual sistema de selección. Que ello no es imposible lo demuestran los profesores realizados en la lucha contra una selección que en otro tiempo se consideraba natural"; la realizada —desde abajo— con los niños retrasados...

Esta es exactamente la revolución que hay que hacer en la Universidad. Es preciso que los profesores se fijen la tarea no de localizar entre la masa de estudiantes a los que les parecen dignos de integrarse a una élite, sino de hacer acceder a la masa entera a la cultura. Esto supone, evidentemente, otros métodos de enseñanza. Esto supone, también, que cada uno se interese por todos los estudiantes, intente hacerse comprender por todos, les escuche tanto como les habla. Esto supone que no se considere, como lo hace Aron, que pensar solo tras el propio pupitre —y pensar lo mismo desde hace treinta años— representa el ejercicio de la inteligencia. Esto supone, sobre todo, que cada profesor acepte ser juzgado y discutido por aquellos a los que enseña, que se diga: "Me ven desnudo". Es molesto para él, pero tiene que pasar por eso si quiere volver a ser digno de enseñar.

LAS DOS DIMENSIONES DE LA LIBERTAD

Había dos puntos de vista. Unos decían: Hay que luchar por imponer una "Universidad crítica" autogestionada en la que la relación profesor-alumno y la relación de todos con la cultura sean fundamentalmente transformadas". La adquisición del saber irá de par con una reflexión crítica sobre la utilidad social de este saber, tanto que la Universidad ya no fabricará *hombres "unidimensionales"* —cuadros dóciles, sometidos a tests y alienados por el sistema burgués—, sino hombres que habrán vuelto a encontrar las dos dimensiones de la libertad: la inserción en la sociedad y la discusión simultánea de esta sociedad.

A quienes proponen este ideal universitario les responden otros: "La Universidad crítica no es realizable. Miren la de Berlín: permanece al margen, aislada como un quiste en la sociedad alemana. ¿Qué Estado capitalista se prestaría a financiar una Universidad cuya finalidad confesada fuera *demostrar que la cultura es anticapitalista*? Más bien que la Universidad crítica hagamos la crítica de la Universidad. Una Universidad que se nos va a volver a hacer poco más o menos lo mismo que era. No desertemos de ella, continuemos criticando vigorosamente —si es necesario por la violencia— el saber que en ella se dispensa y sus métodos de enseñanza".

Las dos actitudes, en mi opinión, no son inconciliables. Creo que en la Universidad podría haber "sectores críticos".

La posición que consiste en decir que "el gobierno no es un interlocutor válido y estamos dispuestos a rechazar todo lo que proponga", me parece peligrosa porque, entonces, el gobierno puede decir: "En estas condiciones haré lo que quiera". Vale más luchar para imponer reformas... Esta es la teoría del "reformismo revolucionario" de Gorz, que permite mantener *una evolución constante radicalización cada vez un poco más la reivindicación*.

Lo que piden los estudiantes es *conservar*, bajo una u otra forma, en el interior de estructuras conquistadas o concedidas, un derecho a la discusión. Creo que hay un gran número de profesores capaces de aceptar esto.

PRIMERO "CONOCERSE"

CONTRARIAMENTE a lo que se quiere hacer creer, los estudiantes no se niegan a que se les enseñe algo; piden, simplemente, el derecho a discutir lo que se les enseña, a comprobar que aquello tiene un sentido, a asegurarse de que no se les hace perder el tiempo...

JEAN-PAUL SARTRE

INVESTIGACION Y BUROCRACIA BAJO LA NUEVA LEY UNIVERSITARIA

Algunos meses después de la promulgación de la nueva Ley Universitaria, y de la aplicación todavía incompleta y parcial de sus dispositivos, es posible señalar o subrayar aspectos negativos que inicialmente no fueron suficientemente advertidos o denunciados. Deseamos referirnos, en estas líneas, a ciertos obstáculos con que tropieza la investigación bajo el nuevo régimen.

En realidad la ley 17437 no ha aportado, en el fondo, un verdadero impulso, inteligente y enérgico, a la investigación en la Universidad Peruana. No se ha formulado, a través de sus normas, una adecuada política de estímulos y facilidades. Todo ha sido subordinado, más bien, a una voluntad inocultable de represión y a una organización vertical y totalitaria. Nada más contrario a la atmósfera de libertad indispensable para la búsqueda sincera y exitosa de la verdad, que el clima autoritario, y burocrático instaurado por los autores del anteproyecto que el Gobierno Revolucionario convirtió en ley. Todo esto ha sido puesto ya de relieve, seguramente, en pronunciamientos oportunos y autorizados que se han hecho públicos. Pero quizás no se había previsto, de modo suficiente, el efecto negativo y obstaculizador que había de ejercer, sobre la investigación, la creación de la frondosa burocracia —Directores Universitarios, Directores Académicos, Jefes de División, Jefes de Departamento, etc.— implantada por la ley 17437, efecto aún más deplorable en las universidades pequeñas.

Es una verdad indiscutible que el Perú necesita conocer mejor su realidad física y humana para vencer su retraso material y superar las injusticias del subdesarrollo, así como necesita conocer con mayor profundidad su tradición y legado culturales para definir mejor su personalidad y destino históricos. Sabemos bien, por otra parte, que sin investigación no puede haber independencia. El Estado debe, por lo tanto, alentar la investigación, en todas sus formas, y estimular y ayudar en tal sentido a las universidades, pues a ellas les corresponde, en la mayor

medida, la realización de esa tarea. Para ello era, pues, urgente, concentrar lo mejor del personal académico en la investigación y la formación de nuevos investigadores. Ahora bien, en una institución de dimensiones considerables, como San Marcos, es sin duda posible encargar a una parte de ese personal calificado las múltiples funciones directivas y administrativas establecidas por la nueva Ley Universitaria, sin perjuicio grave de la investigación y la docencia, en razón del número y el nivel del profesorado. Muy distinta es la situación, en cambio, en las universidades pequeñas, sobre todo provincianas.

Es sabido que ellas carecen de recursos y equipos, y que no cuentan, sobre todo —a causa de la proliferación de los Centros de Enseñanza Superior, de la improvisación, de la política— con suficiente personal académico de probada vocación y experiencia de investigadores. Para dar cumplimiento a la ley, entonces, y proveer los cargos establecidos por ella, han debido seguir en diversa medida, una de estas dos alternativas, igualmente peligrosas:

- a) Llamar, en el mejor de los casos, a los docentes más calificados —y calificados, por lo tanto, como investigadores— para desempeñar esas funciones; o
- b) Designar para ellas un equipo de inferior nivel universitario, y reservar lo mejor del personal para la investigación y la docencia.

En el primer caso quizás se habrá beneficiado la dirección y el funcionamiento administrativo de la Institución, pero serán mayores las consecuencias negativas. En primer término, se habrá debido postergar o cancelar los trabajos de investigación programados por esos profesores, o, si de todas maneras se llevan a efecto, se afectará desfavorablemente su seriedad científica, de todo lo cual no resultará sino un incumplimiento de los fines de la Uni-

versidad y perjuicio para la región que, en principio, ella debe servir. Por otra parte se habrá apartado a un personal valioso de lo que es y debe ser su verdadera y más urgente labor —investigación y docencia— para dedicarlo a las tareas mecánicas de la administración o a las fatigas y ajetreos de la política interna, que en los medios provincianos suele ser aún más agotadora y mezquina. El ejercicio de un desmedido poder, el culto que en nuestro país se profesa a las jerarquías, el temor de retornar al trabajo inseguro y silencioso del docente sin cargos, la presión de los bandos políticos o de los grupos de intereses, no harán sino alejar aún más a esos profesores del trabajo verdaderamente creador.

En el segundo caso se habrá producido la negativa consecuencia de haberse confiado el gobierno de la Institución a un personal que probablemente no tiene clara conciencia ni se identifica plenamente con los fines y el papel que corresponde cumplir a la Universidad en la cual presta sus servicios, o que quizás —y esto es más grave— sólo lo hace de una manera superficial e interesada. Además, los docentes que hayan preferido continuar dedicándose únicamente a la investigación y la enseñanza, se habrán visto obligados a sujetar sus trabajos y estudios a los lineamientos fijados desde arriba, que o bien serán limitadores e incompletos, o imprecisos y dispersos. Por otro lado, si los profesores que no ejercen funciones directivas no cuentan con la simpatía de los funcionarios de turno, o no son de su ideología o grupo, muy probablemente tendrán que hacer frente a medidas obstruccionistas, mezquinas pero efectivas, encaminadas a frustrar toda auténtica superación intelectual, en las que sí es imaginativa y fecunda la mediocridad.

En ambos casos, además, ese complicado y poderoso aparato de gobierno constituirá siempre un objetivo para los partidos políticos, interesados en capturarlo y utilizarlo para su propio beneficio, a fin de hacer siempre de la Universidad su bastión y su botín. Más aún, esa frondosa estructura, y los exagerados poderes con que ha sido dotada, no hará sino alentar en todos los niveles el arribismo, pues ofrece magníficas oportunidades para la figuración fácil e inmediata, para la satisfac-

ción de la vanidad o de los rencores y envidias, y para el beneficio de los intereses. ¡Y qué magnífica oportunidad brinda a los mediocres para excusar su infecundidad espiritual con el desempeño de un cargo de nombre nuevo y sorprendente! ¿Qué atractivo puede ofrecer, en cambio, para el hombre con auténtica vocación de intelectual e investigador?

Cuanto hemos expuesto constituye, para nosotros, una razón más, entre muchas, para unir esfuerzos en procura de cambios sustanciales en la Ley Universitaria. No es bajo un régimen semejante, bajo la auto-

ridad de un Rector casi omnipotente y con el marco de una burocracia vertical y engréida, que podrá florecer la investigación científica o humanística. Difícilmente se podrá estimular la formación de nuevos investigadores sino se ofrece a los estudiantes, como única alternativa al régimen caótico y demagógico de otrora, sólo una caricatura de cogobierno, el espectáculo deprimente del arribismo, y como única fuente de inspiración un desarrollismo tecnocrático en el fondo tan inhumano y alienante como el viejo orden en el que ha vivido el Perú por tantos años. La Universidad Peruana debe

y necesita participar en la transformación revolucionaria de las estructuras nacionales, y contribuir al destierro de la corrupción entreguista de la vieja política, pero para ello requiere de una estructura flexible, dinámica a la vez que democrática, así como una estricta adecuación a sus fines. Requiere, sobre todo, del estímulo al entusiasmo creador, del respeto del hombre como ser libre y pensante, del diálogo, de audacia e imaginación, no de una burocracia estéril y paralizante.

J. EDGARDO RIVERA MARTINEZ

Octubre de 1969.

NOTA SOBRE LAS CONTRADICCIONES INTERNAS ENTRE EL SISTEMA SOCIALISTA Y SU DETERMINACION EN EL HUNDIMIENTO DEL IMPERIALISMO

Estas notas son una breve aportación para la comprensión del pasaje de un modo de producción a otro superior, o sea el análisis esquemático del problema central de nuestro tiempo: la lucha de los dos sistemas con los avances para la transición de los "modos de producción complejos combinados" en los países subdesarrollados del sistema capitalista, hacia el modo de producción socialista.

Aunque la posibilidad de que las cuatro tesis tengan validez para el tránsito de todas las formaciones sociales, correspondientes a los modos de producción históricos, o sea que tienen como fuerza motriz la lucha de clases, su comprobación requiere de mayores investigaciones. El autor ha hallado en el curso de sus estudios que también estas tesis tienen validez para el tránsito del feudalismo al capitalismo y en algunos aspectos del esclavismo al feudalismo.

Avance I

El desarrollo desigual de los países socialistas es aprovechado por el Sistema Socialista Mundial (SSM), para debilitar la explotación exacerbada que imponen los países poderosos a las neocolonias y colonias antiguas del sistema capitalista. Los diversos países socialistas ayudan, al mismo tiempo, a los eslabones más débiles en la lucha antiimperialista así como estrechando la competencia pacífica con los centros más fuertes y la metrópoli del imperialismo, según sus posibilidades para expandir el mercado socialista y reducir el mercado capitalista.

El Sistema Socialista Mundial utilizó y utiliza el desarrollo desigual de sus componentes para debilitar el desarrollo desigual del Sistema Capitalista Mundial (SCM).

Dictadura del Proletariado (D.P.). Países con predominio industrial: Corea del Norte, Checoslovaquia, Alemania Occidental.

Dictadura del Proletariado (D.P.). Países con predominio agrícola: China, Albania, Cuba, Vietnam del Norte, URSS (en las primeras décadas).

Avance 2

Multiformas del Socialismo Mundial. (¿Cabe dentro del desarrollo desigual?).

La ley de la necesidad de multiformas en un sistema mundial para acelerar su globalización a costa del sistema antagónico (caduco).

El limitado blanco-negro en el Sistema Socialista, constreñido a Eurasia hasta el advenimiento de Kruschchev o sea el monolitismo de la D.P. en todos los países socialista

se rompió al pasar ciertos estados como URSS y Checoslovaquia a formas más desarrolladas de socialismo o sea al Estado de Todo el Pueblo (ETP).

Pero aún antes de esta diferenciación, aún dentro de la misma etapa de la Dictadura del Proletariado las formas variaban de un país a otro, debido a las diferencias culturales, artísticas, históricas etc. D.P. Forma con predominio de un solo partido: URSS; D.P. Forma con participación de varios partidos: Polonia. Tradiciones nacionales, religiosas, etc.

En la década del 60 el Sistema Socialista Mundial pasa a integrarse con subsistemas por un lado de la D.P. y por otro lado del Estado de Todo el Pueblo. El desarrollo desigual dentro de la D.P. de los diversos países socialistas se reforzaba con la irrupción de nuevas formas políticas

correspondientes a los cambios cualitativos en las fuerzas productivas ocurridos en la URSS, y otros países socialistas más desarrollados que habían entrado al Estado de Todo el Pueblo.

En los países de la D.P. subsiste aún cierta escasez, predominando los estímulos morales. En los Estados de Todo el Pueblo se advierte una relativa abundancia que se acentúa año a año que se dinamiza con los estímulos materiales, posible por su alto desarrollo. El avance multiforme (dentro del desarrollo desigual) sincrónico, es vital para precipitar la culminación de la unidad dentro del objetivo común:

- a) Total destrucción del sistema imperialista (lo universal).
- b) Construcción posterior de la sociedad comunista (global)

Avance 3

*Unidad dentro del Antagonismo
Unidad Circunstancial, Medios
(Táctica).*

Antagónica en los Fines (Estrategia).

La ley de la necesidad de desarrollar la circunstancial unidad (lo particular) entre determinados países socialistas y capitalistas ya sea por el comercio intenso o acuerdos militares o científicos y aún políticos no implica la eliminación del antagonismo entre los modos de producción de los países correspondientes:

Rusia-U.S.A.
Rumania-Alemania Occidental. Posiblemente Israel.
China-Alemania Occidental.
China-Japón.
URSS-Japón.
URSS-Italia.
China-Hong Kong (como parte del imperio Inglés)

Este tipo de unidad circunstancial precipita el desarrollo específico de determinado país socialista, aunque momentáneamente fortalezca a ciertos países capitalistas y hasta desarrolle las fuerzas productivas en algunos de éstos. Sin embargo esta unidad (en lo particular) en el caso del viejo sistema todo incremento es pasajero, no obstante que ello pueda prolongar su supervivencia (en contracción). En los países socialistas estas relaciones de unidad con subsistemas del sistema antagónico servirán para que lo nuevo acentúe su desarrollo, por ejemplo: pacto URSS-Alemania nazi, y posterior alianza de la URSS con las potencias democráticas en el curso de la misma guerra. Tanto en el primer caso como en el segundo caso se posibilitó la expansión del Sistema Socialista a costa del Sistema Capitalista.

Las luchas entre los países capitalistas, a partir de la primera guerra mundial y mucho más, después de la segunda guerra mundial debilitan el Sistema Capitalista mundial por

que existe un sistema nuevo capaz de utilizar la lucha anti-imperialista para debilitar al conjunto de éste y crecer a costa de su contracción y declinación.

Las luchas entre los países socialistas pueden tener cierta similitud, en la forma, con los choques que ocurren entre los países capitalistas, sin embargo su contenido es diferente porque además de ser limitados sirven para articular y dar mayor coherencia al Estado más pujante, y está encaminado a fortalecer, en última instancia, al Sistema Socialista en detrimento de lo viejo (Sistema Capitalista), o sea que toda lucha entre países socialistas por constituir un sistema nuevo y fundamentado en la ciencia más avanzada no tiene como objetivo el conquistarse el uno al otro, aunque en las motivaciones formales puedan parecerlo momentáneamente, ello será con la finalidad de acabar con mayor rapidez al sistema imperialista y desarrollar el Sistema Socialista Mundial (SSM). Esta lucha entre los países socialistas implican expansión, ascenso.

Avance 4

*(Semi) Antagonismo dentro de la
unidad.*

*(Semi) Oposición antagónica en
cuanto a la utilización de los
medios (tácticos).*

Unidad en los fines (estrategia).

La ley de la inevitabilidad de la lucha dentro de un sistema mundial, con tendencia a ser universal. (El Sistema Socialista abarca el mundo en forma parcial y tiende a cubrir todo el globo. ¿Posible en la inmediata sexta parte de siglo? Es necesario).

El crecimiento del nuevo sistema dentro de las contradicciones que viven sus componentes o subsistemas pueden ser no-antagónicas y evolucionar hacia formas semi-antagónicas o sea que se relaciona a la destrucción de la etapa precedente por la más avanzada y las implicaciones que acarrear estas diferencias vitales entre los países socialistas que viven la D.P. pero rebasada, superada por los que han construido la más avanzada etapa del Estado de todo el Pueblo.

Si el crecimiento del nuevo sistema es arrollador, a pesar de la lucha interna o sea entre los subsistemas, es a costa del sistema caduco y demuestra su poder globalizador (lo general).

Choques armados o invasiones entre países (nuevo ordenamiento dentro del Sistema Socialista Mundial).

Las contradicciones entre los países socialistas, a veces, adquieren formas violentas porque ello revela el vigor de determinado sub-sistema, en relación a otros dentro del sistema, y es necesario para maximar la tendencia más vigorosa y momentánea más agresiva. Este avance, en última instancia, favorecerá la tendencia o penetraciones influyentes

de los mismos contendientes y otros sub-sistemas socialistas dentro de países del sistema capitalista (aunque ello provoque, en éstos, un rechazo momentáneo), por ejemplo la invasión a Hungría y a Checoslovaquia. Los choques con China, que deben aumentar.

LO MAS VALIOSO PARA EL DESARROLLO DE LOS CUATRO AVANCES DEL DESARROLLO DEL SISTEMA SOCIALISTA MUNDIAL: LA VOLUNTAD DEL HOMBRE.

La inmediata rapidez del desenvolvimiento de estos principios surgidos en el curso de los momentos culminantes de la lucha entre los dos sistemas mundiales es de capital importancia; la voluntad, tanto de los dirigentes socialistas, en cada país, como la masa actúa con el máximo de energía en hacer avanzar su formación en las batallas contra el adversario (Sistema Capitalista Mundial), y del ímpetu con que perfile su postura frente a los demás subsistemas socialistas dentro de la misma o diferente etapa de desarrollo. La máxima voluntad de sacrificio en servir al pueblo, sea en la forma socialista que se atrinchera cada vez con mayor vigor en las comunas campesinas, idealizando los estímulos morales y autosuficiencia local unido a enormes avances industriales en determinadas islas o sea concentrando profundas marchas por determinadas vías, como es el caso de la coherencia y la utilización de la energía atómica. Sea el fabuloso desarrollo industrial de los países socialistas de la Eu. Or. en especial la URSS, ya sea en la transformación directa de la energía térmica en eléctrica, mediante la generación magneto-hidrodinámica (25000 Kw) para fines industriales, sea en la carrera espacial, el predominio de los estímulos materiales tienen que ser dinamizado con la movilización psicológica de la voluntad colectiva y su sublimación. Las diversas formas de maximación de la voluntad en los hombres es lo que contribuye, en forma decisiva, a precipitar el desarrollo del Sistema Socialista Mundial y el acabamiento del Sistema Capitalista Mundial.

Esto se observa en la creación de la psicología del acorralamiento, ampliando o deformando la realidad, lo que permite u obliga al pueblo desarrollar acciones gigantescas para avanzar. Los dirigentes y la masa pueden llevar renunciamentos y sacrificios tales que solo el empleo del mito permita avanzar. En el caso de China la fe, el mito (surgido de un análisis científico) permite estimular la producción y capacitar al pueblo, en forma preventiva, para la confrontación con el imperialismo yanqui, con el que se encamina a colisionar inevitablemente porque sujeta Taiwan parte clave del territorio chino.

Yonce Yunga

SUSCRIBASE A "INDICE"

UN ALTAVOZ



de lo que se piensa en España

Deseo me consideren suscriptor de INDICE, a partir de la fecha, cuyo importe anual de 500 ptas. (España), 10 dólares (Iberoamérica), 12,5 dólares (Europa), 15 dólares (USA y resto del mundo), abonaré en la forma siguiente (1):

- * Contra reembolso (sólo para España).
- * Giro postal a INDICE. Magallanes, 3. Madrid-15.
- * Transferencia a c/c. de INDICE, S. A.—Banco Rural y Mediterráneo, Alcalá, 17. Madrid-14.
- * Cheque adjunto.

..... de de 196...

FIRMADO:

Rte.: Nombre y apellidos

Dirección

Señas de otras personas a quienes pueden dirigirse en mi nombre invitándolas a suscribirse:

indice

PROXIMAMENTE EN LIMA LA EDICION
DE LA ULTIMA NOVELA DE JOSE MARIA ARGUEDAS

EL ZORRO DE ARRIBA Y EL ZORRO DE ABAJO

una obra única en la literatura universal
por su dramático realismo y patético
final de la vida del entrañable narrador
de la más dolorosa realidad peruana,
recientemente fallecido.



EDITORIAL LOSADA PERUANA
Contumazá 1050 - Lima

UNMSM-CEDOC

HOMENAJE A CESAR VALLEJO

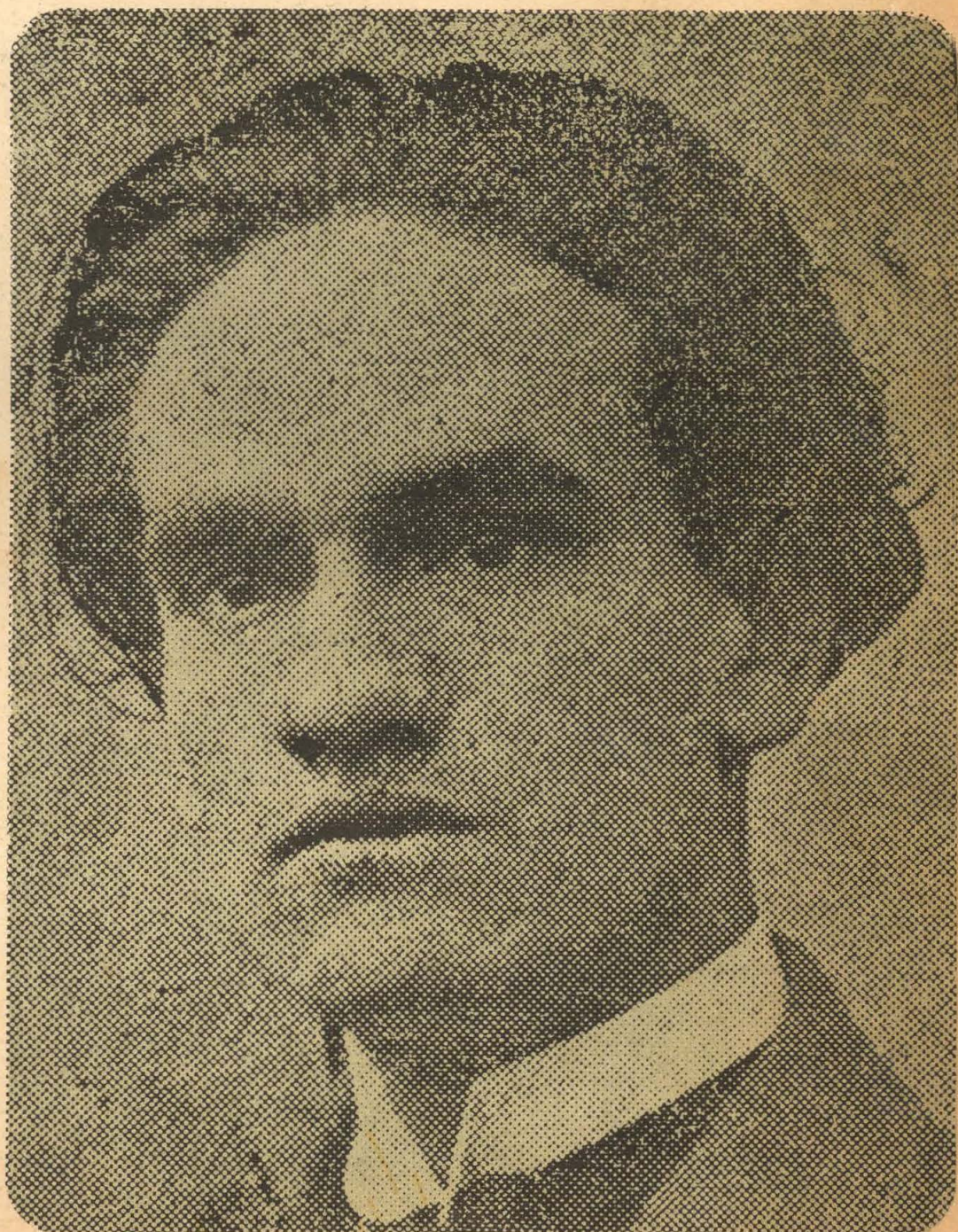
Conmemorando los 30 años de la muerte del genial poeta peruano **visión del PERU** dedicó un número monográfico de más de 300 páginas con ensayos, artículos, notas y comentarios de los más sobresalientes vallejistas americanos y europeos.

El volumen está profusamente ilustrado con fotografías especialmente tomadas en Santiago de Chuco, solar natal del poeta, sobresaliendo las dedicadas al hogar de la infancia. Aparece también una amplia iconografía y retratos, dibujos y pinturas reproducidos a todo color.

A todo ello se une una valiosa antología poética ilustrada de los cuatro grandes libros de César Vallejos y una obra de teatro inédita de Vallejo.

A decir del prestigioso crítico italiano R. Paoli: este es el Homenaje más grande tributado a un poeta hasta hoy, lo que revela el valor documental del HOMENAJE INTERNACIONAL A CESAR VALLEJO.

**DISTRIBUIDO EN TODAS
LAS LIBRERIAS DEL
PERU**



UNMSM-CEDOC